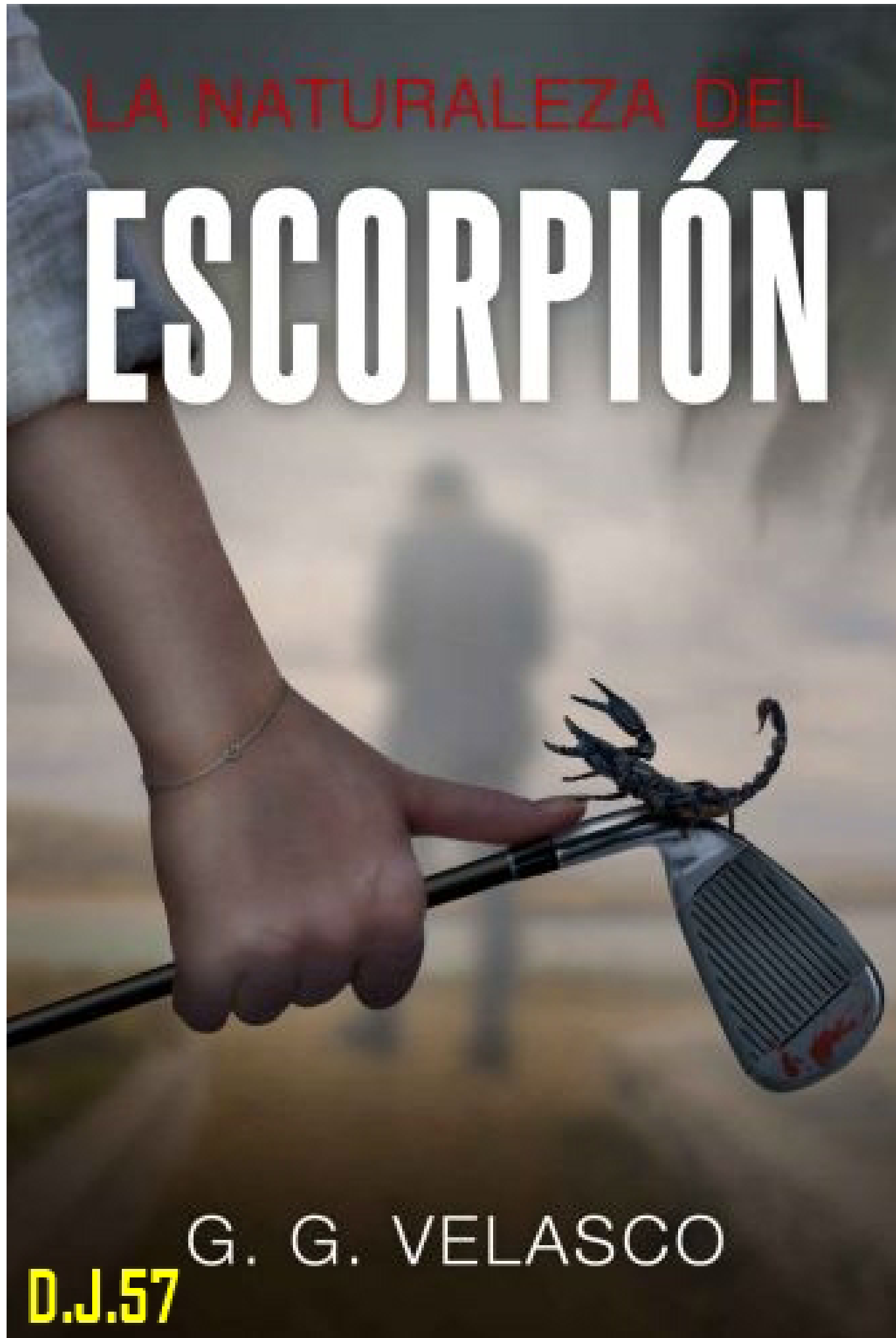


LA NATURALEZA DEL

ESCORPIÓN



G. G. VELASCO

D.J.57

LA NATURALEZA DEL
ESCORPIÓN

G. G. VELASCO

Título original: *La naturaleza del escorpión*

Autor: G. G. Velasco

Diseño de portada y maquetación: Marraii Design

I Edición

©2019 de G. G. Velasco

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del *copyright*, bajo sanción establecida por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la reproducción de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

A quienes, a pesar de todo, deciden confiar

Aquel que no encaja en este mundo está siempre cerca
de encontrarse a sí mismo.

HERMANN HESSE

Había una vez una rana sentada junto a un río, cuando se le acercó un escorpión, que le dijo:

—Amiga rana, necesito cruzar el río. ¿Podrías llevarme en tu espalda?

—¿Por qué iba a hacerlo? Seguro que me picarías y me matarías.

—No seas tonta —le respondió entonces el escorpión—. Si te picase, me hundiría contigo y me ahogaría.

Ante esta respuesta, la rana accedió. El escorpión se subió sobre la espalda de la rana y empezaron a cruzar el río. Cuando llegaron a la mitad del trayecto, el escorpión aguijoneó a la rana. La rana, al sentir el veneno y comprender que iba a morir, preguntó:

—¿Por qué me has picado, escorpión? ¿No te das cuenta de que tú también vas a ahogarte?

A lo que el escorpión respondió:

—Lo siento, rana, no lo pude evitar: es mi naturaleza.

(Fábula de origen desconocido)

ÍNDICE

Prólogo

PRIMERA PARTE: La rana

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

Interludio

SEGUNDA PARTE: El escorpión

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

Interludio II

TERCERA PARTE: El río

XX

XXI

XXII

XXIII

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

[Epílogo](#)

[Esto ha sido todo por ahora...](#)

[Otras obras publicadas](#)

PRÓLOGO

Las vistas de la desembocadura eran espectaculares desde lo alto de la colina.

Sam Sierra aprovechó que todos los pasajeros del tranvía se habían quedado maravillados mirando hacia la ciudad, cuyas callejuelas, compuestas por infinidad de viviendas de techo muy bajo, balcones de piedra y llamativos colores, serpenteaban sobre ambas riberas a un lado y a otro del puente Nuevo, y, tras calarse las gafas de sol, se deslizó en silencio hacia el exterior por el pasillo central del vehículo.

Nada más poner el pie sobre el pavimento, un calor asfixiante hizo que se arrepintiera de haber abandonado el confort del vagón, pero, ya que había llegado hasta allí, y más cuando hacía cerca de un mes que no se alejaba tanto del centro, su obligación era seguir adelante y cumplir con la tarea que Setién había decidido encomendarle.

Varias mujeres de edad avanzada conversaban a la sombra de los viñedos mientras pelaban judías y arrojaban sus vainas al interior de un cubo de plástico para vendimia. Todas ellas observaron con el rabillo del ojo sus pasos, como si no estuvieran demasiado acostumbradas a ver a nadie por el lugar, o, al menos, no a pie y tan lejos de las rutas de cavas más transitadas, y siguieron a lo suyo.

Sam se preguntó si aquellas señoras estarían al tanto de las protestas que desde hacía un par de meses sacudían las calles de la urbe, ya fuera bajo la forma de huelgas, marchas reivindicativas o manifestaciones en contra de la desigualdad de género, y también si, en caso de tener conocimiento de ellas, estarían de acuerdo con las demandas de sus convocantes. Ambas cosas parecían bastante inciertas a juzgar por la docilidad con la que se entregaban a su trabajo, pero ni Sam era la persona más adecuada para evaluar la situación ni tampoco le quitaba el sueño lo que nadie pudiera pensar acerca de tales asuntos.

No dejaba de ser curioso, en cualquier caso, lo mucho que todo cambiaba a apenas un par de kilómetros del casco histórico, pues, para advertir que la modernidad y el cosmopolitismo de la próspera Aldacia no era más que una

frágil pompa de jabón levantada en torno al más agreste de los paisajes, bastaba con echar un vistazo alrededor.

El teléfono móvil comenzó a vibrar dentro del bolsillo trasero de su pantalón a medida que avanzaba por la calle. Un tono de llamada muy estridente ascendió por los auriculares, interrumpiendo el episodio de *Vida integral* que en esos momentos escuchaba vía *podcast*.

—¿Sí? —Dijo descolgando con contrariedad.

Al otro extremo de la línea, reconoció de inmediato la característica respiración sibilante de Setián, aunque tampoco le habría hecho falta percibirla para saber que no podía tratarse de otra persona. Lo raro era, de hecho, que no hubiera llamado antes.

—¿Todo bien? —oyó que preguntaba con su no menos característico recelo—. ¿Has encontrado la casa?

Por la agitación de su tono, era evidente que no confiaba demasiado en que así fuera. Sam consultó el número de la vivienda más próxima, una pequeña edificación en sillares de caliza tradicional al pie de un jardín descuidado de apenas cinco metros de longitud, y comprobó, para su alivio, que se correspondía con el que figuraba escrito a bolígrafo en la palma de su mano.

—Deja de preocuparte tanto. Está todo bajo control.

—¿En serio?

—En serio. —Presionó la tecla de fin de llamada—. Nos vemos luego.

Varios lagartos del mismo color que el terreno huyeron despavoridos al ver cómo se aproximaba hasta la puerta. Su miedo, considerando que los restaurantes de toda Aldacia habían hecho de ellos un emblema de la gastronomía local, especialmente apreciado por los turistas y visitantes del país, era bastante comprensible. Los reflejos de un panel solar situado en un rincón de la parcela hicieron que se llevara la mano a la cara para evitar que el brillo deslumbrara sus ojos. Antes de que pudiera dar con el interruptor del timbre, la puerta se abrió de par en par. Un hombre menudo y sudoroso, de cabellos canos y complexión desgarbada, resopló con desahogo tras el umbral.

—Vengo por...

—Lo sé —interrumpió en voz muy baja—. Estaba esperando a que llegara. —Miró a sus espaldas con apuro y a continuación arrastró hasta la entrada una caja de cartón de tamaño no superior al de un archivador—. Será mejor que se vaya pronto. —Se la entregó junto con un fajo de billetes de mil florines—. Creo que mi hija sospecha algo...

—Bien. Muchas gracias —contestó Sam ante la parquedad del intercambio, al tiempo que se volvía de nuevo hacia la calle y recolocaba sus auriculares—. Buen día.

El hombre volvió a mirar hacia el interior de la vivienda, nervioso. De la caja emanaba un olor muy penetrante a ranciedad.

—Espere...

—¿Sí? —obedeció Sam.

—¿Papá? —dijo una voz infantil desde algún lugar de la casa—, ¿con quién hablas?

—No es nadie, cielo. El cartero... —El hombre impostó un deje de serenidad y sacó a toda prisa otro billete—. Intente actuar con discreción, por favor —se despidió con un susurro—. Discreción y rapidez.

Sam guardó el dinero en el bolsillo y cabeceó en señal de consentimiento. El calor era ya tan insoportable como los efluvios procedentes de la caja.

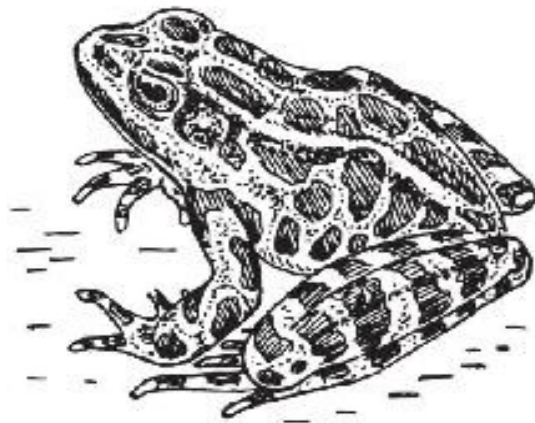
—Descuide. —Reactivó el *podcast* para regresar por donde había venido—. No sé actuar de otra forma.

Por último, bajo la luz cegadora del mediodía, se aseguró de que nadie salvo los lagartos hubiera visto nada, así como de haber traído el arma consigo, y echó a andar en silencio hacia el bosque.



PRIMERA PARTE

LA RANA



I

Dante Riesco supo que algo malo le había pasado a su hermano incluso antes de recibir la llamada del hospital.

Como sensación, no podía decir que fuera excesivamente novedosa... Sus lazos con Fosco tal vez se hubieran resentido más de lo deseable después de todo lo que había sucedido con Natalia, pero, aun con el distanciamiento de los últimos meses, la conexión que ambos compartían continuaba manteniéndolos tan unidos el uno al otro como cuando eran críos.

Este lazo de mecánica inexplicable había llevado a Dante no solo a presentir, mientras culminaba su recorrido vespertino por el paseo marítimo, el accidente sufrido por su hermano, sino también a atravesar ese mismo camino a toda velocidad en sentido inverso, contra el cansancio, el calor y la angustia que lastraban sus pasos, para plantarse jadeante en la sección de urgencias del hospital metropolitano y tratar de averiguar con exactitud qué había ocurrido.

—¿Dónde está? —preguntó al hombre de recepción tras abrirse paso a codazos entre las personas que aguardaban su turno frente al mostrador.

—¿Perdón?

El tipo no parecía estar demasiado familiarizado con las responsabilidades del puesto, posiblemente porque cubría a alguna compañera debido a la huelga.

—Acaban de llamarme. —Dante trató en vano de mantener la calma—. Mi hermano —elevó la voz—, ¿dónde está?

Aturullado por la brusquedad de la petición y las protestas del resto de pacientes, el recepcionista tardó unos segundos en reaccionar. Lo hizo con una mezcla de torpeza e indolencia bastante enojosa, consultando a desgana unos papeles llenos de nombres, cifras y códigos de barras.

—¿Fosco Riesco?

—Sí. Dígame donde puedo encontrarlo, por favor.

Dante presenció inquieto cómo el hombre tecleaba algo en un ordenador. Los diez segundos que invirtió en ello se le hicieron eternos.

—En estos momentos lo están trasladando a quirófano —informó el recepcionista finalmente—. Será mejor que espere aquí a...

Dos hojas batientes se abrieron de par en par al final del corredor más amplio de cuantos convergían en la sala de espera. Del acceso emergió una camilla manchada de sangre sobre la que yacía alguien con el rostro cubierto por una máscara de oxígeno, empujada por varios sanitarios. La urgencia de los movimientos de todo el equipo, junto con los gritos que utilizaban para comunicarse en su carrera por el pasillo, sugerían que la situación era tan crítica como cabía esperar. Dante se retiró del mostrador de recepción, apartando de nuevo a la gente de su camino, y echó a correr en pos del grupo.

—¡Aguarden! —gritó mientras chocaba contra un anciano en silla de ruedas—. ¡Aguarden un segundo!

Uno de los miembros del equipo médico se volvió hacia él sin dejar de manejar la camilla. Casi al mismo tiempo, otro doctor de mayor edad y rango y ojos desgastados por la crudeza de su profesión salió desde uno de los laterales de la galería colocándose unos guantes de goma. A un gesto suyo, muy seco, el primer sanitario se decidió a hablar.

—Ahora no —lo reprendió—. Estamos trabajando.

—¡Soy su hermano! —insistió Dante—. Solo quiero saber cómo está.

El doctor a cargo de la intervención hizo caso omiso del revuelo y accedió al quirófano acompañado por todos sus asistentes excepto el que había tenido a bien dirigirle la palabra a Dante, quien se detuvo por un momento frente al umbral de la sala de operaciones para evitar que lo traspasara.

—Tratamos de salvarle la vida. Haga el favor de regresar a recepción y tranquilizarse. —Al especialista le costaba articular una excusa—. Le avisaremos cuando...

—¡Me necesita! —Dante prorrumpió en un estallido de furia—. ¿No me ha oído? ¡Es mi hermano!

El trabajador permaneció inmóvil, sin saber qué decir, durante más tiempo del que le habría gustado. Luego inclinó la cabeza con vergüenza y accedió él también al quirófano. Cuando Dante quiso seguirlo, descubrió irritado que había bloqueado la puerta desde el interior. Otro mal presentimiento le recorrió todo el cuerpo. Si la intervención salía mal —y, a tenor de lo que acababa de ver, no había demasiados motivos para la esperanza—, jamás tendría una oportunidad de arreglar las cosas con Fosco; si todo fallaba y su hermano, a quien quería con locura al margen de sus recientes desavenencias, no lograba sobrevivir a aquella tragedia, se iría creyendo que seguía odiándolo, y, si esto pasaba, le gustara o no, Dante jamás podría perdonarse por haber sido tan orgulloso, tan inconsciente y

tan imbécil como para no haber tratado de reconciliarse con él cuando había tenido tiempo de sobra a lo largo de los doce meses anteriores.

Su imprudencia y testarudez solo eran comparables a la imprudencia y la testarudez del propio Fosco, pues su hermano se había empeñado, pese a los consejos de todos y el dictamen del sentido común, en asumir la defensa del principal acusado por el caso Diz a sabiendas de que aquello terminaría por convertirlo en la diana de media ciudad.

Todavía era muy pronto para dilucidar si el siniestro tenía algo que ver con su decisión de prestar servicios jurídicos a una figura tan odiada, pero, por más que lo acontecido diera la razón a aquellos que, como Dante, habían temido desde el inicio por las consecuencias de una decisión tan espinosa para su seguridad personal, o que el espacio para las casualidades se hubiera reducido bastante tras todas las amenazas de muerte que Fosco había recibido por ello, la clarividencia no le granjeaba ningún consuelo.

Hasta para un perspicaz divulgador, teóricamente más preparado que la media para manejar los reveses de la vida —eso al menos incitaba a creer toda su producción literaria en el ámbito de la psicología positiva—, perder a sus padres y a su único hermano en menos de dos años era una tragedia demasiado cruel y difícil de gestionar.

—¡Fosco! —Golpeó la puerta varias veces seguidas—. ¡Fosco! —Contempló desde la mirilla los preparativos de la operación—. ¡Aquí!

Las manos gruesas y nudosas de un guardia de seguridad lo apartaron de la entrada justo cuando el doctor retiraba la mascarilla del paciente para anestesiarlo. La expresión que el médico adquirió al percatarse de que los rasgos faciales del hospitalizado eran idénticos a los de Dante hizo que le temblaran las manos y retrocediera asustado un par de pasos. Acto seguido, intercambió una mirada cargada de tensión con el sanitario que había bloqueado la puerta y otro de los miembros del equipo se apresuró a limpiarle el sudor de la frente con una esponja.

Lo último que Dante Riesco pudo ver antes de que el guardia lo obligara a regresar a la sala de espera fueron los dos ojos del doctor, ahora, si cabe, más vencidos que la primera vez, escrutándolo desde la distancia con temor, cansancio y ansiedad.

Para entonces, el gusto aciago de su pálpito era tan intenso que quemaba.

II

La mujer conocida como Ángela Sanguino sintió un leve cosquilleo a la altura de la parte alta de su abdomen y se incorporó sobre la cama con un respingo nervioso. Algunas de las costumbres que había adoptado en los últimos años mostraban una gran resistencia al cambio pese a que ya hacía bastantes meses que vivía en libertad. Despertar de aquella manera tan agitada ante la proximidad de cualquier tipo de estímulo externo, como si hasta el aleteo de una mosca pudiera entrañar una amenaza para su integridad física, era una de esas costumbres. Tal vez la más arraigada. Evelyn Solo, quien tras sus múltiples visitas a aquella habitación ya estaba más que hecha a sus tics, se limitó a sonreír con un atisbo de ternura en sus labios finos y rosados y aspiró la última de las rayas de cocaína que había dispuesto en torno al ombligo de su cliente.

—Lo siento —se disculpó a la par que acusaba el embate de la droga sobre su sistema nervioso—. No quería despertarte...

—¿De verdad lo haces porque te sabe diferente? —Ángela le recordó su curiosa manía—. A veces pienso que lo que te gusta es más bien evitar que pegue ojo. —El calor la obligó a coger una de las botellas de agua que había sobre la mesilla y echar un trago—. Entre Nora y tú vais a acabar matándome.

—Deberías encender el aire acondicionado igualmente. No hace tanto ruido como para...

—Se nota que no la conoces.

—Cierto. —Evelyn frotó su nariz con los dedos y comenzó a vestirse. La tez de su cuerpo torneado refulgía con un brillo especial al contacto con la luz del crepúsculo—. Ni ganas que tengo de hacerlo —emitió un bufido—. Llámame cuando vuelvas a necesitarme.

—¿Ya te vas?

—En realidad, ni siquiera tendría que estar aquí. —Miró su reloj—. Solo has pagado por dos horas y ya llevo cuatro. No es muy profesional por mi parte —bromeó—. Y tampoco por la tuya, como bien sabes.

Ángela se reacomodó sobre la almohada y encendió un cigarro con parsimonia.

—También he pagado por todo lo que acabas de tomar, no lo olvides.

—Tablas, entonces. —Evelyn estiró los brazos para colocarse la camisa. Los hermosos tatuajes que decoraban su torso se tensaron sobre los músculos humedecidos por el sudor—. Otro día ya desempatamos. —Se acercó luego hasta ella y le dio un beso burlón en la mejilla—. Llego tarde a clase.

Sin apenas tiempo para procesar el significado de aquel gesto —al igual que le ocurría a Nora, Ángela no era demasiado buena para leer entre líneas cuando esas líneas tenían que ver consigo misma, con la diferencia de que aprendía de manera algo más lenta que ella a hacerlo—, el tono de llamada de su teléfono móvil la reclamó. Conforme hubo descolgado, la voz del doctor Grieco Sr. se presentó al otro lado del hilo y anunció que necesitaba hacer uso de sus servicios lo antes posible.

—De acuerdo. Estaremos allí en unos minutos. —Ángela evitó realizar ningún tipo de comentario, puso término a la conversación y se irguió para vestirse también—. ¿Quieres que te llevemos? —preguntó a Evelyn, todavía presente en el cuarto—. La facultad nos queda de camino.

—¿Nos queda? —La chica retorció el rostro en un mohín contrahecho—. Entonces ni hablar. Tu amiga me altera demasiado y ya tengo bastante con los exámenes.

—Como quieras.

—¿Estás leyendo esto? —Evelyn se detuvo junto a la puerta en el último segundo, atraída por uno de los libros apilados sobre la estantería más próxima a ella. En concreto, un ejemplar de *La divina comedia* en edición rústica con solapas.

—Llevo un par de capítulos, sí —mintió Ángela, consciente de que desvelarle que no había pasado de la segunda página le haría parecer todavía más iletrada—. Es..., es muy interesante.

—Querrás decir cantos.

—Bueno, cantos.

Ángela sintió que una oleada de rubor bañaba sus pómulos.

—No te pega nada —Evelyn se encogió de hombros—, pero es una lectura muy adecuada viendo cómo se han desmandado las temperaturas. Parece agosto y estamos ya a principios de noviembre. ¿No es infernal? —añadió con un poso de sorna mientras se preparaba para salir finalmente del cuarto—. Ya me responderás otro día. —Le guiñó un ojo, de nuevo burlona—. Nos vemos.

Tan pronto como la madera encajó en el quicio de la puerta, Ángela exhaló un suspiro de frustración y dio un golpe en la pared con la mano. El dolor fue

fuerte, pero un escueto vistazo al espejo la llevó a olvidarse pronto de él. ¿En qué momento se había convertido en la mujer que el cristal reflejaba con una pavorosa falta de misericordia? ¿Quién se ocultaba debajo de todos aquellos pellejos y tatuajes pasados de moda? ¿Era de verdad la misma persona de diez años atrás? ¿Y cómo alguien como Evelyn Solo, por mucho que únicamente la moviera el dinero —igual que a ella cuando también se ganaba la vida de la misma forma—, podía tener sexo con una mujer así? Su mejor opción pasaba por prepararse también una raya, tomar un Tramadol para mantener los nervios y los dolores de espalda bajo control y concentrarse en el trabajo. Ya cambiada, salió de la estancia y avanzó por el pasillo hasta la habitación de su socia.

—¿Nora? —Llamó a la puerta con la mano sana—. ¿Nora, estás ahí?

La pregunta no tenía demasiado sentido: claro que Nora estaba ahí. Salvo para trabajar, ducharse o comer algo —esto último, casi siempre en contra de su voluntad y de manera muy frugal—, Nora casi nunca abandonaba su cuarto.

—¿Nora? ¿Me escuchas?

Nadie respondió tampoco esta vez. Lo más seguro, dado su enmudecimiento, era que, o bien estuviera embebida frente a algún videojuego con los auriculares puestos, o bien absorta en la construcción de alguno de sus circuitos de efectos en cadena, tarea que, a menudo, la alejaba más de la cuenta del mundo real. Ángela no tuvo más remedio que girar el pomo y acceder a la habitación por sus propios fueros. Al otro lado, Nora observaba la calle desde la ventana a través del teleobjetivo de su cámara, mientras la voz en *off* de un documental de naturaleza sobre gorilas en el televisor se esforzaba por explicar a la audiencia que, de acuerdo con una serie de complejos experimentos realizados por científicos americanos, estos animales también sabían mentir.

—No me gusta que entres sin que te dé permiso para ello —rezongó Nora apenas mirándola de reojo. Bob, el perturbador escorpión que la chica había escogido como mascota cuando Ángela le había propuesto adquirir una para que no pasara tanto tiempo a solas, correteaba distraído alrededor de su brazo—. Estoy ocupada. —Apretó el disparador—. La luz se va y esta óptica no tira muy bien cuando oscurece.

Cualquiera que no fuera Ángela Sanguino se habría tomado sus palabras como un reproche, pero ella conocía demasiado bien a aquella chica como para interpretar su falta de tacto como un ataque personal. Y, por supuesto, demasiado bien como para que le preocupara. Nora Sarafyan simplemente no sabía hablar de otra forma. Y si de pronto comenzara a hacerlo —a Ángela no se le ocurría un peor escenario—, eso sí que sería un buen motivo para echarse a temblar. Todo lo que habían construido juntas, lo habían construido con aquella incómoda

aspereza, tan propia de su personalidad, como eje principal. Mientras esa personalidad no cambiara, ambas estarían a salvo.

—He pedido permiso —se defendió Ángela—. Has sido tú quien no ha respondido.

Nora pulsó uno de los interruptores de la cámara y la impresora sobre el escritorio comenzó a escupir una instantánea. En ella aparecían dos personas, un hombre y una mujer, en plena discusión.

—No has pedido permiso —matizó hierática—. Solo has preguntado si estaba ahí y si te escuchaba. Por ese orden.

—Y tú no has respondido.

—¿Debería haberlo hecho? —preguntó girándose al fin hacia ella, sin ni una sola mácula de ironía en la inflexión.

Ángela asintió resignada. Su compañera dejó a Bob dentro del terrario, sacó un bloc de notas del bolsillo y anotó algo en él.

—Lo lamento —dijo tras guardarlo de nuevo en el mismo sitio—. No volverá a pasar.

—Seguro... Anda, deja eso. Tenemos trabajo.

Nora recogió la fotografía de la bandeja de impresión, sacudió el papel para facilitar el secado de la tinta y aguardó unos cuantos segundos antes de pegarla en la pared más cercana junto, al menos, otro medio centenar.

—Aprisa. Es urgente. Vístete.

Ángela apagó el televisor, cuidándose de no derribar ninguna de las piezas de sus circuitos a medio construir en el proceso, y le entregó una bata blanca de médico. Los penetrantes ojos de Nora hurgaron en la prenda hasta localizar un nombre bordado justo encima del bolsillo superior de la parte frontal: «Dra. Grieco Sr.».

—¿Otra vez?

—No te quejes. —Ángela la ayudó a ponérsela—. Es un buen cliente.

La claridad de la tarde, seccionada en decenas de franjas por las persianas entre las que descansaba el objetivo de la cámara, comenzó a languidecer sobre las dos riberas de la ciudad. Ambas abandonaron entonces la vivienda, envueltas en un ceremonioso silencio, rumbo al hospital.

III

El calor reinaba con tal autoridad sobre las calles de Aldacia que los grifos de agua fría del centro médico escupían sus chorros a la misma temperatura que los de caliente. Dante se mojó la cara con el líquido de todos modos, secó sus manos con un pedazo de papel higiénico y regresó a la sala de espera. Habían transcurrido al menos dos horas y media desde el ingreso de Fosco en el quirófano, pero ni su inquietud había logrado templarse en todo ese intervalo ni nadie había acudido hasta donde se encontraba para mantenerlo informado sobre lo que fuera que estaba aconteciendo allí.

El momento no podía ser peor para un aspirante a dejar de fumar. Por suerte, había tenido la precaución de salir de casa con un paquete de chicles de nicotina en el bolsillo, con lo que, mientras le duraran, tendría algo en lo que focalizar su ansiedad. ¿No era eso lo que siempre les recomendaba a sus lectores?, ¿aprender a desplazar la atención a voluntad para ahorrarse quebraderos de cabeza? La idea sonaba bastante bien sobre el papel. El problema, al igual que con la mayoría de estrategias que había desarrollado para ayudar a las personas que visitaban su consulta, estaba en que ni él mismo confiaba mucho en su viabilidad. Si aquellos consejos funcionaran, a fin de cuentas, el miedo a haberse convertido en un farsante dejaría de desvelarlo. Por no hablar de que él mismo podría seguirlos en lugar de contradecirlos por sistema como hasta ahora había hecho.

Todos sus libros sobre gestión inteligente de las emociones, todas sus charlas y conferencias en centros educativos, todos sus programas de radio y artículos acerca de psicología positiva no servían de mucho a la hora de la verdad, cuando el destino decidía ponerlo todo a prueba con una súbita ruptura de la rutina. Uno podía haber estudiado dos carreras —Ciencias de la Información y Psicología—, varios másteres de especialización y obtenido un *cum laude* en una tesis doctoral particularmente brillante, como en su caso, o podía también haber acumulado una larga experiencia como divulgador en medios de distinta índole e incluso haber bañado su nombre de una popularidad muy poco frecuente entre sus

colegas de profesión, pero, llegado el instante de dejar de observar la tormenta desde la ventana y capear con ella como cualquier otro ser humano, nada de lo anterior bastaba para mantenerse a salvo de las inclemencias de la propia psique. Además, claro, estaba la culpa, que, como un taladro directo al corazón de una pieza dental o una aguja atravesando las córneas de un insomne, sabía donde azuzar para impedir que su sistema nervioso pudiera tener alguna oportunidad de relajarse. El hecho de que, en lugar de haber aplicado su famoso lema «Cuando quieres que otro cambie, cambia tú» con su propio hermano, hubiera optado por mantenerse fiel a su orgullo durante tantos meses estaba en el corazón mismo de ese desagradable pesar. O alguien abría la puerta de la sala de operaciones pronto para transmitirle una buena noticia o tendría que lidiar con un amargor, si cabe, más hiriente por el resto de sus días.

—Aarón, soy papá —comenzó a dejar un mensaje en el buzón de voz de su hijo tras más de cinco intentos consecutivos por comunicarse con él—. Puede que esta noche tarde un poco más en... —Un pinchazo a la altura del estómago, como el que había sentido durante su carrera por el paseo marítimo, solo que más severo, hizo que el vello de sus brazos se le erizara de repente—. Luego vuelvo a llamarte.

Pese a lo grimoso de su irrupción, la punzada era algo de naturaleza menos física que emocional. Recordaba a una especie de desgarró interno, similar al percibido por los mutilados de guerra durante los meses posteriores a la pérdida de sus miembros, cuya función era ofrecer con su hormigueo el recordatorio de una tragedia todavía por asimilar.

Las dos hojas batientes del acceso al quirófano se desbloquearon con un sonido hueco. Pasados unos segundos, alguien enfundado en una bata blanca franqueó la entrada y comenzó a caminar por el pasillo, a un ritmo firme y muy resuelto, hacia Dante.

La persona en cuestión era una mujer menuda de unos treinta años, media melena pelirroja, ojos profundamente azules y movimientos morosos. Tenía un lunar de color marrón claro en el extremo izquierdo de la comisura de los labios, cejas más tupidas que la media, que le conferían un singular aspecto entre aññado y travieso, una frente de mayor anchura que el resto de su rostro y dos pequeñas orejas de disposición respingona. Dante no recordaba haberla visto en el corredor durante el traslado de su hermano, y tampoco a través de la mirilla de la puerta. No obstante, todo apuntaba a que sería la encargada de proporcionarle la información que tanto había anhelado.

La joven doctora se situó frente a él, rígida como una columna dórica, le lanzó una mirada carente de cualquier tipo de compasión y fue directa al tuétano.

—No ha habido suerte.

Dante no supo si sentirse más afectado por sus palabras o por la asepsia casi quirúrgica con la que las había pronunciado

—¿Ha...? —se mostró remiso a preguntar—, ¿ha muerto?

—Las lesiones eran demasiado graves —confirmó la doctora, achicando cualquier posible espacio para la esperanza—. Sí. El paciente ha muerto.

Dante se quedó paralizado. Por al menos medio minuto, su percepción encalló en una pesada ausencia de actividad. Solo un desplazamiento casi inapreciable de los labios de la médico, un microgesto muy sutil y de difícil calibración que, si no era una sonrisa fuera de lugar, lo parecía bastante, consiguió sacarlo de su trance.

—¿Cree que es divertido, doctora... —buscó averiguar cómo se llamaba en el distintivo de su bata de trabajo—, doctora Grieco?

La médico reajustó discretamente sus facciones sin moverse ni un milímetro de la posición que ocupaba sobre las baldosas de cerámica.

—Porque no tiene nada de gracioso... —Dante la agarró por la solapa, luchando consigo mismo por no abofetearla—. ¡Era mi hermano!

El vigilante de seguridad se vio forzado a intervenir. Una mujer alta y desgarbada, con un mechón blanco en el flequillo de su larga melena de color petróleo y lo que parecía ser un ojo nublado por una tela blanca, se unió al hombre en su intento por evitar que el incidente derivara en un encontronazo de mayor violencia.

—Por favor, señor —dijo admonitorio el vigilante—, compórtese.

A Dante no le quedó otra alternativa que obedecer. Cuando soltó a la doctora y al fin se permitió el lujo de respirar, una abrumadora marea de dolor y aflicción lo hizo venirse abajo y estallar en lágrimas. La doctora compartió, casi al tiempo, un fugaz intercambio visual con la mujer del mechón blanco. En este breve lance, de una forma muy rara e incomprensible, anidaba algo próximo a la complicidad.

—Mis disculpas —vaciló la joven sanitaria en cuanto Dante hubo tomado asiento de nuevo sobre una de las butacas de la sala de espera—. No pretendía... —se lo pensó dos veces, con el titubeo entrecortado de la inexperiencia, o quizás del desinterés, resultaba difícil decirlo—, no pretendía ser ruda...

El teléfono del divulgador sonó antes de que pudiera improvisar una justificación sólida.

—Yo tampoco pretendía hablarle así —dijo abochornado por el modo en el que todos los presentes lo observaban como si le tuvieran, o bien miedo, o bien lástima, aunque no del todo arrepentido—. Debo atender la llamada. —Descolgó mientras se enjugaba las lágrimas con la muñeca—. ¿Aarón?, ¿eres tú?

La doctora, bajo la atenta supervisión de la mujer del mechón canoso y el guardia de seguridad, se dio la vuelta lentamente y regresó sobre sus pasos hacia el interior del quirófano. No había en su bata de trabajo o en los guantes de goma que todavía llevaba puestos ni una sola mancha de sangre.

IV

De entre las docenas de bares y cafeterías que se asomaban al paseo a lo largo de sus casi cinco kilómetros de longitud, el Blue Lizard era sin duda el establecimiento más singular de todos. Instalado en el extremo oriental de la desembocadura, dentro de un antiguo vagón de tranvía coronado por un rótulo azul con la figura de un lagarto ocelado, el negocio no tenía nada que ver ni con los modernos gastrobares de los hoteles próximos ni tampoco con las clásicas terrazas donde lugareños y turistas solían reunirse cada día para contemplar la puesta de sol, tomar un vino dulce de la tierra o escuchar a los distintos tríos de ensalmo aldaciano, el canto típico del país, que acostumbraban a ofrecer sus recitales por la zona. Al contrario, más que un local autóctono, el Blue Lizard parecía un bar de carretera norteamericano, con su gramola, sus compartimentos de sillones acolchados, su decoración de motivos *country* y su menú basado en carnes rojas y frituras. A falta de la estereotipada camarera rubia de grandes rizos y nombre de película de atracos, la barra estaba atendida por una mujer de origen libanés —Mushira Mukhtar, según constaba en su insignia identificativa—, quien, además de no tener ningún tipo de problema con el *American way of life*, lucía frecuentemente originalísimos hiyabs inspirados en la cultura popular estadounidense.

—Veo que no soy la única que no ha hecho huelga... —dijo desde la barra. Ángela, al descubrir que el pañuelo de Mushira mostraba esa noche un estampado de Elvis meneando las caderas, bosquejó una sonrisa divertida—. ¿Lo de siempre?

—Ponnos también algo de picar. —Señaló a Nora, que permanecía sentada en una mesa de la esquina más alejada del recinto—. Ya ni recuerdo la última vez que la vi masticar algo.

—Marchando.

El objeto de la conversación entre las dos mujeres ni siquiera levantó los ojos de su cuaderno de notas. Sobre la mesa en la que se acodaba, solo había un vaso

de agua apenas empezado. Ángela pensó que, si en su rostro no reinara la fría circunspección de siempre y una sonrisa o, al menos, un amago de flexionar los labios aflorara en él, sería una modelo perfecta. Para una persona que había pasado tantos años recluida y jamás había logrado encajar del todo en ningún contexto, aquella apostura era algo tan sorprendente que no podía evitar envidiarla. Quizás, después de todo, su tara fuera más un don que una condena...

—Aquí tienes. —Se sentó frente a ella y le hizo entrega del sobre con el importe correspondiente al trabajo.

—Dijiste que solo serían cinco minutos. —Nora revisó su viejo reloj digital. Detrás de ella, por la ventana, la luz del antiguo faro romano iluminaba ambos márgenes de la desembocadura siguiendo un cadencioso movimiento de rotación —. Has tardado doce.

—Mi parte no es ni tan rápida ni tan sencilla como la tuya —explicó Ángela—. A veces, aunque no te lo creas, hay que tratar con las personas. —La miró fijamente. Nora, lejos de rehuir el contacto ocular como todo el mundo hacía al descubrir lo de su lesión, le mantuvo el pulso sin pestañear—. De verdad, quiero decir.

—Si fuera tan fácil, lo harías tú misma.

—Ojalá pudiera, pero ya sabes que no tengo tu *talento*.

—Tampoco mi profesionalidad —objetó Nora—. Te he visto tonteando en recepción con ese chico nuevo mientras yo trabajaba.

—¿Tonteando? ¿Lo dices en serio?

—Siempre digo las cosas en serio.

—Pues me temo que te equivocas.

—Vuestra comunicación no verbal era clara.

Ángela agitó la cabeza y dejó escapar un resoplido.

—Con todos los respetos, Nora, deberías dejar eso de la comunicación no verbal para quienes de verdad sepan interpretarla. Los chicos no son lo mío, ya deberías saberlo —afirmó a continuación en actitud estoica—. De todos modos, sueñas como si lo que hago te importara algo, lo cual es bastante insólito. —Frunció el entrecejo—. ¿Debería preocuparme o solo tratas de asegurarte otra vez de que lo que dicen esos documentales que tanto te gustan es cierto?

—¿Lo es? —Nora sondeó su rictus con un repunte de interés—. Necesito comprender cómo funciona exactamente todo eso del cortejo. Podría ser importante.

—Ganarías bastante más perfeccionando tu técnica —orilló Ángela el tema con habilidad—. La teoría es algo importante, pero te equivocas si piensas que lo es todo. Lo de hoy podría haber acabado mal. Tenemos que evitar que vuelva a ocurrir algo así. Por el bien del negocio.

—No has respondido a mi pregunta.

—Tu pregunta se responde sola. ¿Acaso no me ves?

—Las personas no siempre son lo que aparentan. Tú me lo enseñaste.

—¿De verdad piensas que me siento atraída por los hombres? ¿Después de todos estos años?

—En realidad, lo que pienso es que tienes miedo de ellos y que por eso prefieres a las mujeres. Como mecanismo de autodefensa, la evitación está ya presente en algunos primates después de sufrir un trauma. Supongo que todo lo que has vivido tendrá algo que ver con ello, aunque no entiendo cómo esas cosas os pueden afectar tanto.

La pétrea gelidez con la que Nora utilizaba los plurales, como erigiendo un muro insalvable entre dos países fronterizos, estremecía por su elevado grado de distanciamiento. A veces, Ángela tenía serias dudas acerca de si su socia sufría en verdad un trastorno de empatía, como la mayor parte de los expertos que habían estudiado su caso aseguraban, o simplemente era una psicópata redomada con una especial adicción por torturar al prójimo utilizando ese mismo trastorno como coartada.

—No sé qué me gusta más de ti, si que me compares todo el rato con simios o tu sinceridad —manifestó Ángela, algo molesta con lo que acababa de decirle pese a estar más que familiarizada con sus salidas de tono, involuntarias o no—. El mundo, desde luego, sería un bonito campo de minas si todos tuvieran tu tacto.

—No entiendo. ¿Qué significa eso?

—Significa que, si quieres comprender mejor la psicología de quienes no somos como tú, tendrás que bajar al barro en algún momento. Y, por supuesto, que ni estaba tonteando con ese recepcionista ni me gustan los hombres.

Nora entornó los ojos con extrañeza y anotó algo en su cuaderno.

—Prestar más atención a la gente cuando habla y menos a esa libreta también ayudaría —bufó Ángela.

—La necesito para contrastar.

—¿Contrastar qué?

—Ahora, por ejemplo, creo que estás enfadada, pero no lo tengo del todo claro. Mi cuaderno podría sacarme de dudas.

Ángela alargó el brazo y le birló la libreta con un rápido deslizamiento de su mano izquierda.

—No necesitas un cuaderno para averiguar ese tipo de cosas. —Se apartó el flequillo de la cara con los dedos—. Concéntrate en mis ojos. Los ojos nunca mienten.

—Pero son también comunicación no verbal, y acabas de decir que...

Mushira se acercó a ambas para depositar sobre la mesa una ración doble de patatas fritas, otra de pan de ajo con queso fundido y una jarra de cerveza fresca.

—Buen provecho —dijo con una sonrisa. Ángela, turbada, volvió a cubrirse la frente con el flequillo—. Si necesitáis algo más, decídmelo y vendré enseguida. Somos todas mujeres —añadió en tono jocoso—, así que no contáis como opresoras heteropatriarcales.

—Gracias...

—No sé por qué siempre te lo tapas —opinó Nora cuando la camarera se hubo alejado—. A mí me parece bonito. Es diferente.

Ángela se ruborizó. Odiaba que le ocurriera aquello casi tanto como tener conversaciones embarazosas con su socia cada dos por tres.

—Ahora ya no estás enfadada —se aventuró Nora a calibrar—. Estás violentada, ¿cierto?

—No todo lo diferente es necesariamente bonito, sin ofender. —Ángela se revolvió sobre el asiento—. ¿Qué tal si mejor hablamos de ti? ¿Has sentido algo esta vez?

La interpelada echó una ojeada a través de la ventana. Cualquiera incauto que la viera en aquel momento por primera vez e ignorara cómo funcionaba su mente podría llegar a pensar que estaba triste.

—No deberías haber pedido nada —dijo en referencia a las raciones—. Lo último que me apetece es comer...

—Alimentarse también es importante para el negocio. Hasta tus primates lo hacen de vez en cuando, como ya sabrás. Venga, come algo.

Nora cogió desganada una patata frita entre los dedos y, tras observarla con displicencia, se la llevó a la boca.

—Ahora eres tú la que no respondes. ¿Has sentido algo o no?

Su acompañante dio unas cuantas mascadas a la patata frita, se limpió las yemas de los dedos contra el pantalón y empujó la comida garganta abajo de mala gana.

—No —respondió con desabrimiento—. Claro que no.

—Me alegra oírlo. —Ángela le devolvió la libreta—. Cuando le pediste perdón, temí que sí lo hubieras hecho.

—Le pedí perdón precisamente para que no volvieras a reprochármelo. Creía que era lo correcto. ¿O acaso me has mentido?

—Tranquila, era lo correcto. —Ángela dio un trago a su jarra de cerveza. La textura helada del líquido, en contraste con el calor del exterior, le arrancó una espiración satisfecha—. Únicamente..., bueno, ya sabes, no termino de acostumbrarme a verte actuar así... El hombre está desolado en la sala, esperando a que alguien le diga algo, y tú no solo le sueltas la noticia a

bocajarro, sino que, cuando se te echa encima, hasta amagas una risilla. —Agitó la cabeza, mitad admirada y mitad descreída—. Entiéndeme bien, sigo desaprobando que hagas eso, pero, diablos..., ¡ojalá yo tuviera también ese cuajo! —Apuró un nuevo trago y aupó su bebida con la intención de iniciar un brindis—. ¿Te he dicho alguna vez que eres mi heroína?

Nora, en lugar de alzar el vaso, elevó la mirada por encima de la cabeza de su socia.

—¿Qué ocurre? —inquirió escamada esta última.

—Habías apostado por ella, ¿verdad? —dijo Nora señalando al televisor a sus espaldas.

Ángela se volvió hacia el plasma. En pantalla, la tenista aldaciana Sera Garraf arrojaba furiosa la raqueta a la pista tras perder el último punto de partido frente a su rival, una jovencísima norteamericana de raza negra cuyo nombre ni siquiera recordaba.

—¡La madre que...! ¡Mushira, cambia eso, haz el favor!

La camarera caminó hasta la barra, buscó el mando a distancia sobre ella y, una vez que lo hubo encontrado, obedeció diligentemente.

—La bolsa es mucho más segura que las apuestas deportivas —sugirió Nora, apenas aplicando algún acento a su voz—. Sus datos tienen una base más sólida y no hay tanto margen para emociones fuera de lugar. Deberías considerar invertir en ella si de verdad te tomas en serio eso de retirarte al sudeste asiático en un futuro.

—¿Quién sabe lo que puede pasar en un futuro? Por el momento, me conformo con tener uno.

—Y también deberías dejar ahora mismo de beber.

Ángela arrugó el rostro, importunada por el comentario.

—¿Qué eres ahora, mi tutora? —le espetó. Como para reforzar su enfado, agarró de nuevo la jarra y le asestó otro trago—. Porque creía que era a la inversa...

La mano izquierda de Nora impidió que lo hiciera en el último segundo. El índice de su mano derecha apuntó una vez más hacia el televisor.

—No soy tu tutora, solo la persona que probablemente tendrá que ir contigo hasta ahí. —Las imágenes de una aldea completamente destruida por algún tipo de desastre medioambiental acaparaban las más de cincuenta pulgadas del aparato—. Me gustaría llegar viva.

—Siempre alerta, ¿eh? —Ángela exprimió una sonrisa entre irónica y complacida mientras se levantaba del asiento y le tendía la mano para que hiciera lo propio—. Anda, vamos.

V

De las tres presas que abastecían a la ciudad, la de Vega de Alcarfe era la de menor tamaño. Esta contingencia tan afortunada, unida a su ubicación en una zona de gran altura apenas poblada y a la ya larga sequía que assolaba Aldacia desde hacía meses, había contribuido a que el impacto de su derrumbe no hubiera sido tan catastrófico como en otros sucesos similares, pero, aun así, el panorama era dantesco: todo el valle había quedado cubierto por una gruesa capa de lodo denso y viscoso, las viviendas de las poblaciones vecinas habían sufrido daños estructurales de gravedad y los escombros procedentes del pantano y de las laderas que el aluvión había arrasado a lo largo de la cuenca se extendían hacia el horizonte, bajo la luz pálida de la luna llena, como un reguero de materia muerta en busca de una tierra prometida inexistente.

Pedro Beltrán-Scott, responsable último de toda aquella devastación, contempló el fruto de sus políticas desde lo alto del promontorio, consternado por la magnitud del accidente, y luego encaró a la pareja de mujeres tratando de disimular su nerviosismo. La corbata de color granate anudada al cuello de su camisa se agitaba al viento a modo de prolongación de su propia culpa; su fisionomía, tersa e impoluta, de hombre más acostumbrado a supervisar todo desde una torre de marfil que a mezclarse con el común de los mortales, luchaba en vano por aparentar normalidad mientras su cuerpo atlético de piel tostada se alzaba como un improperio sobre el escenario de destrucción a sus espaldas.

—Como ven, no ha quedado gran cosa. Es un desastre, un auténtico desastre —se lamentó, aunque su arrepentimiento, de acuerdo con lo usual en aquel tipo de casos, tenía más de miedo a perder su estatus que de verdadero cargo de conciencia—. Alguna vez mis técnicos llegaron a comentarme que podría pasar. —Miró a las dos mujeres con prevención, Ángela intuyó que evaluando de qué manera reaccionaban a sus palabras—. Nunca pensé, ni siquiera entonces, que este día pudiera llegar a acontecer, y menos que... —se giró por un instante hacia el valle—, bueno, que las consecuencias pudieran llegar a ser tan graves

para toda esta gente... Hemos tenido mucha suerte de que solo haya habido dos muertos.

—No se culpe —sonrió Ángela en un esfuerzo impostado por ganarse su simpatía—, los desastres medioambientales son un poco como los accidentes de aviación: siempre parece que solo les pasan a los demás hasta que... —Se dio cuenta de que había metido la pata con aquella frase y trató de corregirla mediante un ensanchamiento de la curva de sus labios—. Usted ya me entiende.

El hombre se mantuvo inmóvil y en silencio al tiempo que examinaba a Ángela con desconfianza y un punto de grima. Cuando hubo terminado de escrutarla, hizo lo propio con Nora, quien no tuvo ningún problema en aguantarle la mirada hasta el final.

—Dicen que es usted la mejor en su trabajo —aseveró frente a ella, un tanto escéptico.

La chica no ofreció ninguna respuesta hasta que Ángela la instó a ello dándole un discreto golpe en el talón con el empeine derecho.

—Sí —se limitó a consentir—. Eso dicen.

—Es también una persona de pocas palabras —intercedió su socia a fin de reducir la tensión—. Debe usted disculparla. —Sacó su paquete de tabaco—. ¿Un cigarro?

El hombre declinó la invitación con un gesto hosco de su mano derecha, volvió a observar a Nora de arriba abajo y tomó aire antes de continuar hablando.

—Espero que, a la hora de la verdad, no sea tan reservada, porque, ¿saben?, a pesar de lo que acabo de decirles, realmente sí que pensaba que una cosa así podía llegar a suceder —confesó exhibiendo un desparpajo tan abrupto como sobrecogedor—. De hecho, lo sabía perfectamente y mejor que nadie desde el momento en que se aprobó el proyecto: ni el lugar era el más adecuado desde el punto de vista geológico ni nuestro presupuesto nos permitía ser demasiado exigentes con los materiales empleados. Cuando empezamos, la crisis apretaba más de la cuenta, así que economizar gastos y dar luz verde a los planos para obtener ganancias lo antes posible era nuestra prioridad. —Armó una sonrisa desconcertante, como si haber admitido su responsabilidad en lo ocurrido, aunque fuera frente a dos donnadies como ellas, le hubiera quitado un peso de encima—. Siempre he sabido que, si algo llegaba a pasar, sería gordo, muy gordo..., como esto o tal vez un poco más. Lo que no me imaginaba es que fuera a suceder tan rápido o me pillara de por medio. ¡En dos años tenía pensado prejubilarme, por Dios Santo! —Se le crispó la expresión—. El caso, señoras, es que alguien tiene que dar la cara, y, como comprenderán, yo no pienso realizar un sacrificio de esa envergadura justo ahora. Hay demasiado en juego. —Realizó

una somera pausa para volver a inhalar una bocanada de aire—. Claro que de eso ya se habrán dado cuenta. Al fin y al cabo, hace ya algún tiempo que mi equipo cerró un preacuerdo con ustedes a cambio de sus servicios, ¿no es cierto?

—Así es —corroboró Ángela—. Su equipo estuvo rápido ahí, si me lo permite.

Pedro Beltrán-Scott apartó el humo del cigarro con la mano y confrontó de nuevo a ambas mujeres. El olor a perfume caro que emanaba de su traje era tan fuerte que mareaba. Ángela, con todo, se resistió a apagar el pitillo. Aquel hombre tal vez había comprado sus servicios, pero, más allá de la cortesía debida y de los términos del pacto que mantenía con ellas, no pensaba darle el placer de plegarse tan fácilmente a todos sus deseos.

—¿Creen entonces que serán capaces de hacerme, digamos, ese favor? —preguntó el empresario.

—La duda ofende —replicó Ángela, tajante. Al girarse hacia Nora para animarla a secundar aquella afirmación, comprobó con aprieto que había sacado el teléfono móvil de su bolsillo para echar una partida a alguno de sus videojuegos de estrategia—. Eso sí —continuó tratando de no darle demasiada importancia al desplante con la esperanza de que así tampoco se la concediera su interlocutor—, todos los favores tienen un precio. El preacuerdo no era demasiado específico a este respecto...

—Quinientos mil. Y, si todo sale bien, un tres por ciento del importe del seguro. —El hombre sacó un sobre bastante gordo del bolsillo y se lo entregó sin pestañear—. Yo diría que, mejor pagado, imposible.

Ángela abrió el sobre, acarició uno de los fajos de billetes y se cercioró de que no hubiera nada raro en ellos. Los equipos de emergencias que operaban en el valle comenzaron a extraer del fango con una especie de grúa lo que, desde la distancia, tenía todo el aspecto de ser un cadáver.

—Son ya tres muertos, por lo que parece —llamó Ángela la atención del empresario sobre el detalle—. Estoy seguro de que puede usted ser un poco más específico.

—De acuerdo. —El hombre tomó su cartera y mostró media docena de billetes más. En mitad de su rostro se había formado de pronto un ademán serio y desafiante—. Les doy otros diez mil. Pero no olviden que deben respetar la confidencialidad de todo esto.

Ángela guardó el dinero y le tendió la mano para sellar el trato con un apretón. Su palma estaba recubierta por un sudor casi tan frío y viscoso como el lodo que sepultaba el valle.

—No tema, somos una tumba. Es un placer hacer negocios con usted.

El empresario se vio forzado a sonreír. Mientras Nora lo hacía también, satisfecha por haber pasado al fin de nivel, los operarios del servicio de emergencias soltaron el cadáver sobre una especie de camilla y procedieron a envolverlo en una funda de plástico para muertos.

VI

Quizás movido por un exceso de ingenuidad, Dante Riesco había caído en la tentación de pensar, durante el camino de regreso a su apartamento, que la muerte de Fosco podría servirle para limar asperezas con Aarón.

En su mente viciada por el optimismo había también creído que la desazón asociada a la pérdida —de un hermano en su caso, y de un tío y un padrino en el de su hijo— contribuiría a destensar, al menos un poco, la delicada relación existente entre ambos desde el encarcelamiento de Natalia, pero, nada más entrar en casa y ver cómo en el rostro del chico se formaba la misma expresión ceñuda de siempre, supo que no solo se había equivocado al confiar en la posibilidad de un acercamiento recíproco motivado por el duelo, sino que, además, como demostraba que Aarón se hubiera retirado a su cuarto sin apenas cruzar dos o tres palabras con él, también se había equivocado al creer que no sería tan injusto como para culparlo de su deceso.

Si ya la mente de los adultos era difícil de decodificar, la de los adolescentes era aún más veleidosa y contradictoria. El muchacho, esquivo, malencarado y en permanente estado de irritación, del dormitorio contiguo ya apenas guardaba alguna similitud con el joven desbordante de alegría y vitalidad por cuya custodia no había tenido más opción que descender al infierno de la desestructuración familiar.

Dante comprendía que el asunto le hubiera afectado. Incluso era capaz de entender que Aarón albergara cierto sentimiento de rechazo hacia él. Aquella aversión tan razonable, no obstante, se había cronificado tanto en los últimos meses que solo un completo iluso, o bien un inepto poco consciente de su propia torpeza, podría considerarlo algo normal. Su carácter, su indumentaria, su posicionamiento político..., todo en Aarón había experimentado un cambio radical con el único propósito —o eso sospechaba Dante— de agotarle la paciencia mediante la adopción sostenida y premeditada de una actitud de hostilidad.

En semejante contexto, resultaba muy difícil, hasta para un experto en crecimiento personal y psicología del bienestar como él, encontrar algún aspecto positivo al que aferrarse. El único modo que veía de racionalizar toda aquella animosidad era recordar que él mismo, en su adolescencia, había mostrado comportamientos igualmente estúpidos e insoportables, pero ni siquiera la conciencia retrospectiva de su propia idiocia le proporcionaba un alivio real, pues a menudo recordaba, por añadidura, que él jamás había hecho ostentación de un grado de inmadurez, superficialidad y falta de criterio propio tan elevado como el de Aarón en ningún momento de su juventud. ¿Por qué si no iba a prestarle el chico tanta atención a su peinado o a su vestuario?, ¿o a repetir como un loro las consignas que cuatro imbéciles publicaban en redes sociales? Más aún, ¿por qué iba a escribir cosas tan terribles como las que cada dos por tres escribía en su diario sobre su persona? ¿Acaso no se daba cuenta de que lo quería más que a nadie? ¿O quizás solo se trataba de una reacción de autodefensa? Ya se debiera al cansancio o a la frustración, era innegable que el desafecto se había vuelto mutuo de un tiempo a esa parte. Y también estaba bastante fuera de toda duda que ningún buen padre —o, en su defecto, ningún buen psicólogo— pensaría unas cosas tan terribles sobre su hijo o leería jamás sus escritos privados a no ser que dispusiera de una buena excusa para hacerlo. Natalia tenía que haber ejercido algún tipo de influencia en el giro descrito por su conducta, estaba seguro —¿habría vuelto Aarón a visitarla sin notificárselo?—. Pese a ello, la idea de endilgarle a su exmujer la culpa de todo no era muy ecuánime, por lo que, si quería mantener cierta honestidad consigo mismo, debía aceptar que él tampoco lo había hecho todo bien.

El *timing* no era el más adecuado, de un modo u otro, para perderse en disquisiciones poco fructíferas. Además de que le dolía terriblemente la cabeza y seguía teniendo la espalda hecha un desastre como consecuencia de su falta de disciplina postural frente al escritorio, la aflicción continuaba enquistada en sus entrañas como un estoque en la columna de un toro que se resistiera a morir en la plaza, mientras que las dudas, por un lado, y los reconcomios, por otro, retorcían el metal a fondo sobre esa misma espalda sin demostrar ningún tipo de piedad. En el frente de las dudas destacaba, junto con la incertidumbre que siempre le había creado el embrollo de Natalia, su resistencia a creer que la muerte de Fosco hubiera sido un accidente fortuito, tal y como los investigadores a cargo del atestado le habían asegurado ante la ausencia de pruebas en sentido contrario —¿acaso no era sospechoso que alguien tan amenazado como su hermano hubiera sufrido un percance de esas características?—; y en la vanguardia de los reconcomios —muy relacionados con esto último, aunque a veces le costara reconocerlo— destacaban su pesadumbre por no haber sabido perdonarlo a

tiempo y el resquemor de haber llegado demasiado lejos en su disputa con la madre de su hijo cuando, de haberlo planeado todo con tranquilidad, tal vez habría podido encontrar una manera menos expeditiva de arreglar las cosas con ella.

Todo lo anterior hacía que la herida de su alma se fuera abriendo un poco más a cada segundo. Por si no tuviera suficiente con ello, también estaba el mal cuerpo que le había dejado su enfrentamiento con aquella infame doctora en el hospital, la sonrisa fuera de lugar que esta había insinuado mientras escuchaba sus reproches y la falta de delicadeza —o, directamente, la intolerable acritud— con la que le había comunicado la noticia del fallecimiento de Fosco. Dado el sesgo más bien trágico del panorama, quizás no debería concederle más importancia al roce de la que tenía —gente poco empática la había en todos los sitios—, sin embargo, tampoco podía dejar de ver en aquel lance una señal de que el eje sobre el que había articulado el grueso de su obra como terapeuta emocional, la bondad inherente a todos los seres humanos, había sido más un error de base que una piedra angular. En otras palabras: a lo mejor, además de haber estado engañando durante años a sus lectores, se había estado engañando también a sí mismo.

Lana rodeó el sofá, dio un brinco hasta su regazo y, una vez allí, se dejó acariciar por su mano. La buena disposición de aquel animal, que, a diferencia de Aarón, siempre buscaba su compañía y su calor, lo hizo sentirse, si cabe, más desolado por su incapacidad para llevarse bien con el chico. No creía que, bajo toda aquella presión, pudiera conciliar el sueño o concentrarse para escribir nada coherente, así que estiró el brazo hacia el cajón de la mesilla contigua y hurgó en ella hasta dar con el marcador de fibra hueco donde escondía su kit de emergencia para ese tipo de situaciones. Tras abrirlo y sacar de su interior un fino cigarro de marihuana, lo prendió con cuidado, se reclinó sobre el sofá y activó el televisor. Aquel era probablemente el único vicio que le quedaba desde que había decidido empezar a cuidarse. Pese a que, en sentido estricto, suponía una traición a su promesa de romper con el tabaco, prefería verlo como un pequeño e inofensivo placer culpable, necesario para apuntalar todas sus buenas intenciones, antes que como algo propiamente dañino.

La primera calada le entró tan fuerte que sus pulmones protestaron con un ataque de tos. El miedo a que Aarón pudiera despertar y sorprenderlo con el cigarro entre las manos lo llevó a pensar en arrojarlo por la terraza para prevenir posibles conflictos. Cuando se disponía a hacerlo, la gata pasó por encima del mando del televisor y subió por accidente el volumen del aparato, donde llevaban horas hablando de la trágica rotura de la presa de Vega de Alcarfe. Aarón apareció en la estancia al cabo de unos segundos.

—¡Joder!, ¿en serio? Se supone que soy yo quien debería estar haciendo eso...

Dante tragó saliva avergonzado, dio una última calada al cigarro y lo lanzó por el hueco de la ventana. A continuación, simulando un aplomo engañoso, caminó de vuelta al sofá y se hizo con el mando para restablecer el volumen habitual del televisor.

—Lo siento... —apenas pudo pronunciar una disculpa—. Me había olvidado de que..., de que estabas aquí.

—¡Qué raro!

—Anda, vuelve a tu cuarto. Es tarde.

—Tú también deberías acostarte, ¿no crees?

—Lo haré. —Dante se apercibió de que dos gruesas lágrimas acababan de invadirle las mejillas sin previo aviso—. Solo dame... —balbuceó tratando de mantener la calma—, solo dame un poco de tiempo.

En lugar de mostrarse comprensivo, Aarón lo observó impertérrito como a la imagen de otro televisor.

—Es la primera vez que te veo llorar —dijo entre desafiante e informativo.

—Que nunca me hayas visto hacerlo no significa que no lo haga de vez en cuando. —Dante se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—. Yo también tengo sentimientos.

—A mamá sí que la he visto así muchas veces. —Aarón ignoró su confidencia, tal vez porque no le convenía escucharla de cara a seguir pinchándolo—. Antes y ahora —precisó con rencor—. Sobre todo ahora. Por tu culpa.

—Es tarde. Vete a tu cuarto —dijo Dante domando su impulso de replicar.

El muchacho, por el contrario, no tuvo ningún problema en aprovechar aquel repliegue para atacar por segunda vez.

—Siempre haces lo mismo cuando alguien te molesta —desaprobó con una sonrisa ladina—: alejarlo de ti, encerrarlo...

Aquello era ya demasiado. El divulgador rebufó como una bestia herida, dio un golpetazo en la pared y hundió los ojos sobre su hijo.

—¡Es la última vez que te lo digo! —restalló a escasos centímetros de su cara—. ¡Vete a tu habitación!

Ambos se retaron durante varios segundos. Aunque en el gesto convulso de Aarón se adivinaba que estaba pensando en contraatacar, la visión de dos nuevas lágrimas en los ojos de su padre pareció hacerlo cambiar de opinión.

—Estás loco —dijo mientras emprendía el camino de regreso a su cuarto—. Deberías hacértelo mirar por un especialista que realmente sepa de lo que habla —Y cerró la puerta furioso detrás de él.

Con el corazón latiéndole dentro del pecho a gran velocidad y la perspectiva lastrada por el efecto conjunto de la ira, el arrepentimiento y la marihuana, Dante volvió a sentarse sobre el sofá. Lana estaba tan asustada por lo que había sucedido que maullaba nerviosa en una esquina del salón, detrás de una talla decorativa, sin atreverse a salir.

—Lo siento —bisbiseó Dante decaído—. Lo siento mucho.

La gata abandonó su escondrijo y fue recortando distancias hasta recuperar poco a poco la confianza. A su llegada al sofá, dio otro brinco y se acomodó con remolonería sobre las piernas de su amo.

—¿Qué demonios? ¿Es una broma?

Dante distinguió algo sorprendente en la pantalla del televisor: bajo una lluvia de *flashes*, la misma mujer que horas antes lo había puesto al tanto de los desgraciados sucesos del quirófano, solo que con otro maquillaje y corte de pelo, tomaba asiento frente a un montón de reporteros para rendir cuentas al público del colapso del embalse. Un indicativo en grandes caracteres blancos rezaba a pie de plano: «Olivia Lastra, portavoz de HidroAldacia S. L.».

«Hoy, este país ha vivido una tragedia que todos lamentamos y tardaremos mucho tiempo en olvidar —empezó a decir la mujer con la misma flema impávida de la que había hecho gala en el hospital—, pero les aseguro que, si alguien lamenta lo ocurrido con especial abatimiento, es nuestra empresa: HidroAldacia S. L. —Ni siquiera le tembló la voz al dirigirse a cámara—. Desde aquí, y en nombre de todo el equipo directivo, quiero transmitir a los damnificados nuestro más hondo desconsuelo por lo ocurrido, que confiamos en que no vuelva a repetirse, y dejar constancia de que la compañía, aun careciendo de responsabilidad directa en la fatídica sucesión de eventos que han conducido al desastre, no solo lamenta los daños ocasionados por el derrumbe, sino que también es partícipe del sufrimiento que haya podido causar».

Dante abrió de nuevo el cajón de la mesilla y sacó un bloc de notas y un bolígrafo de su interior. Lo que estaba escuchando en boca de aquella chica era casi tan inaudito como su capacidad para no inmutarse en un momento tan delicado como aquel. ¿Olivia Lastra? ¿Por qué le costaba tanto creer que se llamara así? ¿No se suponía que su apellido era Grieco? ¿Y por qué tenía el presentimiento de que todavía contaba con más nombres que esos? Algo raro estaba sin duda ocurriendo, ¿pero qué?

Lana ronroneó sobre sus piernas como si también se encontrara en ascuas al respecto. La mirada hueca de la declarante se cruzó con la suya propia desde la profundidad del televisor, en medio del silencio no menos insondable de la noche.

VII

Gracias a su ubicación por debajo del nivel de la calle, la temperatura dentro del aparcamiento era algo inferior a la del casco urbano, pero no por ello dejaba de seguir siendo mucho más alta de lo normal para la época del año. A excepción de tres o cuatro empleados que aprovechaban para echarse un cigarro a escondidas junto al acceso al servicio de urgencias, la planta se encontraba desierta, y, salvo por el sonido de los pasquines de protesta sobre el asfalto caliente y las emanaciones cada vez más turbias del sistema de aire acondicionado, el silencio era absoluto. Por todo el recinto flotaba un aroma malsano a colector seco y fetidez enlodada venido del río, cuyo lecho, a raíz de la falta de lluvia, había quedado reducido, en algunos tramos de su curso, a un rastro de fango y peces muertos.

Aquella localización no le traía a Dante Riesco recuerdos demasiado agradables, pues, además de estar muy próxima al lugar donde su hermano había muerto el día anterior, allí era también donde había llegado junto a Sandro Landaluce, su último paciente reconocido, después de que este hubiera resuelto cortarse las venas en el baño de la consulta para dejarle bien claro que su tratamiento no lo estaba ayudando a superar nada. Algunos de los chorretones de sangre derramados aquel lejano día de camino al interior del edificio todavía eran apreciables en el suelo. Aunque las manchas habían perdido mucha nitidez con el transcurso del tiempo y era preciso fijarse bastante para percibir las, sus colores desvaídos sobre el firme hacían que se le revolviere el estómago incluso más de lo que ya lo hacía desde los acontecimientos de la víspera.

Para calmar los nervios, sacó uno de sus chicles de nicotina, se lo metió en la boca y comenzó a mascararlo con delectación. Las agujas del reloj apuntaban hacia las dos y media de la tarde cuando las puertas se abrieron al fin y los dos médicos salieron al exterior vestidos de paisano. Dante no había reparado en ello el día previo, pero, a juzgar por la similitud de su complexión física y rasgos

faciales, algo bastante notorio más allá de la diferencia de edad existente entre ambos, tenían todo el aspecto de ser padre e hijo.

—¿Dónde te apetece comer hoy? —escuchó que preguntaba el primero al segundo mientras caminaban hacia un deportivo gris de gama alta y diseño novedoso aparcado en la galería.

—No sé, cualquier sitio —se desentendió el más joven desbloqueando el cierre centralizado con un llavero—. Solo tenemos una hora.

Dante se puso también en marcha y comenzó a deslizarse en silencio hacia la pareja. A su paso frente al grupo de fumadores, un tipo corpulento de mediana estatura vestido con un mono gris lo agarró por el hombro.

—¿Es usted Dante Riesco? —preguntó con una sonrisa excitada—, ¿el de los libros?

—No. Se equivoca de persona —mintió el divulgador a fin de desembarazarse de él lo antes posible.

—¿Está seguro? Porque se parece usted bastante...

En vista de que el motor del vehículo acababa de activarse y sus ruedas empezaban a describir la maniobra de desestacionamiento, Dante dio la espalda al tipo, que se quedó estupefacto por la tosquedad de su trato, y echó a correr hacia el deportivo para interceptarlo por sorpresa a escasos metros de la salida.

—¿Quiere hacer el favor de apartarse? —El piloto se asomó sulfurado por la ventana del coche. Ni su acompañante ni él mismo parecían haberlo reconocido.

Dante dio un paso más hacia el vehículo y lanzó contra el parabrisas un ejemplar de *El Eco de Aldacia*. La portada recogía en grandes titulares una foto de la rueda de prensa posterior a la tragedia de la presa de Vega de Alcarfe. Al ver que en ella aparecía su supuesta compañera en primer plano, junto al texto «HidroAldacia S. L. niega las acusaciones de negligencia», ambos sanitarios palidecieron.

El comedor de L'ocelot estaba situado cerca del puerto, en una añeja bodega de paredes de adobe reciclada como minúsculo local de degustación gastronómica. De acuerdo con lo que Dante había escuchado por boca de muchos de sus amigos y conocidos, se trataba de uno de los restaurantes con mejor menú de los inaugurados en la ciudad durante las últimas semanas, hasta el punto de que hacía tiempo que tenía pendiente visitarlo para publicar una reseña en la sección culinaria de su blog personal. El psicólogo estaba seguro de que, en otra compañía, una velada como aquella podría ser muy placentera. Por desgracia, también sabía con bastante certeza que los dos médicos solo lo habían invitado a unirse movidos por el miedo, por la vergüenza y por la esperanza de que aquella

muestra de buena voluntad pudiera evitar que tomara medidas contra lo que habían hecho. En parte a causa de todo ello y en parte a causa del desprecio que ambos le inspiraban, rehuyó caer en la trampa de dejarse condicionar por su aparente generosidad y pasar por alto —o, al menos, no censurar con la misma vehemencia— sus pecados.

—No sé qué me resulta más desagradable, si el punto de cocción de estos lomos o la falta de agallas que han demostrado ayer conmigo —dictaminó con agresividad contenida tras saborear un pedazo de carne de lagarto asado al cardamomo, la especialidad de la casa, que en realidad estaba delicioso.

Los dos doctores, notablemente superados por la situación pese a que hacían todo lo posible por enmascararlo, se consultaron el uno al otro como temerosos de decir algo que no debían.

—En *El Vespertino* lo recomendaban... —habló el más joven, quien, por lo que Dante había podido intuir, parecía también el más valiente.

—En *El Vespertino* no sabrían distinguir una esferificación de una croqueta. Su crítico gastronómico es un incompetente de libro.

—¿Lo conoce? —inquirió el padre en voz baja y templada, confiando en que la pregunta hiciera derivar el diálogo hacia temas menos peliagudos.

—Desgraciadamente, pero no creo que eso sea muy importante ahora mismo, ¿no les parece?

Dante medio sonrió al tiempo que se llevaba otra porción de comida a la boca. El sabor del cardamomo, a mitad de camino entre lo dulce y lo picante, se confabuló con los matices silvestres de la carne del reptil para proporcionarle una vaporosa sensación de placer en el paladar que le costó disimular. Los dos sanitarios volvieron a mirarse, esta vez de un modo más huidizo.

—Claro —titubeó el de menor edad—, ¿de qué quiere que hablemos exactamente?

—Me temo que ya lo saben —Dante dio un pequeño sorbo a su copa de vino—. Pero descuiden, no hace falta que entren en demasiadas explicaciones. —La imagen de su hermano muerto relampagueó ante sus ojos, haciendo que tuviera que refrenarse para sofocar el coraje que de pronto lo asaltaba—. Es evidente que son ustedes un par de cobardes. —Posó de nuevo la copa sobre la mesa, asqueado—. Solo díganme la dirección de esa mujer a la que pagan para que les haga el trabajo sucio.

—Eso es imposible... —intervino el padre, que ni siquiera trató de negar la acusación—. Tenemos un compromiso con ellas.

—¿Ellas?

—Papá, no.

—Es algo complicado...

—¿Son más de una?

—Comunicar ciertas noticias a la gente no es una tarea fácil —se puso el hijo a la defensiva con un brillo de indignación en la mirada—. Únicamente tratamos de...

—¿De escurrir el bulto? —Dante completó irónico la frase.

—No. De hacer lo mejor para todos.

Las facciones aniñadas del joven médico moldearon una mueca fallida. Dante arqueó las cejas, se limpió los labios con la servilleta e inclinó el tronco sobre la mesa, invadiendo el espacio vital de ambos comensales.

—¿Saben? —dijo a caballo entre el retintín y la rudeza—, tanto en *El Vespertino* como en *El Eco de Aldacia* se publican algo más que reseñas gastronómicas —incorporó a su voz un nada velado tono de amenaza—. Seguro que a muchos de sus periodistas en plantilla, a quienes también tengo el gusto de tratar porque colaboro bastante con ambas cabeceras, les interesaría conocer los peculiares compromisos de nuestro sistema sanitario, ¿no creen?

Padre e hijo deglutieron al mismo tiempo, muy asustados, mientras se miraban a los ojos por tercera vez consecutiva.

—¿Nos está...? —el padre rompió el silencio en esta ocasión—, ¿nos está usted chantajeando?

El terapeuta aceró su gesto, plegó meticulosamente la servilleta sobre las rodillas y la colocó sobre la mesa.

—¿Acaso esperaban otra cosa con la añadida que han escogido? —gruñó por último—. Necesito esa dirección, y la necesito ya. No pienso quedarme para el postre.

VIII

Entre el calor, el ruido de las manifestaciones en el exterior de la vivienda y los dolores musculares fruto de la fibromialgia, Ángela Sanguino no lograba concentrarse para leer nada. Si al menos Nora hubiera tenido la deferencia de permitirle encender el sistema de aire acondicionado, podría cerrar la ventana y disfrutar de una sesión de lectura un poco más tranquila, pero su socia, desafortunadamente, seguía empeñada en que la instalación hacía demasiado ruido, con lo que debía continuar soportando las altas temperaturas, los gritos de protesta de la calle y un ambiente, en general, más cargado y opresivo a cada momento.

¿Qué diablos le veía la gente a aquel libro? A aquel o a cualquier otro cuyo estudio se considerara indispensable para tener una cultura media decente. La idea de que devorar miles de páginas así fuera lo único que la separaba de convertirse en alguien que inspirara mayor respeto intelectual, como, por ejemplo, Evelyn Solo, se le antojaba tan exótica como desmoralizante. Quizás, solo quizás, la lectura estaba un poco sobrevalorada, pues, por mucho que intentaba comprender los versos del tal Alighieri, en teoría cumbre de la literatura de su época, no conseguía más que frustrarse una y otra vez ante su incapacidad, aun ayudada por el diccionario, para descifrar lo que el autor quería decir con todas esas palabras tan rebuscadas.

La adquisición de conocimiento, por lo poco que había tenido la oportunidad de comprobar, requería de un grado de esfuerzo y disciplina igual o mayor al que se requería para la adquisición de un cuerpo atlético, firme y musculado. Desde ambas ópticas, Ángela Sanguino había fracasado con estrépito y, al igual que todo el material deportivo que había comprado meses atrás para intentar ponerse en forma acumulaba polvo por los rincones debido a su falta de compromiso con las rutinas de ejercicios descritas en ellos, las novelas, poemarios y obras de teatro que había comprado para volverse una persona más cultivada enmohecían

sobre los anaqueles por causa de su creciente desencanto con el mundo de la literatura.

«¿A quién carajo quiero engañar?», pensó, y, mientras se encendía un cigarro, abandonó la cama con dificultad y volteó el espejo de la pared para no tener que seguir viéndose en él por más tiempo

—«No todo lo diferente es necesariamente bonito» —pronunció las palabras que ella misma le había espetado irónica a Nora en el Blue Lizard—. De eso no hay duda...

Después, se asomó al vano de la ventana y contempló apoyada en el alféizar el transcurso de la concentración de protesta. Ángela había supuesto en un principio que se trataba de algún acto promovido al hilo de la huelga, pero, como bien pudo deducir por las pancartas y las consignas que coreaban las personas allí congregadas, la reivindicación tenía un objetivo bien diferente. Al revés de lo que era habitual desde el inicio de las movilizaciones, sus convocantes no demandaban igualdad salarial o de oportunidades, sino justicia para Ingrid Diz, una madre que meses antes se había fugado con sus dos hijos tras haberle sido retirada su custodia por un juez en beneficio de su marido sospechoso de malos tratos y que, desde hacía un par de semanas, cumplía prisión preventiva en la penitenciaría de San Casimiro.

Ángela no tenía una opinión formada sobre el caso. Le sorprendía bastante, con todo, que tantísima gente diera por buena la versión de la madre cuando no existían pruebas contra el presunto maltratador. Era como si, a raíz del lío que se había montado en el país con la huelga feminista, ya nadie se planteara siquiera la posibilidad de que una mujer pudiera mentir, hacer daño o manipular. En ese tipo de detalles se notaba que la mayoría de la población jamás había visitado una cárcel para mujeres o conocido a Nora Sarafyan. De lo contrario, como le ocurría a ella, advertirían que el tema tenía menos que ver con una cuestión de género y más con una de número. Específicamente, con el elevado número de imbéciles, tanto de sexo masculino como femenino, que poblaban el mundo entero. Su biografía lo confirmaba mejor que cualquier otra, con su profusión de escenas violentas desencadenadas por individuos de ambos sexos. Y en cuanto a Nora..., bueno, Nora simplemente se mantenía al margen de cualquier posible polémica ayudada por su inexpresiva apatía.

El don de su aliada, en combinación con sus propias fortalezas —astucia, habilidad negociadora, capacidad de persuasión—, lo había cambiado todo de un modo inapelable desde que ambas habían decidido arrimar el hombro con el mismo objetivo. El único inconveniente era que la había conocido demasiado tarde. Si hubiera contado dos décadas atrás con alguien como ella, así como con los ingresos que su trabajo juntas les proporcionaba, posiblemente ahora se

parecería más a Evelyn que al cascarón macilento en el que había terminado convirtiéndose con los años y los disgustos. La pregunta que la atormentaba era la siguiente: ¿se le había agotado de verdad el tiempo? Y la respuesta a esa interrogante, dependiendo del día y del clima, oscilaba entre un «sí» incontrovertible o el «quizás todavía existe alguna forma de compensar las horas perdidas» propio de sus picos más optimistas, casi siempre sugestionados por el influjo de la cocaína, la cerveza o el Tramadol.

El zumbido del timbre la sacó de su ensimismamiento cuando ya el genio comenzaba a alejarse. Ángela dio una última calada a su cigarro, lanzó la colilla a la calle con desdén y avanzó a lo largo del pasillo lo más rápido que sus piernas le permitieron para que quien fuera que se encontrara al otro lado de la puerta no volviera a pulsar el interruptor. Su perplejidad fue grande al abrirla y toparse frente a frente con una cara demasiado familiar. El visitante se la quedó mirando durante al menos diez segundos, pero no pronunció ni una sola palabra.

—¿Lo conozco de algo? —Ángela fingió no haberlo identificado, como tenía por norma hacer en ese tipo de situaciones.

El hombre tardó en responder. En todos los recodos de su rostro surcado por incipientes arrugas de expresión y manchas de edad llameaba un rencor a duras penas embridado.

—Tengo un hermano gemelo —le espetó—. Suelen confundirme con él.

Ángela no dudó en prorrogar la fachada de desconcierto, si bien sus dotes para proyectar una imagen incommovible distaban de poder rivalizar con las de Nora.

—Ajá, ¿y?

—Murió ayer —la voz del visitante se volvió más directa, casi incriminatoria—. Su compañera fue quien me dio la noticia, por si no lo recuerda.

Ella lo recordaba perfectamente, como también recordaba haber tenido que intervenir en el momento más crítico de la conversación, junto al guardia de seguridad, para evitar que el conflicto entre Nora y él se intensificara. No podía, así y todo, permitirse el lujo de reconocer que aquello había sucedido de verdad. Otro de los principios sobre los que operaba el negocio era la negación sistemática del involucramiento de ambas en cualquiera de las tareas encomendadas por sus contratantes aunque en ocasiones eso supusiera enfrentarse a escenas tan ingratas o incoherentes como aquella, de modo que, lamentando no contar tampoco entre sus atributos con el que convertía a Nora en un elemento tan valioso para los intereses de la empresa —su absoluta falta de empatía—, echó mano de la mejor cara de extrañeza de su repertorio para salir del apuro.

—No sé de qué compañera habla. —Procuró que no se le notara demasiado que mentía y comenzó a cerrar la puerta con discreción. Los goznes emitieron un

chirrido delator—. Si me disculpa..., tengo cosas que hacer.

A sus espaldas se escuchó en paralelo el sonido igualmente intempestivo de otras bisagras mal engrasadas: las de la puerta del cuarto de Nora. Ángela no tuvo ni que girarse para comprender que su socia acababa de ponerla en un compromiso todavía mayor al escoger justo aquel instante para salir de allí. Por la indiferencia con la que los ignoró a ambos y enfiló el corredor en sentido contrario, dedujo que lo había hecho para ir al baño. El hombre la siguió con la mirada y luego apuntaló su pie contra a la puerta, molesto y curioso a un tiempo, con intención de bloquearla.

—Hablo de esa compañera... —dijo tras lanzar un rezongo crispado—. Alias doctora Grieco, portavoz Olivia Lastra o cualquier otra identidad de las que acuerdan asumir con quienes las contratan. ¿Me equivoco?

Dante empujó hacia dentro con sus manos y Ángela inició un forcejeo muy tenso por el control del acceso desde el vestíbulo del apartamento. El rostro del visitante se descompuso por la rabia mientras trataba de resistirse.

—Como ya le he dicho, estoy ocupada. Lo lamento.

—No me iré de aquí hasta que la vea —exclamó exaltado—. ¿Cómo pueden dedicarse a algo así? ¿No tienen conciencia?

La interrogada se sorprendió tratando de responder mentalmente a la pregunta. Cuando hubo reparado en que aquello estaba inclinando la balanza del lado del intruso, concluyó que solo podía ganar el enfrentamiento si se dejaba de remilgos y centraba todas sus fuerzas en acometer la madera en lugar de en cuestionarse a sí misma.

—Le repito que no sé de qué me habla. Lo siento —profirió con resolución.

El hombre, pese a que el tiempo y el espacio se le agotaban, encontró el hueco necesario para asomar los ojos y continuar increpándola desde el rellano.

—¿Lo siento? ¿No es eso lo que la psicópata de su protegida debería haberme dicho ayer?

Ángela se empleó a fondo hasta recortarle también esa última rendija de maniobrabilidad.

—Está usted pasándose de la raya. ¡Fuera de mi casa!

La puerta encajó al fin con un sonido sordo. El tipo se negó a dar el brazo a torcer incluso así.

—¡Acabaré con este negocio!, ¿me oyen? —Golpeó la puerta dos o tres veces desde el exterior antes de rendirse—. Son ustedes... —el resentimiento le encasquilló brevemente la voz—, ¡son ustedes execrables!

Nora salió del baño ajena a todo cuanto acababa de ocurrir. Sus ojos azules observaban con pasividad los movimientos de Bob entre los dedos de su mano izquierda.

—Trata de no hacer tanto ruido —murmuró a su paso frente a Ángela, desentendiéndose de la agitación que la apremiaba—. Se escucha todo ahí dentro.

Su socia se vio obligada a poner el pie contra la puerta, del mismo modo en que aquel hombre lo había hecho poco antes, para evitar que Nora volviera a acuartelarse en su habitación.

—¡Espera! ¿No has visto lo que ha pasado aquí? —La chica ni siquiera se dignó a girar sobre sus pasos—. ¡Te estoy hablando!

Ángela la siguió hasta el interior de la estancia, donde, a juzgar por el caos de fichas de dominó, alambres, conductos y piezas talladas por ella misma con diferentes formas y tamaños, había estado construyendo otro de sus circuitos de efectos en cadena. En la pantalla del televisor, también como de costumbre, había varios primates en pleno proceso de cortejo.

—Sé que me estás hablando. —Nora cogió a Bob con los dedos de la otra mano y lo dejó dentro del terrario. La cola de la mascota se retrajo un par de centímetros mientras corría a guarecerse bajo unas piedras—. El problema es que lo estás haciendo excitada. —Le indicó con un ademán que guardara las distancias con el circuito y se acuclilló para continuar añadiendo más piezas al recorrido.

—¿Cómo quieres que esté? —chilló Ángela, harta—. ¡Ha amenazado con cerrarnos el chiringuito! ¿Entiendes lo que eso significa?

—Entiendo que deberías respirar dos veces antes de continuar con lo que tengas que decir.

—Nos ha costado mucho montar esto. Si se va de la lengua, todo podría venirse abajo tan rápido como tus fichas.

—Mis fichas no se vendrán abajo hasta que yo lo diga —Nora permaneció inalterable—, salvo que continúes chillando cuando en realidad no hay nada de lo que debemos preocuparnos.

—¿Tú escuchas cuando te hablo?

—Sí. Lo hago. Tú, en cambio, todavía no has respirado.

Ángela apretó los dientes con ofuscación y llenó sus pulmones de aire. Aunque solo fuera por proseguir con aquella charla, debía propiciar que Nora no se dispersara. La llegada del oxígeno a su torrente sanguíneo la ayudó más de lo esperado a relajarse.

—No hará nada. Puedes estar tranquila —dijo la chica mientras añadía una ficha más al circuito.

Su compañera solo se expresaba así cuando tenía la total certeza de algo. Eso no ocurría siempre, ya que el factor humano la despistaba más que a la mayoría de los mortales, pero, cuando lo hacía, era porque todos sus datos respecto a

algún tema, por uno u otro motivo, encajaban de pronto en su cabeza con la misma precisión milimétrica con la que ordenaba sus piezas de dominó por todo el cuarto.

—¿Cómo estás tan convencida de que no hará nada? —quiso saber qué se escondía detrás de aquella firmeza.

—Muy sencillo: porque no podrá hacerlo —alegó Nora contundente.

Esa no era, desde luego, la respuesta que Ángela había esperado. Sus nervios, espoleados en gran medida por los efectos secundarios de la cocaína, se apoderaron de su discurso.

—Te equivocas, sí que puede —precisó con el timbre trastocado por el miedo—. Esto no es exactamente legal. Cada día de trabajo cometemos al menos cinco o seis delitos.

—Cometo.

La sonoridad vagamente sublevada que Nora imprimió al verbo le generó casi más inquietud que todo lo que había dicho el hombre durante su visita. Para su socia, a veces, todo parecía ser una suerte de gran encargo con diversas ramificaciones, incluyendo la relación que ambas mantenían.

—Somos un equipo. Sanguino y Sarafyan —sonrió con ansiedad—, las SS, cerebro y brazo ejecutor...

Nora estabilizó la última de sus piezas, se puso en pie lentamente y le dedicó otra de sus miradas vacías y siniestras. En esta ocasión, Ángela no pudo mantener la suya en alto por demasiado tiempo.

—Sería mejor que dejáramos esta charla para otro momento en que no te cieguen tus emociones —propuso la chica—. Nada de esto nos llevará a ningún sitio.

—No estoy emocionada —trató Ángela de refutar la evidencia—. ¿Por qué dices eso?

Nora estiró la mano hacia ella en una muestra de afecto impropia de su condición que solo imitaba lo que un simio hacía en la pantalla del televisor y activó una de sus antinaturales sonrisas.

—Sí lo estás, aunque no te guste aceptarlo —declaró—. Ver a esos cadáveres en la presa te ha impactado, sigues sintiéndote culpable por lo de ayer en el hospital y, además, has perdido bastante dinero en una apuesta deportiva. «Los ojos nunca mienten» —apuntó con algo próximo a la sorna en sus palabras—. Supongo que es lo normal.

—He dicho que no estoy emocionada —se exasperó Ángela sin conocer muy bien el motivo—. Deja de analizarme.

La pretendida tenacidad de su afirmación contrastaba con el azoramiento que los progresos de Nora comenzaban a desatar en ella.

—¿Por qué lo niegas? Está bastante claro que haberte enfrentado a ese tipo te ha revuelto la conciencia. Es más, yo diría que deseas ir a pedirle disculpas.

—Vuelves a equivocarte. No sabes cuánto.

Nora amplió su sonrisa. La afectación de la que había surgido disminuía con cada centímetro de curvatura, aunque en ningún caso llegaba a dejar de verse ortopédica.

—Lástima. Confiaba en que te disculparas con él y lo calmaras un poco «por el bien del negocio». —Se acercó hasta el terrario para abrir el bote de moscas muertas con el que alimentaba a Bob y arrojar unas cuantas dentro—. «Aprovechar la emoción ajena y canalizarla para beneficio propio», como me enseñaste. Yo no puedo hacerlo, sería demasiado sospechoso —prosiguió cariacontecida—. Tú, sin embargo, sí. Aún estamos a tiempo de corregir el guion. ¿Crees que estás preparada para ejercer por una vez de brazo ejecutor?

La idea era tan buena que Ángela, obviando que le hacía tan poca gracia tener que llevarla a cabo como admitir que Nora empezaba a ganarle terreno en lo que a toma de decisiones se refería, hubo de reconocer su brillantez mediante un asentimiento renuente.

—¿Y qué ocurre con lo otro?

—Podré arreglármelas sola. Siempre y cuando...

Ángela comprendió lo que su socia pretendía conseguir y se apresuró a negar con la cabeza incluso antes de que ella concluyera su intervención.

—¡Ah, no! —exclamó inflexible—. Eso ni de broma —levantó la palma de la mano en señal de repulsa—, no después de la última vez.

—Ayer decías que debía bajar al barro.

—El coche ya está suficientemente destrozado, así que olvídalo. Esta ciudad cuenta con un excelente servicio de transporte público. Bajar al barro es interactuar tú misma con ese servicio y sus responsables, no evitar hacerlo a toda costa. O, mejor dicho, a la mía.

—Como quieras —en el semblante hasta entonces granítico de Nora se formó una mueca de desencanto—, pero, para ser un equipo, algo me dice que confías muy poco en mí...

—Confiaré más cuando me demuestres que puedo hacerlo sin arrepentirme —sentenció Ángela—. No me falles.

Ambas mujeres se tantearon en silencio con recelo. En el cénit de su duelo visual, Bob aplastó el cadáver reseco de una de las moscas y un crujido grimoso salido del terrario reverberó por todo el cuarto.

—Tú tampoco —dijo Nora, preparándose para marchar—. Tiene pinta de que no va a ser fácil...

IX

Dante Riesco nunca había sido una persona que se dejara llevar por el mal genio con facilidad, pero, en apenas veinticuatro horas, lo había hecho dos veces: una frente a su hijo Aarón cuando este lo había sacado de sus casillas por enésima vez con sus reproches, y otra a raíz del cara a cara que había mantenido con aquella mujer en el rellano del edificio. Ambos imprevistos, además de haberlo dejado demasiado aturdido y demasiado excitado, comenzaban a hacerle pensar que, o bien tenía un problema serio para manejar su ira, o bien necesitaba un descanso para asimilar los sucesos del día previo, porque, lo admitiera o no, era incuestionable que aquel descontrol, sumado a la tensión por el encarcelamiento de Natalia, a la reciente muerte de sus padres y a la muralla de aprensión que se había alzado entre Fosco y él durante los meses anteriores, habían desgastado sus nervios más de lo prudente.

La persona afable y moderada que, hasta el fallecimiento de su hermano, acostumbraba a ser jamás habría llamado a la puerta de aquel piso para pedir explicaciones a la pareja contratada por los Grieco, y mucho menos habría perdido los estribos con tanto enojo cuando la mujer al mando del negocio se había negado a proporcionárselas. Todo había cambiado tanto en tan poco tiempo que ya no solo se trataba de que cada día le costara más adaptarse a las nuevas circunstancias, sino que, en algún momento del proceso, esas mismas circunstancias lo habían forzado a cambiar de tal manera, sin apenas solución de continuidad, que tampoco él se reconocía demasiado en sus conductas.

El bochorno, la sequía, el ambiente político cada vez más embravecido de la ciudad y su decisión de dejar atrás sus malos hábitos justo en mitad de aquel desbarajuste habían creado el caldo de cultivo perfecto que lo había llevado a actuar de esa forma. Claro que, ¿de qué otra forma se suponía que debía actuar ante un panorama así? Si denunciaba a las dos mujeres conchabadas con el hospital, se vería absorbido por una vorágine jurídico-administrativa muy poco deseable en el actual estado de su vida, y si, en lugar de lo anterior, optaba por

aprovechar sus contactos en los medios para exponer a la luz pública aquel negocio tan turbio, ya fuera a través de algún periódico o de su propio blog, existían grandes posibilidades de que ni siquiera la satisfacción por el cumplimiento de su amenaza le facilitara llegar a discernir lo que en esos instantes más le interesaba comprender: ¿qué demonios era en realidad aquel negocio y por qué las dos mujeres que lo gestionaban, incluida la misteriosa chica de ojos azules y cabellos rojizos cuya sonrisa lo había soliviantado tanto en el hospital y que ni siquiera lo había mirado mientras discutía con su compañera en el piso, se dedicaban a ello cuando bien podían ganarse la vida de una manera más digna? ¿Es que acaso les gustaba? ¿Es que, tal y como había tenido oportunidad de presenciar en la sala de urgencias, les hacía gracia? Y, en caso afirmativo, ¿cuál era la razón?

Su acusada tendencia a impacientarse difícilmente lo ayudaría a obtener respuestas, así que, para conseguirlas, debía cuidarse de hilar muy fino y no sucumbir ni al dolor ni a sus impulsos de venganza. Detrás de la cínica sonrisa de aquella mujer debía existir algo más que una mera teatralización, que una pantomima abonada a conveniencia por la pusilanimidad y la cobardía de sus empleadores, que un infame intercambio comercial, y, pese a que no se le escapaba que desentrañar el funcionamiento de aquella opereta tan burda de poco le serviría para traer de vuelta a Fosco, estaba decidido a encontrar algún significado bajo los escombros de la tragedia aunque fuera lo último que hiciera en la vida.

Dante cruzó la carretera al trote en dirección al paseo marítimo, se apoyó exhausto en la baranda de hierro forjado e inhaló con vigor mientras se introducía otro de sus chicles de nicotina en la boca y contemplaba, todavía medio mareado, el otro lado de la desembocadura. La estampa del laberinto de casas de piedra y paneles solares sobre la ladera escarpada, con el faro y el puente Nuevo al fondo y las cuatro islas de los distritos fluviales desplegadas bajo su sombra, era tan hermosa que ni siquiera el hedor de las canalizaciones lograba restarle protagonismo.

—Estoy obsesionándome —pensó en voz alta—. Estoy proyectando en ellas mi propia frustración, mi culpa... —elucubró con la lucidez de un enfermo de Alzheimer golpeado por un relámpago de autoconsciencia—. Ellas no han matado a Fosco...

La bocina de un crucero en el extremo más alejado de la boca del río sobresaltó sus reflexiones cuando comenzaba a aquietarse. De inmediato, la misma zozobra de antes volvió a apoderarse de sus ideas. Se sentía herido, afectado, mareado, abatido, rabioso, cansado y muy muy confundido. Todo a la vez. El rumor de la multitudinaria manifestación en apoyo a Ingrid Diz se

negaba a desaparecer en la lejanía y solo le hacía experimentar todavía más emociones contradictorias, pues, aunque desde un punto de vista personal él también simpatizaba con la causa de aquella mujer, no podía dejar de pensar que entre el gentío quizás se encontraran los verdaderos responsables de la muerte de su hermano. Eso era lo que debía investigar, y no el oscuro tinglado de la pareja de impostoras. Al final del día, por mucho que los agentes encargados del caso insistieran en lo contrario, le costaba bastante admitir que se hubiera tratado de un simple accidente. Era mucho más fácil y menos conflictivo, como había comprobado en infinidad de ocasiones a lo largo de su trayectoria, responsabilizar a los demás de las desgracias propias que asumirlas como tales. Precisamente, el influjo de todo ese bagaje acumulado era lo que en última instancia le recordaba la necesidad de desconfiar de sí mismo para protegerse de males mayores, entre ellos, el de acabar perdiendo la cordura además del control.

Respecto a esto, sucedía algo, en su opinión, muy llamativo: como mínimo, un noventa y nueve por ciento de las personas creían que el proceso de volverse loco era algo paulatino, reservado para individuos desarraigados con algún tipo de defecto mental congénito, pero él, al igual que el uno por ciento ajeno a ese porcentaje, había visto a demasiados ciudadanos ejemplares perder la cabeza, la vergüenza o el respeto por su propia vida en cuestión de muy poco tiempo — Sandro Landaluce, por ejemplo, había tomado la decisión de cortarse las venas en menos de un minuto— como para suponerse inmune a las consecuencias de un exceso de presión sobre el cerebro. Si no por coherencia profesional, al menos por salud, debía tratar de mantener las formas y evitar que sus recelos a la hora de aceptar la realidad lo arrastraran por el desagüe de la sinrazón como a un enajenado estándar más.

Lamentablemente, la teoría volvía a ser mucho más fácil que la práctica, y tanto el temblor de sus manos sobre la baranda como los latidos atropellados de su corazón y el sudor que le empapaba toda la ropa así lo suscribían. Lo más juicioso era regresar a casa cuanto antes, ingerir uno o dos ansiolíticos y refugiarse en la habitación hasta que el temporal amainara. Un poco de descanso surtiría con fortuna el efecto perseguido y se despertaría algo menos inquieto. Entonces, suponiendo que no se produjera ningún otro contratiempo, ya se ocuparía de decidir su próximo movimiento.

—¡Aquí! —gritó alzando la mano derecha para llamar la atención de uno de los pequeños taxis acuáticos que realizaban el recorrido entre ambas orillas.

El hombre al timón de la barcaza no tardó en percatarse de su presencia y le indicó por señas que se acercara al atracadero más cercano —dado el descenso de las aguas, quedaban muy pocos operativos—, a unos quince metros a su izquierda. Dante asintió, se retiró de la baranda y comenzó a caminar en la

dirección señalada. Cuando ya se encontraba a punto de alcanzar el muelle, escuchó un correteo veloz a sus espaldas.

—¡Aguarde! —exclamó alguien entre resoplidos ahogados—. ¡Aguarde un momento, por favor!

Al girarse, el psicólogo distinguió a la misma mujer con la que apenas quince minutos antes acababa de mantener una de las discusiones más airadas de toda su vida precipitándose por accidente al suelo tras topar con el bordillo de la acera en un intento desesperado por alcanzarlo. Su cuerpo nervudo y sarmentoso, que al tacto le resultó también bastante flácido, únicamente se salvó de darse de bruces contra el pavimento reblandecido por una cuestión de reflejos, aunque, en contrapartida, recibió un pequeño golpe en la frente con el antebrazo.

—Lo siento... —Dante se quedó tan asombrado por lo que acababa de suceder que apenas supo reaccionar—. No pretendía hacerle daño.

La ayudó a reincorporarse y ella apoyó sus manos contra una de las motocicletas allí aparcadas, se cubrió nerviosa la cara con el flequillo y trató de componer una sonrisa.

—No me va a creer —dijo ella en un claro esfuerzo por agradar—, pero acaba de pisarme usted la frase...

Dante distendió los pliegues que le ensombrecían el ceño y estudió maravillado a la recién llegada como tratando de encontrar alguna doblez que explicara el vuelco de su actitud.

—¿Va a bajar o qué? —preguntó a viva voz el barquero desde el cauce.

—No lo tengo claro... —el divulgador trazó un gesto de afabilidad con los labios—, ¿usted qué dice?

La mujer, aparentemente desacomplejada, encajó la pregunta con alivio y le indicó por mímica al barquero que regresara al centro del río.

X

La plaza del Triángulo, en el barrio del Crisol, estaba lo suficientemente alejada del río como para que el olor a agua estancada no resultara demasiado engorroso y lo suficientemente próxima al paseo como para que Ángela no tuviera que molestarse en buscar otra alternativa. La exconvicta había decidido llevar a su acompañante hasta allí por tratarse de un sitio más recogido que otras opciones, y también porque presentía que su atmósfera impregnada de silencio y espiritualidad —el espacio servía de emplazamiento a tres lugares de culto: una mezquita, una sinagoga y una iglesia anglicana, sin que la disparidad de credo pusiera en riesgo la armonía del conjunto— podía ayudar a que la conversación ganara en medida, pero lo cierto era que, además de todo ello, sus soportales de piedra caliza albergaban la mejor tetería de la zona monumental: un establecimiento de apenas cinco metros cuadrados, al otro lado de un mostrador de madera, que ni siquiera contaba con un nombre oficial o un recinto propio para acoger a sus clientes por no necesitar ni una cosa ni la otra. Los asiduos simplemente realizaban los pedidos en la barra, cogían luego uno de los taburetes de plástico apilados junto a la puerta y se distribuían a su antojo por toda la plaza para charlar, leer el periódico u observar, frente a una taza de té de menta bien frío o alguno de los helados de elaboración tradicional y sabores exóticos especialidad de la casa, el manso discurrir de la rutina.

A juzgar por los modales refinados y la impecable indumentaria de su invitado, Ángela había presupuesto que aquel no era su tipo de local, así que confiaba en que el factor sorpresa, la calidad de los ingredientes y el ambiente relajado —salvo por un comerciante que vendía objetos de liturgia en un kiosco junto a la fuente central, no había más establecimientos en la zona— jugaran en favor de sus intereses y aquel hombre dejara más tarde o más temprano de mirarla con tanto recelo. Lo que ya no tenía tan claro era que su estrategia —en rigor, más la estrategia de Nora que la suya propia— pudiera llegar a reportarle los beneficios previstos. Entre otras cosas, porque tampoco sabía que estuviera

haciendo lo correcto, y eso era un factor que, si ya siempre terminaba por notarse de un modo u otro, delante de alguien con una mirada tan sagaz entrañaba incluso más riesgo de lo habitual.

—Espero que le guste. —Ángela vertió en su vaso desbordante de hielo una buena cantidad de té de frutas, hierbas frescas y azahar—. Es lo mejor para luchar contra el calor y tiene un gusto muy especial...

El hombre cogió el recipiente, lo alzó unos cuantos palmos para analizar su contenido al trasluz y, después de agitarlo con un movimiento oscilante de su muñeca, se lo llevó a la boca y le dio un largo trago.

—Refrescante, sin duda. —El hombre paladeó el líquido a conciencia. Ángela, alentada por ello, dibujó una sonrisa—. Viéndola así, tan atenta y servicial, cualquiera diría que es usted...

—¿Una persona execrable? —se atrevió Ángela a completar la frase, haciendo gala de una capacidad autoirónica menos genuina de lo que pudiera parecer, ya que, a decir verdad, ni siquiera sabía lo que significaba esa palabra, solo lo intuía.

El hombre posó su bebida sobre el taburete de plástico que les servía de mesa.

—Fue el primer adjetivo que me vino a la cabeza. —entrelazó las manos con intranquilidad—. En aquel momento estaba muy alterado, como creo que ya sabe. Sigo estándolo un poco... Hace apenas media hora me cerró usted la puerta en las narices, por si ya lo ha olvidado.

Su reproche era algo natural. A Ángela, de hecho, le sorprendía que hubiera tardado tanto en hacerlo explícito, por lo que no tuvo demasiados problemas en esquivarlo. Le bastó con dar ella también un trago a su té y dejar pasar algún tiempo mientras contemplaba el aspecto casi irreal que ofrecían las palmeras de la plaza, ya engalanadas con el alumbrado de Navidad bajo el sol radiante, hasta que la tensión se hubo diluido en la quietud del mediodía.

—Solo trataba de proteger a Nora —se disculpó revistiendo su sonrisa de un asiento de amargura—. Suponiendo que *execrable* quiera decir lo que creo que quiere decir, debe usted saber, aunque suene a excusa, que, en términos estrictos, la execrable es ella. Yo solo me encargo de cuidarla y gestionar los trabajos. Podríamos decir que soy su representante, vaya.

—La placa en la entrada de su negocio contiene, sin embargo, dos nombres: Sanguino y Sarafyan, no uno —objetó su interlocutor—. Yo diría que eso también hace de usted alguien bastante...

—No es necesario que lo repita. —Ángela inclinó la mirada. En sus mejillas había una tenue pátina de sonrojo, no tanto por lo que el hombre acababa de decirle como por que Evelyn hubiera aparecido al final de la plaza, junto a un cuarentón apuesto de traje gris, y pudiera haberse percatado de su presencia allí

con aquel otro tipo—. Sé muy bien que no soy un modelo de nada —continuó asegurándose de que la estudiante seguía su camino—, pero tampoco soy..., somos —corrigió titubeante— lo que sea que cree que somos.

El hombre se mantuvo en silencio por un buen rato. A su término, dio un segundo trago al té y volvió a dirigirse a ella en un tono menos hostil, como arrepentido de haberse mostrado tan crítico.

—Su compañera, ¿es tan fría como parece?

Ángela, que desconocía si Evelyn había llegado a verla o no, escrutó su rostro también por un instante y pensó que la profundidad verdosa de su mirada, la suavidad de sus facciones circuncidadas por una barba de al menos cinco días y el modo casi cinematográfico en el que sus cabellos rubios y ligeramente alborotados reflejaban la luz del sol hacían de él un individuo bastante resultón para su edad. La idea de que esto pudiera implicar que se sintiera de algún modo atraída por él —o, lo que venía a ser lo mismo, de que Nora hubiera podido acertar en el Blue Lizard con su diagnóstico— despertó en ella un gran desasosiego. El único modo que encontró de mitigarlo fue encenderse un cigarro y responder a la pregunta cuanto antes. Por la manera de nuevo algo censora en que el hombre observó el pitillo, intuyó que quizás se había precipitado.

—¿Fría? Al menos tanto como esto —declaró Ángela, que decidió seguir adelante pese a todo señalando los cubitos de hielo dentro de la jarra de té—. O incluso más —precisó por miedo a haberse quedado corta—. Pero no es una mala persona... —Algo similar a un suspiro se escabulló por entre sus labios junto a dos finas volutas de humo—. Solo le falla un poco la sensibilidad... Por contradictorio que pueda parecer, tiene buen fondo. A su manera, claro.

—Ni siquiera pestañeó cuando me dijo lo que me dijo en la sala de espera —recalcó el hombre con una mezcla de desconcierto, intriga e incompreensión—. Cualquiera otra persona habría, como mínimo, vacilado...

—Nora nunca vacila. En eso consiste su trabajo —repuso Ángela sacudiendo la ceniza del cigarro con el dedo—: en hacer lo que los demás no quieren, no pueden o preferirían no hacer. En realidad, y entiendo que, con todo lo que ha pasado, no comparta mi opinión, tanto ella como yo cumplimos una labor social. Nos gusta definirla como «catalización de culpas» —añadió con una sonrisa—. De ahí nuestro lema: «Sanguino y Sarafyan, culpables».

Por primera vez en toda la charla, su acompañante aflojó también los labios, aunque no tanto como para que el gesto pudiera considerarse reparador.

—Quizás deban incorporarlo a esa placa suya —ironizó—. Sería menos misterioso, pero al menos la gente sabría a qué atenerse.

—Entonces, ¿entiende lo que hacemos?

—Supongo que hasta cierto punto. No obstante, pienso que el problema no es lo que hace..., o lo que hacen, como prefiera, el problema es cómo lo hacen. En un *trabajo* de las características del suyo convendría que tuvieran algo más de tacto. Los daños colaterales se lo agradeceríamos.

Ángela se sintió por un momento del mismo modo que Nora debía sentirse cada vez que espiaba a la gente a través del teleobjetivo instalado en la ventana de su cuarto: de un lado, aquel hombre parecía haber asumido, e incluso comprendido, la naturaleza del negocio, pero de otro, seguía habiendo en su voz un deje entre la sorna y el afeamiento de conducta que le causaba un gran malestar. Los diversos especialistas con los que había tenido que lidiar durante su vida compartían ese rasgo con él. Tanto era así que la última vez que se había enfrentado a una situación parecida había sido frente al psicólogo del presidio. En el fondo, nadie podía negarlo, aquello tenía todo el sentido del mundo.

—Intento inculcarle algo de tacto —quiso Ángela justificarse—, pero, si quiere que le sea honesta, es francamente difícil que algún día se comporte de acuerdo con lo que se considera normal. Por no decir imposible.

—¿Por qué? Usted ha demostrado tener buen fondo, ¿por qué no va a tenerlo ella también?

—¿De verdad quiere saberlo?

Mientras el aludido procesaba la pregunta con cautela, un silencio incierto se materializó entre ambos.

—Claro —aprobó algo más tarde, no tan convencido de su réplica como pretendía hacer ver—, ¿por qué?

Ángela sorbió su té por tercera vez, dio otra calada al cigarro y se cercioró de que su ojo dañado seguía a cubierto bajo el flequillo antes de proceder a saciar la curiosidad de aquel hombre, una manera quizás más rápida que cualquier otra táctica de evitar que siguiera formulándole cuestiones de difícil respuesta.

—Nora no lloró al nacer —desveló con inflexión deliberadamente grave—. Tampoco lo hizo a la muerte de sus padres. Ni una sola lágrima. Insensibilidad crónica, según muchos, como la de un psicópata de película, la clase de persona monstruosa que conviene encerrar bajo siete llaves para evitar problemas, con la particularidad de que ella, insisto, no es ningún monstruo, solo una persona especial. La empatía no se le da bien. Es incapaz de establecerla con nadie... —Exhaló despacio una bocanada de humo tras un suspiro melancólico y sibilante—. Con nadie —subrayó *ex profeso* ambas palabras pensando en que ni siquiera su condición de socia y protectora la salvaba de estar incluida en el grupo—. El motivo por el que muy pocos se toman la molestia de establecerla a su vez con ella es justo ese: a nadie le interesa un negocio donde solo gana uno. Tanto aislamiento, en mi opinión, no hace más que agravar el problema. —Se masajeó

los músculos de la parte posterior del cuello para atenuar el dolor que comenzaba a extenderse por toda la cabeza—. Cuando hablé con Nora por primera vez, me di cuenta de que tenía un don, un enorme potencial... Otros se habrían sentido violentados por esa manera ausente que tiene de observar y de expresarse, pero yo sé mejor que nadie lo duro que es que todos te juzguen solo porque careces de algo que preferirían que estuviera presente, así que traté de profundizar algo más. No me hizo falta hacerlo demasiado para comprender que podría ser de utilidad, o, concretamente, para comprender que ambas podíamos sernos de utilidad la una a la otra. —Estiró la columna y efectuó otra pausa, esta vez de tintes más bien nostálgicos—. No soy una persona a la que se le presenten muchas oportunidades, así que le propuse venirse conmigo aquí, tutelarla, compartir piso y montar algo juntas, un negocio del que las dos pudiéramos beneficiarnos. Yo le proporcionaría trabajos y ella los llevaría a cabo. «Sanguino y Sarafyan», ya sabe: «culpables» —recitó su lema con una sonrisa ufana.

—Suenas muy orgullosa, teniendo en cuenta la cuestionable legalidad del negocio que comparten.

—Lo del orgullo es cierto —Ángela saboreó el humo de su cigarro una vez más—; lo de la legalidad, bueno, depende un poco de cada caso... En el suyo particular, no me gustaría tener que entrar de nuevo a dirimirlo. Como ya le he dicho —perseveró, forzando una expresión arrepentida—, solo tratamos de ayudar. Si le hemos hecho daño o causado algún perjuicio, de la naturaleza que sea, le aseguro que no era nuestra intención. Al contrario.

El hombre no pudo más que transigir. Pensativo, sacó el paquete de chicles de nicotina del bolsillo y se introdujo uno en la boca.

—Agradezco sus disculpas —aseguró obligado por la cortesía—. Dígame. —Se fijó de manera nada casual en los tatuajes sobre sus brazos—, ¿cómo se conocieron exactamente?

—Todos tenemos un pasado —respondió ella en una tentativa peregrina de camuflar su nerviosismo—. Podríamos decir que el suyo y el mío son bastante parecidos. —carraspeó—. Lo que importa, en cualquier caso, es que ambas lo hemos dejado definitivamente atrás... Nora es una persona rehabilitada para la vida en sociedad. No lo digo yo, lo dicen los responsables de evaluarla. Muchos de los que antes opinaban que..., bueno, que había que mantenerla alejada por suponer un peligro, ahora acuden a ella para que les saque las castañas del fuego. No se me ocurre mejor prueba de que la naturaleza, aun con sus cosas, sigue siendo sabia.

—Comprenderá que me resulte un tanto difícil compartir su entusiasmo...

—Lo comprendo, por supuesto.

—Y también que no me crea del todo lo que dice. Es una historia conmovedora, pero muy oportuna.

—¿Por qué iba a mentirle?

—¿Para que no le hable a la policía de su empresa, tal vez?

Ángela palideció. El quiebro tan comprometido de la conversación le hizo dar otro trago al té para poder deglutir su propia incomodidad. Mentalmente, trató de encontrar alguna manera de fingir el imprevisto, solo que no se le ocurría ninguna réplica capaz de asistirla con convicción en esa tarea.

—Ni siquiera en los Estados Unidos apartan a nadie de la vida en sociedad, como usted dice, por no comportarse de la manera esperada ante la muerte —malició su acompañante, interpretando quizás el silencio como una muestra de debilidad.

—El caso de Nora es especial.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que... —se le atragantaron las palabras—, en el sentido de que..., en fin..., sus padres... —Ángela dudó de que debiera seguir hablando—. Sus padres no murieron por causas naturales.

—¿Ella...?

—Sí. Lo hizo. No me pregunte por qué. Nadie lo sabe con certeza. Puede que ni siquiera ella misma. Solo entró en el dormitorio con un palo de golf en la mano y lo hizo. Sin ningún motivo.

Esta vez fue el hombre quien palideció. Ángela, temiendo que le hubiera proporcionado demasiados detalles, aprovechó el paréntesis de estupefacción para recolocarse el pelo, pues la brisa había vuelto a movérselo y, con ello, a descubrir de nuevo su ojo.

—Si intenta asustarme, está empezando a conseguirlo...

—No se preocupe, no tiene nada que temer. Ya le he dicho que Nora está rehabilitada —aseguró desterrando de su voz todo matiz ominoso, y dilató la sonrisa unos cuantos centímetros—. Ella no es mala. Al menos no tanto como si en realidad sintiera las cosas que hace. Es como... —se quedó en blanco hasta que dio en recordar, de manera bastante oportuna, una de las historias que había leído en sus libros la semana anterior—, como el escorpión de esa vieja fábula con la rana: no tiene elección. Sencillamente, pica a la rana después de que lo ayude a cruzar el río porque está en su naturaleza. Aunque le hubiera prometido lo contrario.

—Lamento decirle que quizás eso la convierta a usted en la mala. En la persona que suelta al escorpión junto a la orilla, para entendernos.

—Puede —rio Ángela, que prefirió actuar como si acabara de escuchar un chiste a un nuevo reproche—, pero le garantizo que antes de conocerla era peor.

No la encontré por casualidad, ya lo sabe —dijo señalando sus tatuajes—. Ella me ha ayudado a ser mejor persona. Ambas somos mejores personas gracias a la otra, por raro que suene.

—¿Fue muy duro? —El hombre no solo parecía haber comenzado a ablandarse, sino que, para su sorpresa, también comenzaba a sentirse más interesado por todo aquello de lo que la propia Ángela había previsto.

—Sí, fue duro. Mucho. Pero no me arrepiento —contestó con un punto de reivindicación—. Dentro se hacen grandes amistades. Amistades de las de verdad... Por las que una podría llegar a hacer cualquier tipo de cosa —añadió taciturna—. A algunas de esas amistades todavía las visito de vez en cuando. Es lo menos que puedo hacer por ellas.

A través del sistema de altavoces instalado en lo alto del minarete de la mezquita, el canto distorsionado del almuédano se extendió por toda la plaza para llamar a los fieles a la oración. Ángela y el hombre se miraron en silencio mientras apuraban lo que quedaba de sus bebidas hasta que el anuncio cesó.

—Pues siento decepcionarla —dijo entonces este último, esbozando al fin una sonrisa—. Mis amenazas eran solo una bravata, espero que lo comprenda. —Le tendió la mano—. No hará más amigos de momento. Al menos, no de esa clase.

Ángela, satisfecha por el saldo positivo del encuentro y la previsible complacencia que arrancarían en Nora, se la estrechó con fuerza. El hombre se levantó de su taburete, estiró con la punta de los dedos las arrugas que se le habían formado en su elegante camisa de lino y volvió a observarla de hito en hito.

—Ha sido una velada muy instructiva. Me alegro de haberla conocido y de poder haber escuchado su historia. Solo espero que no tengamos que cruzarnos muchas más veces. Al menos, no de la forma en la que lo hemos hecho. Que tenga un buen día.

Luego, encajó las gafas de sol sobre su nariz y se dispuso a abandonar la plaza. Ángela sonrió una última vez y apagó el cigarro en el poso de su bebida. La parte hasta entonces incandescente de la ceniza despidió un siseo agónico.

INTERLUDIO

El sol se filtraba por entre las ramas marchitas y retorcidas de los árboles creando un entramado de claroscuros sobre las rocas del sendero. El camino, de textura terrosa y discurso errabundo, obligaba a proceder con sumo cuidado debido a la fragilidad del barro cuarteado por las altas temperaturas y a la irregularidad de su superficie.

De acuerdo con el mapa de la pantalla del móvil, no faltaba mucho para llegar hasta el lugar donde había escogido llevar a cabo la tarea encomendada por Setién, así que apretó el paso —la caja no pesaba demasiado, pero, entre el aroma a ranciedad que despedía, el calor sofocante y sus dificultades para mantener el equilibrio sobre la vereda, comenzaba a ser una carga más latosa de lo previsto— y se propuso alcanzar su objetivo dentro del escaso cuarto de hora que le quedaba al episodio de *Vida integral* para concluir.

Unos diez minutos más tarde, tras una serie de meandros apenas moteados de vegetación, la senda desembocó en el calvero mostrado por el mapa. Tal y como Sam había tenido la precaución de consultar en la imagen satelital durante su viaje en tranvía, el vertedero se extendía a lo largo de prácticamente toda su superficie y sus montañas de basura electrónica, vehículos abandonados y desechos en proceso de descomposición ofrecían el resguardo que necesitaba para cumplir con su cometido lejos de miradas indiscretas.

Todos los lagartos ocelados de las intermediaciones, además de unas cuantas ratas, huyeron en desbandada tan pronto como escucharon el crujir de sus pasos sobre los despojos. Las moscas y mosquitos, por el contrario, prefirieron organizarse en un revoloteo molesto, atraídos por el sudor de su piel y por la peste de la caja, y formar una nube de insectos en torno a su cabeza.

—¡Maldita sea! —gruñó agitando las manos para espantarlos—. ¡Largo de aquí!

Los bichos se alejaron en bloque como si, en lugar de un conjunto de organismos sólidos, fueran una sustancia líquida y al rato regresaron con un

zumbido para proseguir con el asedio. Sam avanzó a trompicones hasta el centro del basurero, se detuvo a la sombra de uno de los montículos de chatarra y tomó asiento sobre la carcasa oxidada de un viejo microondas. Mientras echaba un vistazo pausado a su alrededor, se preguntó cuántos de aquellos vertederos habría por la zona. No era fácil aventurar una respuesta, pero sospechaba que serían muchos más de los que cualquiera de los habitantes de la ciudad podría calcular a ojo. A fin de cuentas, para que Aldacia se erigiera en la desembocadura del río como el radiante paraíso de cosmopolitismo y multiculturalidad que tanta fama le había granjeado, era necesario que surgieran a su alrededor unos cuantos grumos de contradicciones, y aquel recoveco olvidado refrendaba con su podredumbre, mejor que cualquier otra imagen, la inconsciencia a mitad de camino entre la vanidad y la hipocresía de los aldacianos.

Un sonido rugoso en el interior de la caja hizo que apartara sus divagaciones y se centrara en lo que de verdad había venido a hacer: no precisamente filosofar. Cuanto antes finalizara con el encargo y se librara del contenido de aquel embalaje, antes podría regresar a casa y seguir con su rutina. Sam soltó la caja en el suelo, más o menos entre el hueco de sus piernas, y, al abrigo de este pensamiento, desplazó la mano hacia la parte superior para comenzar a abrirla.

—¡Por todos los...! —exclamó conforme un miasma de fetidez azotaba su pituitaria—. ¡Qué asco, joder!

Dos ojos del color del caramelo fundido parpadearon inquietos dentro del cartón. La mirada, cargada de excitación pese a su enrojecimiento y a las legañas que la respunteaban, pertenecía a un cachorro de golden retriever de no más de cuatro meses. Su pelaje largo, frondoso y ocre, estaba salpicado por sus propias heces, y el olor a orines que despedía era tan penetrante que los insectos enseguida se lanzaron sobre él.

«De modo que recuerda, querido oyente —recapituló en ese instante la voz a cargo del *podcast*—: el desafío, la novedad, son factores cruciales en nuestro bienestar emocional. El cerebro se estimula gracias a las sorpresas, y aquellos que consiguen dominar una situación nueva, inesperada, se benefician en mayor medida de la increíble sensación de controlar sus propios actos y autosatisfacerse». —La sintonía de cierre aumentó escalonadamente de volumen hasta situarse en el mismo plano sonoro del locutor—. «Muy buenos días, tardes o noches, dependiendo de cuando nos escuches, y hasta el próximo capítulo».

Sam se quitó los auriculares —lo que menos le gustaba del programa era su música— y se cubrió la nariz con la mano izquierda mientras que con la derecha volcaba la caja para liberar al animal. Cuando este salió de allí, vio que tenía varios abultamientos encarnecidos —uno de ellos de al menos el tamaño de un

pomelo grande— a la altura del abdomen. El cachorro giró sobre sí mismo con torpeza, comenzó a menear el rabo a un ritmo espasmódico y se arrimó a sus piernas en busca de alguna muestra de cariño. Sam, que no podía apartar los ojos de los tumores y seguía encontrando bastante vomitivo el olor de aquel perro, metió la mano en el bolsillo para sacar una de las galletas que había traído consigo en previsión de que algo así pudiera llegar a suceder. Sam trató de distraerlo lanzándola al suelo.

—¡Toma! ¡Vamos!

El animal se mostró dubitativo, pero, transcurridos unos segundos, salió al trote en busca del obsequio. Sam aprovechó el íterin para llevarse la mano a la espalda, deslizarla por debajo de la camiseta y sacar su arma. El golden devoraba la galleta a tan solo un par de metros de su posición, ajeno a todo ello.

Con pulso firme, Sam retiró el percutor, encañonó al objetivo y acarició el gatillo con el dedo. La repentina vibración de su teléfono móvil frustró *in extremis* el disparo. Twinkie —según constaba en su collar, ese era el nombre del animal— se revolvió alertado por el ruido y ladeó la cabeza en señal de incompreensión.

—¡Mierda! —masculló Sam descolgando a toda prisa—. ¿Qué ocurre ahora?

—¿Todo bien? —Setién volvió a preguntarle lo mismo que la última vez y con la misma impaciencia recelosa que entonces.

Sam venteó un suspiro al tiempo que el perro regresaba a su lado moviendo alegremente el rabo. La ternura inocente de su mirada sorprendía por su absoluta transparencia y falta de desconfianza.

—Mejor si dejaras de llamar —protestó—. Ya te he dicho que todo está bajo control.

Retiró el teléfono y presionó el icono rojo en pantalla para cancelar la comunicación.

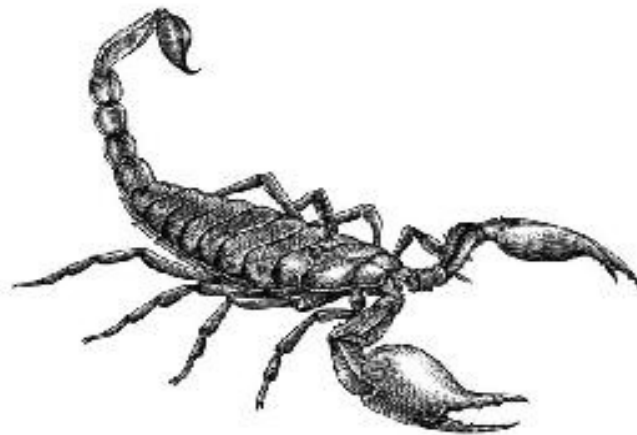
—En fin, espero que te haya gustado la galleta... —Alzó de nuevo el arma frente al cachorro—. Buen viaje.

Y tal y como le había prometido a su dueño una hora antes, hundió el gatillo hasta el fondo con rapidez y discreción.



SEGUNDA PARTE

EL ESCORPIÓN



XI

La pequeña isla flotante sobre la que se asentaba el comedor estaba situada a unos quinientos metros del monumento a los Conquistadores, en el área más próxima al mar de la desembocadura, y contaba con una vista privilegiada del casco histórico, el puerto y los distritos fluviales. Sus pretils de madera, engalanados con vides y flores de colores, marcaban distancias respecto a las aguas adormecidas de la bahía, mientras que las barcazas de transporte de vino típicas de la región remoloneaban junto al establecimiento, con la morosidad de un ritmo de vida propio de otra época, como motivos de algún forillo que sus responsables hubieran activado para reforzar la idea de pequeño edén al alcance de muy pocos.

Dante y su hermano Fosco adoraban ese restaurante desde el momento, ya bastante lejano, en que sus respectivos ingresos les habían permitido a ambos costearse el menú. Por ello, pese a que el *boom* de las compañías tecnológicas había provocado que la clientela ya no fuera tan selecta como antaño —gracias a las generosas particularidades de su régimen fiscal, Aldacia atraía cada semestre a cientos de emprendedores venidos de todas partes del mundo—, había considerado que comer allí sería una buena manera no solo de despejar la mente tras el entierro, sino también, siempre y cuando Aarón lo permitiera, de rendirle un último tributo a su hermano lejos del ajetreo del centro.

Uno de los camareros se acercó hasta la mesa para colocar sobre ella varios platos humeantes. Todas las piezas de su traje de gala tradicional, fajín incluido, se le ajustaban al cuerpo con exquisita pulcritud.

—Aquí tienen: *carpaccio* de ternera brava y carabineros en salsa de queso tierno, mero gratinado sobre lecho de verduras de temporada y espuma de ajo, y para el joven... —aminoró por un segundo, entre confuso y divertido—, espaguetis. —Realizó una genuflexión también anacrónica—. Que disfruten.

Aarón se cubrió los muslos con una servilleta, cogió los cubiertos de un modo más bien inadecuado dado el refinamiento del local e inclinó la cabeza sobre el

plato de pasta para así no tener que mirar a su padre a los ojos. El hombre se retiró.

—¿Seguro que no quieres otra cosa? —preguntó Dante, apenas disimulando la frustración que le ocasionaba constatar que su hijo no compartía, o no quería compartir, su aprecio por la alta cocina.

El chico enredó con desidia los espaguetis en el tenedor y luego se acercó la bola formada a la boca.

—¿Por qué siempre tenemos que comer en sitios como este? —lamentó sin ni siquiera deglutir la pasta del todo—. ¿No podemos hacerlo en el centro comercial o en los bares del puerto, como todo el mundo?

Dante hubo de contenerse para no ofrecerle una mala contestación. Tras el desencuentro que ambos habían protagonizado dos noches antes, no quería volver a discutir con él. Además, ahora que su ansiedad había decrecido lo suficiente como para poder beneficiarse de algo de calma —en cierta medida, porque empezaba a asumir la muerte de su hermano como algo inevitable; en cierta otra, porque la charla mantenida con la mujer tuerta había contribuido de una forma bastante extraña a sosegarlo—, tampoco era muy inteligente reavivar aquel antagonismo solo porque su hijo estuviera atravesando el pico más álgido de su adolescencia. Tal vez debía dejar de juzgarlo por todas las pequeñas cosas que le crispaban de él y tratar de ponerse en su pellejo. O, lo que era lo mismo, dicho en la terminología de sus propios manuales: tal vez debía empezar a cambiar él mismo para que las cosas cambiaran de una vez por todas entre ellos.

—Podemos hacerlo otro día —se obligó a mantener la compostura e incluso a abocetar una sonrisa—, pero estaría bien que comenzaras a apreciar ciertas cosas —puntualizó con ambigüedad—. Hay gente que espera semanas por una mesa aquí.

—¿En serio? —Aarón volvió a sumergir el tenedor en la masa de pasta caliente—. Pues yo sigo prefiriendo un buen kebab. A mamá, por cierto, también le gustaban. Quizás deberías acercarte algún día a darle uno... —Engulló a continuación otro bocado y se relamió sardónico.

—¿Acaso lo has hecho tú? ¿Te has acercado a San Casimiro? —Dante no pudo evitar ponerse a la defensiva.

—Es mi madre.

—¿Has vuelto a verla sin mi permiso?

—Nunca me das permiso para verla. Tú fuiste el que...

—¿Está todo al gusto de los señores? —La providencial aparición del metre, quien, con una botella de vino en las manos, se ofreció a llenarle la copa, impidió que la tensión llegara a eclosionar del todo. Aarón reaccionó a la pregunta del hombre con un cínico bufido de escepticismo.

—Todo perfecto, gracias —sonrió Dante educadamente—. Él también opina lo mismo, solo que es demasiado joven para darse cuenta de ello. —Reprendió al muchacho con la mirada—. Si tiene hijos, ya sabe cómo son estas cosas...

—Lo sé, señor Riesco, créame —respondió el metre al vuelo, velando por exhibir un equilibrio muy medido entre la complicidad, el respeto y el talante profesional—. Meridian Gran Reserva del 2010 —dejó la botella sobre el precioso mantel de hilo bordado al estilo aldaciano—. Una añada estupenda.

—¿Meridian? —repitió Dante tras probar el vino, cuyo regusto afrutado y chispeante revoloteó sobre su lengua como una descarga eléctrica calculada al milímetro para no exceder cierta intensidad—. Me temo que debe usted de haberse confundido —apuntó, aquel era uno de los caldos más caros de todos cuantos se producían en la región—, he pedido Solanas...

—Solanas, cierto, su favorito. La señorita de aquella mesa ha insistido, sin embargo, en que le trajera el Meridian. —El metre señaló hacia una de las esquinas de la plataforma, donde la misma persona que le había comunicado la muerte de Fosco en el hospital metropolitano, y que a su vez había comparecido por televisión para responsabilizarse por la rotura de la presa de Vega de Alcarfe, elevaba su copa hacia él con algo vagamente parecido a una sonrisa en los labios—. Uno es caballero antes que metre... No he podido negarme.

—Un Meridian es también un Meridian. —Dante no daba crédito—. Ha hecho usted bien. Descuide.

El metre se alejó de la mesa dando un par de pasos hacia atrás sin volverse, esbozó también una sonrisa justo hasta el punto exacto en que la etiqueta le permitía y regresó a la zona reservada para los trabajadores. Aturdido por la invitación, el psicólogo se descubrió incapaz de apartar los ojos de la chica. Su presencia en aquel lugar era una clara anomalía, pero, al mismo tiempo, la belleza tan lánguida que los destellos creados por la luz del sol sobre las aguas lanzaban sobre ella se correspondía de un modo muy certero con la placidez del entorno. En su rostro seguía vislumbrándose, no obstante, la misma rigidez anticlimática que había puesto en juego a la muerte de Fosco en la sala de espera del hospital.

—¿Quién es esa? —Aarón separó la cabeza del plato—. ¿Por qué te ha invitado?

Al verla de nuevo, aunque fuera en unas circunstancias tan diferentes a las de la sala de espera, Dante recordó que seguía sin resolver el misterio que se ocultaba detrás de su sonrisa, o lo que diablos fuera el enigmático gesto que sus labios seguían empecinados en articular, y sorbió un poco más de vino.

—Es una larga historia.

—No me gusta cómo nos observa. Tiene pinta de pirada.

—En cierto modo, así es. Espera aquí un momento, por favor —dijo mientras se levantaba de la mesa.

—¿Estás liado con ella? —inquirió el muchacho.

—No, Aarón. —Dante enderezó el espinazo, que crujió como una rama seca tal y como siempre le ocurría después de permanecer inmóvil durante demasiado tiempo—. Ya he tenido suficientes *piradas* en mi vida...

—¡Mamá no es ninguna pirada! —berreó el chico—. ¡Tú fuiste quien la llevó a comportarse como una! ¡La desquiciaste!

Dante se recolocó la camisa con impaciencia. Los improperios que su hijo le estaba dedicando merecían una réplica proporcional, sin lugar a dudas, pero, incluso así, seguía pudiendo más la necesidad de acercarse hasta la mesa de la esquina para establecer una conversación con aquella chica —la misma que no había podido establecer el día anterior— que la de enredarse en la enésima disputa a gritos con Aarón.

—¿Cuándo vas a parar de echarme en cara esa estupidez? —le recriminó su actitud en voz pretendidamente baja para no llamar la atención del resto de comensales.

El muchacho, molesto por la pérdida de protagonismo, dio un golpe en la mesa, se puso también en pie y apretó los dientes con furia.

—¡Ahora mismo! —exclamó arrojando la servilleta al suelo—. ¡Me voy! ¡Estoy harto!

Entre refunfuños, emprendió a toda velocidad el camino hacia la pasarela que conectaba la plataforma con tierra firme, sin importarle arrollar a un par de camareros a su paso. Dante se acercó hasta uno de ellos, avergonzado por el comportamiento del joven.

—Lo siento. A veces puede ser muy maleducado...

—¡Oh, no, señor Riesco! Estas cosas son normales. No ha pasado nada.

El camarero tenía toda la razón: no había pasado nada. Lo único que había pasado era lo que el guion parecía empeñado en que siempre pasara entre ellos con independencia de lo mucho que Dante pugnara por sellar la paz: un nuevo desacuerdo. El clima de desconfianza mutua se había extremado tanto durante los últimos meses que, más que padre e hijo, se asemejaban a dos estados de ideologías opuestas sumidos en una agotadora carrera armamentística. Cualquier mínima desavenencia, en especial si esta involucraba de alguna manera a Natalia, corría el riesgo de encender la mecha del conflicto y convertirlo de pronto en algo incluso más caldeado que las temperaturas del exterior. Dante pensó en salir corriendo detrás de Aarón para exigirle que se disculpara por lo que había hecho. Luego, tomó una larga bocanada de aire y se dio cuenta de que eso era justo lo que el chico pretendía, así que reorientó el rumbo, decidido a que

nada le arruinara la velada, y se centró en lo que iba a hacer cuando el joven lo había interrumpido con su exabrupto: hablar con aquella misteriosa mujer. Lo primero que vio al volverse, para su asombro, fue a Nora Sarafyan aguardando hierática frente a él su turno para hablar, como si, de algún modo, se hubiera teletransportado a sus espaldas mientras ambos guerreaban.

—¿Problemas? —preguntó con una amabilidad que sobrecogía por lo robótico de su modulación, la clase de deferencia más propia de un autómeta programado para parecer un ser humano que de un ser humano tangible.

Dante se esforzó por tener presente lo que había aprendido en la plaza del Triángulo acerca de aquella chica para que nada de lo anterior sesgara su juicio sobre ella. Era fascinante que alguien tan angelical —si uno se abstraía del timbre de su voz pulida por la desafección, y de lo en ocasiones ortopédico de sus movimientos, parecía más una estudiante timorata que una peligrosa exconvicta— pudiera tener las manos manchadas de sangre cuando en el complejo hospitalario ni una sola gota de ese líquido había manchado sus guantes de látex.

—El problema acaba de irse. Por allí resopla...

Dante apuntó hacia la costa. Su hijo, con los puños apretados y la cabeza hundida entre los hombros, avanzaba a paso ligero junto a la base del faro romano en su camino de regreso a la ciudad. Ambos se contemplaron en silencio. Nora trató de resquebrajar la torpeza del momento improvisando otra de sus sonrisas carentes de verdadera sustancia.

—¿Puedo? —preguntó poniendo la mano sobre el respaldo de la silla que había ocupado Aarón.

—Tú misma —respondió Dante, tomando asiento él también.

Una imprecisa incomodidad descendió sobre la mesa mientras Nora Sarafyan amoldaba su cuerpo menudo, pero sinuoso y muy apetecible, a la silla de mimbre. Dentro de sus ojos color aguamarina resplandeció un centelleo de vida, aunque bien podía tratarse de un mero reflejo causado por el sol. Salvo por el estampado de un alienígena de videojuego en mitad de su top de algodón blanco, la indumentaria que lucía era tan indeterminada como ella.

Dante se llevó la copa de vino a los labios y saboreó el caldo pausadamente.

—¿Vienes mucho por aquí? —dijo volviendo a depositarla sobre la mesa.

La pregunta buscaba transmitir cierta voluntad de desafío, o, al menos, de distanciamiento cauteloso, pero, frente a la impavidez de la comensal, se quedó en un enunciado asustadizo.

—No mucho —respondió ella con sequedad.

La tensión se hizo de nuevo con el control del acercamiento hasta que Dante creyó conveniente volver a hablar.

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué?

Nora Sarafyan sí logró sonar retadora. Al cabo de unos segundos, como dándose cuenta por la reacción del divulgador de su propia descortesía, trató de dulcificar sus modos exhibiendo una sonrisa protocolaria.

—¿A qué has venido?

—¡Ah, sí! Aguarde...

Dante notó que un estremecimiento le ascendía por todo el cuerpo mientras la chica volvía a erguirse y caminaba hacia la mesa donde había estado sentada para recoger algo que había olvidado junto a ella.

—No tenga miedo. —Regresó al rato con un pequeño ramo de flores en la mano—. Tome.

La escena era casi tan extemporánea como embarazosa. Bajo la piel del psicólogo, en apenas un pestañeo, empezó a cosquillear también el bochorno.

—Son... —cogió las flores a regañadientes, por miedo a lo que los camareros pudieran pensar de aquel intercambio, pero preocupado también por lo que la propia chica pudiera concluir si rechazaba el ofrecimiento—, ¿son para mí?

—No —rio Nora de un modo al fin más natural, sentándose de nuevo frente a él—. Son para su hermano.

XII

El cementerio de la Batida no se encontraba demasiado lejos del restaurante. Visitarlo junto a aquella chica era algo muy raro, sobre todo cuando no hacía ni dos horas que lo había hecho junto a su hijo para asistir al sepelio de Fosco, pero aún era más raro advertir que, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, y pese a lo que había sucedido en el hospital, se encontraba más cómodo junto a ella que junto a su propio hijo.

—Lamento mucho lo del otro día —dijo Nora frente al sepulcro cubierto de coronas funerarias, cumplidos un par de minutos de introspección—. No sabía que pudiera causarle tanto dolor. —Se acuclilló al pie de la montaña de flores para depositar las suyas en un rincón—. O, al menos, no lo comprendía del todo. Sanguino... —prosiguió temerosa—, Sanguino me ha ayudado a entenderlo un poco mejor...

—Olvídalo. Ya ha pasado.

Dante se conmovió por la mezcla de ternura y frustración que desprendían sus palabras y, por primera vez desde que ambos habían entrado en contacto, pasó de verla como una *rara avis* a atisbar en su expresión un aura de humanidad. El mar, detrás de ella, comenzó a oscilar de manera muy suave arropado por la brisa del este.

—Estoy tranquila. —Nora recuperó su disposición original, como si no pudiera permitirse incurrir en aquellas emociones—. Siempre estoy tranquila... —apuntilló con un resabio de pesadumbre que, en cierta medida, contradecía sus palabras—. Para mí no existe otro estado. Por eso hago lo que hago.

—Tu compañera me lo ha explicado.

Dante pensó que, a lo mejor, debajo de aquella coraza de indolencia había alguien más normal de lo que la gente creía luchando por salir a la superficie. Quizás Nora estaba tan acostumbrada a desempeñar el papel de una entre un millón que le había tocado desempeñar y a no encontrar un modo efectivo de comunicarse con el prójimo que, en alguna etapa del proceso, había terminado

por rendirse. En su consulta, antes de lo de Sandro Landaluce, había visto más de uno y más de dos casos de similares características.

—¿Todo?

—Casi todo. O eso creo, vaya —contestó observando con abatimiento la parcela donde yacía el cuerpo de su hermano.

—¿Y no le da miedo estar aquí a solas conmigo? La mayoría de la gente me teme...

Dante hizo recalar su mirada en la chica y luego volvió a focalizarla sobre la tumba. Las lágrimas estaban a punto de saltársele, aunque no sabía exactamente por qué.

—La gente es gente —sentenció con una sonrisa.

—Sí —Nora le dio la razón—, pero al menos ellos... —una inflexión avergonzada le entrecortó de nuevo la voz—, bueno, la gente normal sabe sentir... —Atildó el ceño con rabia mientras sacaba un cuaderno de su bolsillo—. No necesitan..., no necesitan ir apuntándolo todo para poder comprender cómo funcionan las cosas.

—Estoy seguro de que tú también sabes sentir —se atrevió Dante a diagnosticar—. Acabas de decirme que sentías mucho lo del otro día. Y que te tomes la molestia de escribir esas notas ya demuestra que las cosas te importan algo. Tal vez más de lo que piensas. —Dirigió la atención sobre la libreta—. ¿Puedo?

—Como quiera.

El psicólogo cogió el cuaderno, lo abrió por su parte central y ojeó unas cuantas páginas. En ellas había escritas un montón de frases y palabras vinculadas por una amplia gama de flechas, signos matemáticos y diagramas de distintas formas y tamaños. Todas ellas, al parecer, estaban relacionadas con algún tipo de emoción a perfeccionar, a modo de caótico manual de interacción social. Dante, aunque hacía ya más de ocho años que no recibía a ningún paciente, sintió que la curiosidad profesional reverdecía en su interior al contacto con aquel documento. Por el rabillo del ojo, vio en cambio cómo Nora daba muestras de encontrarse un tanto azorada por la invasión de su intimidad, así que prefirió devolverle el cuaderno.

—Desde luego, esto no es algo que a una persona vacía por dentro se le ocurra redactar o llevar consigo. —Le brindó una sonrisa afectuosa—. ¿Has pensado alguna vez en que a lo mejor solo necesitas tener un poco más de soltura comunicativa? Si te relacionaras con más gente, y me refiero a hacerlo de una forma sana, no como haces ahora con ese negocio vuestro, tal vez todo fluiría mejor.

—No es tan fácil para mí.

—Relacionarse con los demás jamás es fácil para nadie, créeme —se dolió Dante con la imagen de su hijo y el recuerdo de su exmujer y su hermano en mente—. Sé muy bien de lo que hablo.

El comentario hizo que una tímida sonrisa descollara en el semblante de Nora Sarafyan. Tanto por su espontaneidad como por su ausencia de agarrotamiento, aquel gesto era el más auténtico de todos cuantos la había visto adoptar hasta ese momento. La satisfacción de haber probado en cierta manera lo que acababa de decirle causó que se olvidara transitoriamente del duelo para distender también los labios.

—No debería usted fiarse tanto de mí —le transmitió Nora entonces, recuperando en un espacio de tiempo muy sucinto la abulia y el desapego inherentes a su peculiar forma de interactuar—. Ni siquiera me conoce.

—Tú tampoco deberías confiar tanto en que yo lo esté haciendo —bromeó Dante—, y, por cierto, ¿te importaría tutearme?

—¿Tutearle? —La pregunta cogió a Nora desprevenida—. Supongo que puedo hacerlo...

—Estupendo. —Dante se dio la vuelta y le indicó con un ademán que lo siguiera—. Anda, salgamos de aquí. Nunca me han gustado los cementerios.

Ambos comenzaron a caminar en dirección al coche a lo largo del angosto sendero que culebreaba entre los estratos de lápidas y panteones, frente al mar apenas arañado por leves pinceladas de viento. Si Nora era en realidad alguien tan refractario a cualquier tipo de emoción como creía ser y su socia estaba equivocada respecto a su rehabilitación como responsable de dos delitos de sangre, aquel era un buen momento para sentir un escalofrío. Dante, aun con todo ello, se negaba a aceptar que una persona tan frágil y apocada, por mucho que le fallara la empatía, pudiera llegar a cometer actos tan horribles como los descritos por Ángela, y, dado que seguía encontrándose inesperadamente a gusto a su lado, ni siquiera se molestó en vigilar demasiado a la chica durante el trayecto.

Las actitudes recelosas eran justo las que impulsaban a los individuos con problemas a quedarse estancados en ellos. Como especialista en psicología, lo había visto también en infinidad de ocasiones. Por ello mismo, su aproximación solía ser la contraria: proporcionarles a los pacientes todo lo que en ningún caso esperaban del prójimo, o lo que en el argot que él mismo había creado denominaba «las tres ces»: comprensión, confianza y calidez.

El método solía funcionar en la mayoría de los casos; en otros, los menos, había demostrado, o bien ser ineficaz, o bien ser un fabuloso catalizador de sucesos infaustos. Sandro Landaluce, cuyas venas abiertas en canal aún atormentaban sus sueños, era el ejemplo perfecto de esta segunda vertiente, así

como el motivo fundamental por el que ya no contemplaba su propia metodología con los mismos ojos de antaño. Si quedaba alguna posibilidad de recuperar la paz que su muerte le había arrebatado, esta residía en la inmejorable ocasión que Nora le proporcionaba de enmendar su error y reconciliarse al fin con el pasado. Darla también por perdida sería algo estúpido e imperdonable.

—¿Has llorado alguna vez con una película? —preguntó ya en el interior del automóvil mientras se preparaba para encender el motor.

Nora, con la mirada perdida al otro lado del parabrisas, tardó un tiempo en responder.

—Jamás he llorado —dijo con su soniquete inexpresivo habitual cuando se decidió a responder—. Y menos por una película.

Dante escudriñó sus rasgos añados y concluyó que no podía ser algo casual que se hubieran encontrado. Al fin y al cabo, ¿cuáles eran las probabilidades de que una persona de las características de Nora acabara sentada dentro de cualquier vehículo junto a un especialista en el tratamiento de patologías como la que la aquejaba? Y, en una línea similar, ¿cuáles eran las probabilidades de que alguien como el propio Dante, que necesitaba con urgencia encontrar alguna razón para volver a creer en el género humano y en sí mismo, tuviera sentada a su lado a una candidata tan apetitosa, a la par que desafiante, a la redención?

—No me lo creo —dijo—. Seguro que alguna vez lo has hecho...

Nora lo observó a través del retrovisor con una mueca ambigua y contenida en el rostro.

—Solo miento por trabajo —aclaró muy seria.

El psicólogo renunció a que aquella terquedad le escamoteara la ilusión y rodeó la llave de contacto con los dedos.

—En ese caso, puede que no hayas visto todavía la película adecuada... —Hizo girar la llave sobre el sistema de encendido hasta que las entrañas del coche respondieron con un rugido bronco—. Nada que no podamos solucionar con una visita al centro.

La oferta cinematográfica de las principales salas de la ciudad estaba tomada por todo tipo de producciones de acción superheroica, largometrajes infantiles de dibujos animados y secuelas de franquicias de terror estrenadas con cierto éxito de público durante los años anteriores. Por suerte, la ciudad Estado de Aldacia contaba también con una filmoteca al margen del circuito de exhibición tradicional donde con frecuencia se reponían películas antiguas, o incluso descatalogadas, imposibles de ver de ninguna otra forma. El título programado para esa tarde no era de los favoritos del divulgador, pero, como a la mayoría de

la audiencia solía gustarle, y por lo general arrancaba bastantes lágrimas, consideró que podría tratarse de una buena opción para calibrar la vida interior de su compañera de butaca.

Las películas, a juicio de Dante, constituían un excelente método de terapia. Por un lado, ayudaban a que los pacientes se enfrentaran a sus problemas desde una perspectiva distinta, y por otro, funcionaban muy bien como lubricadores del estado de ánimo y la motivación. Si uno seleccionaba las historias apropiadas y se las mostraba a los pacientes oportunos en el momento preciso, los resultados podían llegar a ser espectaculares. Uno de los libros de Dante, no por casualidad, versaba en exclusiva sobre el tema. Y, de entre todos cuantos había publicado, era el que más ediciones acumulaba —aun no siendo ni de lejos el más antiguo— y uno de los que más había contribuido a disparar su popularidad como ensayista.

Muchos de los críticos de su obra solían reprocharle que, para recetar películas, no era necesario estudiar psicología, mientras que Dante, en su defensa, solía reprocharles a ellos, con datos científicos en la mano, que la reacción de la amígdala ante ciertas imágenes y sonidos era idéntica a la de algunos fármacos reguladores de los resortes emocionales —con la salvedad de que también resultaban mucho más inocuos para el organismo—, y eso, a su modo de ver, suponía un argumento de gran entidad a la hora de justificar no solo la conveniencia de proporcionar una sólida formación audiovisual a cualquier experto en psicología, sino también de conceder a las películas un estatus terapéutico equivalente al de la terapia cognitivo-conductual, el análisis transaccional, las terapias interpersonales o el psicoanálisis.

Durante las casi dos horas de proyección, Dante se dedicó a espiar de manera un tanto obsesiva todas las reacciones de Nora frente a la pantalla. El rostro de la chica, sin embargo, no experimentó ninguna variación delatora de un proceso límbico significativo ni cuando la música subrayaba aquellas partes más melodramáticas de la trama —ya de por sí bastante tendente al subrayado sentimental, pues trataba de un hombre afectado por una tetraplejia que decidía convencer a sus seres queridos para que le quitaran la vida—, ni cuando, llegado el trágico final de la historia, esa misma música, guiada por una poética voz en *off* a lo largo de un clímax especialmente almibarado de planos aéreos muy bellos, abría la veda para la llantera definitiva. Si alguien hubiera fotografiado a Nora en el punto más álgido de ese clímax y luego lo hiciera también mientras leía una guía telefónica, veía un anuncio de teletienda o repasaba el prospecto de una caja de analgésicos, su cara sería la misma en todos los casos.

—¿Te ha gustado? —le preguntó a la salida de todas formas, más interesado en escuchar de qué manera argumentaba su respuesta que en la respuesta

propia mente dicha.

Nora se detuvo en mitad del gentío que abandonaba la sala y se atrincheró en una pose adusta.

—No mucho —reconoció en un alarde casi hiriente de honestidad—. El cine rara vez lo hace. Es siempre lo mismo tratando de ser distinto.

—Se han rodado miles de películas en los últimos ciento veinte años. Seguro que alguna sí te ha gustado...

La chica torció pensativa la cabeza y trató de hacer memoria.

—Me gustan los documentales de naturaleza —dijo algo más tarde—, pero no sé si eso es cine.

—Buena pregunta —rio Dante atemperando su incredulidad—, quizás podamos subir al despacho del programador y preguntarle. A los cinéfilos les encantan ese tipo de cuestiones...

Nora no apreció la ocurrencia o no supo cómo debía responder a ella. Un silencio tiránico comenzó a abrirse paso entre ambos como el hedor de un cadáver recién encontrado en mitad del bosque por entre la bruma fresca de la mañana.

—Quizás simplemente el melodrama no sea tu género —declaró Dante para evitar que el silencio se hiciera más fuerte—. ¿Has visto alguna vez una película de ciencia ficción? ¿O de suspense?

Los ojos de la chica parpadearon desde sus cuencas con un estatismo pavoroso. A un lado y a otro de la conversación, la tirantez creció hasta volverse demasiado plomiza para seguir actuando como si no existiera.

—Alguna vez —dijo ella—. ¿Qué más da eso ahora?

Ante el asombro de su interlocutor, le dio la espalda y comenzó a caminar hacia la calle.

—¡Oye! —exclamó desorientado el psicólogo—, ¿a dónde vas?

Puesto que Nora ni siquiera tuvo la deferencia de detenerse para responder, fue el propio Dante quien se vio forzado a apretar el paso hasta alcanzarla en mitad de las escaleras de salida.

—¿He dicho algo malo? —la interpeló con desarreglo.

Nora frenó en seco, consultó su reloj, un trasnochado dispositivo digital a imagen y semejanza de los que treinta años antes habían estado de moda por todo el país, y esgrimió un mohín abúlico. Algunos de los espectadores la reconocieron como portavoz de HidroAldacia S. L. y empezaron a cuchichear a su alrededor.

—No, y, aunque lo hubieras hecho, tampoco pasaría nada —contestó indiferente—. Es solo que tengo que irme. Empieza a hacerse algo tarde.

Aquella evasiva tan sobria, que contrastaba con lo bien que, a su juicio, había ido el encuentro hasta entonces, despertó en Dante cierta frustración. Por temor a que transmitírsela lo hiciera quedar como alguien demasiado tendente a tomarse confianzas, moderó su desencanto.

—Al menos, despedámonos —le sugirió con voluntarismo, tendiéndole la palma derecha—. No sé si ya lo has anotado en esa libreta tuya, pero es lo que suele hacerse cuando alguien se va...

Nora pareció darse cuenta de lo desatinado de su comportamiento e ignoró la mano para darle un beso torpe cerca de la oreja.

—Disculpa —dijo serenamente—. No tengo por costumbre despedirme de nadie excepto de Sanguino. Adiós.

Dante retiró el brazo y asintió en aprobación.

—Adiós, Nora —musitó mientras la chica se alejaba calle abajo al amparo de las últimas luces de la tarde—. Ha sido un placer...

XIII

Los muslos de Evelyn Solo se contrajeron con un movimiento de agarre en torno a las caderas apresadas entre ellos. Su rostro de líneas duras descendió entonces sobre el tronco al que pertenecían esas mismas caderas, arrastrado por un placer quizás fingido, quizás real —no resultaba fácil dilucidar cuál era la opción correcta—, y contuvo su arrebató por un instante para inhalar los restos de cocaína que habían quedado diseminados sobre él, como aseguraba que sabía mejor. Una vez los hubo absorbido, deslizó el cuerpo hacia delante, rozando la piel de Ángela con la punta de los pechos, y comenzó a rebullir, sudorosa, al tiempo que una sonrisa se le esculpía en la cara.

—Ayúdame un poco, anda —siseó con dulzura y picardía—. No puedo hacerlo todo yo sola...

Ángela dispuso sus manos sobre la cintura de la chica y trató de obedecer. El aire acondicionado facilitaba, en teoría, que el encuentro fuera más agradable que la última vez, pero, por más que el ambiente se hubiera aligerado, seguía sintiendo que le faltaba el oxígeno.

—Vamos —insistió Evelyn flexionando los brazos para sujetarse los cabellos revueltos—. Deja de resistirte y pon algo de tu parte. —Aceleró un poco el ritmo—. Sé qué te gusta...

Ángela emitió un gañido, apretó el cuerpo de la universitaria con determinación y detuvo su balanceo.

—Para. Para un momento.

—¿Bromeas? —reanudó Evelyn el vaivén, si cabe, con más brío—, no pienso parar ahora. —Sujetó las muñecas de Ángela a fin de inmovilizarla sobre la cama.

—¡He dicho que pares! —Ángela se revolvió debajo de ella como un animal herido.

—Pero si apenas hemos...

—No me encuentro bien. Te pagaré igual, tranquila —dijo muy seria.

Ángela logró escabullirse al fin y Evelyn se echó a un lado y la evaluó con escrúpulo mientras cogía una botella de agua para rehidratarse.

—¿Es solo una impresión mía o hay de verdad hostilidad en tus palabras? —preguntó tras un largo trago.

—He tenido un día complicado. Solo eso —alegó Ángela tensa.

—Ya...

—He dicho que te pagaré igualmente. ¿Cuál es el problema?

Evelyn dejó la botella de agua sobre la mesilla.

—El problema es que me estás ocultando algo. Ese es el problema.

—No sabía que tuviera que contártelo todo...

—Y no tienes por qué hacerlo. Pero puede que hablar de ello te ayude a encontrarte mejor.

—Quizás en otro momento.

—Yo diría que este es perfecto. —Evelyn echó un vistazo al reloj que presidía el dormitorio—. Todavía nos queda un rato.

La propuesta sonaba tentadora. Ángela sabía, no obstante, que Evelyn se enfadaría con ella si le desvelaba que haberla visto en la plaza del Triángulo del brazo de aquel otro hombre había desatado una tormenta de celos en su interior, o que, justo por ello, y pese a no escapársele que había otros clientes en su agenda, le costaba seguir disfrutando de su cuerpo con el mismo desenfado que de costumbre.

—¿Crees que soy alguien execrable? —cambió de tema, pues seguía teniendo la impresión, aun pasadas casi siete horas desde su cita con Riesco, de haber hablado más de la cuenta sobre lo que no debía y de que la estrategia que Nora había escogido para solucionar aquel enredo no era la más pertinente ni la más ética. La paradoja, así y todo, era que había omitido bastantes cosas...

—¿Execrable? —rio la muchacha—. Quizás deberías dejar de leer tanto. Esa palabra no es muy tuya que digamos.

—Lo pregunto en serio, Evelyn.

—¿Por qué motivo?

—Conoces bien cuál es el motivo.

La joven suspiró con una expresión circunspecta muy poco frecuente en ella.

—Si lo dices por lo que tu amiga y tú hacéis cuando salís ahí fuera, no creo que eso sea especialmente execrable. Es solo una manera como otra cualquiera de ganarse la vida. Bien visto, quizás incluso más honrada que ser político, banquero o abogado. Si lo dices porque te he sorprendido tomando algo con un hombre bastante bien parecido cuando, según tú, no te gustan los hombres, y eso te hace sentirte mal y no estar concentrada en lo que deberías, puede que algo de *execrabilidad* sí que haya, aunque quizás no sea la palabra más adecuada.

—¿Me viste? —Ángela se sorprendió por el giro que acababa de describir la conversación.

—Claro que te vi. Otra cosa es que tuviera que disimular. Ten, échate un cigarro. —Cogió la cajetilla de tabaco sobre la mesa de noche y se la entregó junto a un encendedor y un cenicero—. Estás muy nerviosa.

Ella recogió ambos objetos y se prendió un pitillo.

—Entonces...

El índice de Evelyn se posó sobre sus labios para impedir que continuara hablando. Con la otra mano, casi al mismo tiempo, le retiró el flequillo de la cara hasta descubrir su ojo dañado.

—A veces pareces estar más ciega que tuerta —le susurró al oído con afecto—. ¿De verdad es necesario que te lo diga?

—Yo... —Ángela notó que las mejillas se le arbolaban—. Lo siento mucho, de veras.

—Si alguien debería saber cómo funciona esto eres tú, ¿no crees?

—...

—Porque yo también podría preguntarte quién era ese hombre. E incluso encelarme, si también tuviera un mal día.

—Solo... —Ángela pasó, sin apenas transición, de experimentar alivio a un creciente sofoco—, solo era trabajo.

—Pues, entonces, volvemos a estar empatadas. — Evelyn le arrebató el cigarro para dar ella misma un sorbo al filtro—. Se ve que es nuestro destino. — Sonrió con ternura, entrecruzando sus dedos con los de Ángela mientras se lo devolvía—. ¿Podemos seguir ya?

El sonido de la puerta al abrirse interrumpió a la pareja justo cuando ambas se preparaban para continuar donde lo habían dejado.

—Espera. —Ángela estiró la mano hacia la pared y presionó el interruptor que desactivaba el aire acondicionado—. Debo ir a ver.

—¿En serio?

—Solo será un momento. Lo prometo.

Ángela se puso en pie a toda prisa, cubriéndose con la sábana humedecida por el sudor. Nada más salir de la habitación, la figura de Nora, quien acababa de acceder a la vivienda y ni siquiera se había tomado la molestia de encender la luz del pasillo, apareció frente a ella. La penumbra que esculpía su silueta le otorgaba un aspecto mucho más siniestro de lo normal.

—Podía escucharse el ruido desde abajo —protestó—. No lo vuelvas a encender.

—¿Se puede saber dónde te has metido? Me tenías preocupada.

La joven ni pestañeó. En su lugar, se descalzó tranquilamente, guardó las zapatillas junto a la puerta y la miró a los ojos con extrañeza.

—En el cine —dijo.

—¿En el cine? ¡Pero si tú odias el cine!

—Con él —precisó.

—¿Él?

—Dante Riesco.

—¡Eso no era lo que habíamos acordado!

—Acordamos que me convenía interactuar más, así que he seguido tu consejo —se justificó Nora con voz desconcertada—. Creía que te alegrarías de que bajara al barro.

—Yo no... —Ángela comprendió que tratar de hacerle ver su error sería otro error en sí mismo. Por ello, estimó más oportuno soslayar el tema y centrarse en arrancarle información de mayor utilidad—. En fin... —comenzó a decir pasándose la mano por la barbilla, nerviosa—, ¿y qué tal ha ido?

—Bien.

—¿Solo bien?

—Eso creo, al menos. Comimos juntos, fuimos al cementerio, vimos una película... La gente hace cosas como esa cuando queda, ¿no?

A Ángela le costaba imaginarse a Nora realizando todas aquellas actividades junto a un hombre como Dante Riesco, pero, si algo había aprendido en el tiempo que habían compartido juntas, era que su socia no sabía mentir. Como ella misma afirmaba, solo lo hacía por trabajo. De modo que debía de estar siendo sincera.

—Cierto —respondió cabeceando en señal de conformidad—. Salvo por lo del cementerio, la gente hace cosas así cuando queda. ¿Qué hay de lo otro?

—Solucionado.

—Me alegra oírlo. La próxima vez que vuelvas a ausentarte tanto trata de avisarme antes, por favor. No me gustaría ni que te metieras en líos ni tenerlos yo tampoco con los de la condicional.

—Lo intentaré. —Nora comenzó a caminar hacia su dormitorio, pero se volvió hacia ella apenas avanzados un par de pasos—. ¿Sabes?, no parece un mal tipo. Dudo que nos cause problemas.

Ángela la observó con suspicacia. Que ella recordara, era la primera vez que veía a su socia realizar un juicio de valor sobre alguien ajeno a la empresa. Si el chispazo de empatía que había creído distinguir en su mirada tenía algo de real, tal vez era hasta posible que le hubiera caído bien aquel hombre. O incluso... No, aquello sí que no era posible. Nora Sarafyan, después de todo, carecía de cualquier tipo de sentimientos.

—Espero que así sea —murmuró desde las sombras con preocupación—, de verdad que sí...

XIV

Al contrario de lo ocurrido en el valle de Vega de Alcarfe, cuya superficie había quedado sepultada por la devastación a una escala inabarcable a primera vista, el tramo de carretera donde la nueva tragedia acababa de tener lugar apenas había requerido de cien metros de asfalto serpenteante para albergar unos estragos igual de fatídicos.

Según los responsables del servicio de emergencias le habían informado a Ángela, el hombre al volante del autobús se había quedado dormido en mitad del desfiladero, perdiendo con ello el control del vehículo, y, para cuando había querido corregir su error, ya todo se había convertido en un amasijo de hierros, cristales y sangre girando a lo loco sobre el firme. El impacto había sido de tal magnitud que, a falta de finalizar con las tareas de rescate, tan solo cinco de los cuarenta y ocho pasajeros a bordo del transporte habían logrado sobrevivir, y entre estos, de acuerdo con el personal sanitario, cuatro presentaban lesiones demasiado graves como para mover al optimismo y tan solo uno contaba con posibilidades reales de salir adelante.

Un número tan elevado de muertes siempre aportaba una capa de dificultad extra al trabajo, pero cuando los fallecidos eran, además, niños de entre cinco y ocho años en viaje escolar prenavideño a las instalaciones de Regnum Software, la compañía de desarrollo de videojuegos más importante del país, dicha dificultad alcanzaba niveles a duras penas digeribles por alguien con un mínimo de corazón. Que, en una suerte de macabra ironía del destino, el conductor sí hubiera salvado la vida —excepto por unos cuantos cortes y magulladuras, había salido ileso— y sus lamentos desgarrados resonaran con impotencia por entre los desperfectos todavía humeantes, mientras el personal médico trataba en vano de contener su *shock*, hacía que la sensación de que uno de los nueve círculos del infierno acababa de abrirse allí mismo fuera incluso más realista.

Se requería tener mucho estómago, y, sobre todo, mucha sangre fría, para mantener la compostura frente a una escena semejante. Nora podía hacerlo con

facilidad, a fin de cuentas, jugaba con ventaja. Ángela, en cambio, llevaba ya unos cuantos encargos sintiéndose cada vez más violentada frente a aquel tipo de escenarios y, dado que ni siquiera habían pasado dos días desde lo de la presa, empezaba a temer que la sobredosis de tragedias terminara por pasarle factura.

Las arcadas, los ardores, los mareos, las palpitaciones y las bajadas de tensión se habían vuelto más frecuentes en ella de un tiempo a esta parte. En alguna que otra ocasión, hasta se había visto obligada a ausentarse para vomitar. Aquello tal vez era el modo que su cuerpo tenía de advertirle que algo debía cambiar. Tal vez, aunque la idea del negocio fuera suya, había llegado la hora de plantearse si tanto sacrificio merecía la pena de verdad. ¿Pero qué otra cosa podía hacer salvo seguir consumiendo opioides para paliar los síntomas? Nunca había sido como si tuviera algún tipo de elección. El instinto de supervivencia, simplemente, la había impulsado a aprovechar las escasas posibilidades de las que disponía para rehacer de algún modo su vida, y ella había obrado en consecuencia. Su trabajo quizás no fuera el más agradable o ético del mundo, eso estaba claro, pero nada más la separaba de regresar al punto de origen. Si se rendía, si se dejaba vencer por los vestigios de su moral, nada de lo que la había llevado hasta allí tendría sentido y, después de todo cuanto había vivido antes, durante y después de su ingreso en prisión, era casi imperativo tratar de encontrar un sentido a tanta aleatoriedad.

Ese sentido se alzaba al pie de la línea de cuerpos trazada con una escalofriante concepción de la geometría en la única zona de sombra del tramo. Los padres y familiares que poco a poco iban llegando hasta el lugar del siniestro se acercaban temerosos a Nora escoltados por el equipo de emergencias y recibían de su boca la terrible noticia para luego venirse abajo, estallar en lágrimas y, en una reacción en cadena que parecía no tener fin, formar otra hilera igualmente desoladora frente al arcén salpicado de sangre.

El personal encargado de gestionar la crisis había contactado a un total de siete psicólogos desde que había trascendido la noticia. Dos de ellos se habían negado a prestar sus servicios tan pronto como habían conocido los detalles del accidente; otros dos habían aguantado hasta desembarcar en el punto exacto donde este se había producido, pero luego habían decidido no salir del coche; y de los tres restantes que sí habían empezado a trabajar, dos habían tenido que dejarlo víctimas de fuertes ataques de ansiedad, y el tercero, pese a lo heroico de su resistencia inicial, había sufrido una lipotimia por causa del calor que también lo había dejado fuera de juego.

Era en ese tipo de atolladeros cuando todo el trabajo de campo realizado por Ángela con anterioridad se cobraba sus frutos, ya que, allí donde alguien pudiera necesitar los servicios de Sanguino y Sarafyan, allí había estado ella previamente

para dejar una tarjeta de contacto en algún sitio visible. El resto era tan fácil como negociar un precio —casi siempre al alza, dependiendo del grado de urgencia y desesperación—, sacar a Nora de su cuarto y conducirla hasta el lugar solicitado por el cliente para que diera rienda suelta a su magia. Solo en caso de que la chica metiera la pata o surgiera algún tipo de imprevisto, como había ocurrido en el hospital, debía intervenir ella misma, pero esto, por fortuna, estaba lejos de ser lo corriente, con lo que, la mayor parte de las veces, lo único que tenía que hacer mientras Nora lidiaba con la parte sucia era supervisar sus movimientos desde la lejanía para asegurarse de que no traspasaba ninguna línea marcada en rojo por las convenciones del mundo donde ambas habitaban.

Ángela había pensado en un principio que aquellas condiciones laborales la favorecerían; luego, por el contrario, había reparado en que esperar a que Nora cumpliera con sus obligaciones le dejaba demasiado tiempo para analizar los detalles y reflexionar acerca de la rectitud de sus actos, y había caído en la cuenta de que no todo eran ventajas. Las agobiantes esperas en los márgenes del horror, además de depararle demasiados remordimientos, a menudo estimulaban también sus dudas. Una de ellas había empezado a carcomerla con gran voracidad: si Nora era quien encaraba la parte esencial de sus servicios como empresa de «catalización de culpas» y ella lo único que hacía era cerrar los tratos con los clientes y vigilarla, ¿hasta qué punto podía decir que ambas se necesitaban? Incluso más: ¿hasta qué punto eran de verdad un equipo?

Las posibles respuestas a estas interrogantes le suscitaban un vértigo enorme. Era cierto que no debía de ser fácil vivir en la piel de alguien tan disfuncional como Nora Sarafyan, pero al menos ella, disfuncional o no, tenía algo que ofrecer, algo particular y distintivo —auténtico, incluso— que ninguna otra persona podía proporcionar. Más allá de su horrible mirada, Ángela solo podía ofrecer al mundo lo mismo que cualquiera, y en su defensa ni siquiera contaba con la coartada de un trastorno.

Todo lo anterior sugería que Dante Riesco quizás no se hubiera equivocado cuando le había apuntado que ella, y no Nora, era la única mala dentro de aquel tándem. En caso de que fuera efectivamente así, seguir creyendo que no había nada reprochable desde el punto de vista moral en lo que hacía, o que el pretexto de una supuesta labor social podría llegar a protegerla de su propia conciencia, equivalía a autoengañarse.

Las buenas personas no mentían. Las buenas personas no actuaban en las sombras. Las buenas personas no se beneficiaban de las desgracias ajenas. Y, por encima de cualquier otra consideración, las buenas personas jamás lo sacrificaban todo, incluida su propia dignidad, en aras de la simple y prosaica supervivencia. Los juguetes que habían quedado diseminados sobre el asfalto

tras el accidente —osos de peluche, unicornios rosas, pelotas de goma...—, muchos de ellos corroídos por el fuego, así se lo recordaban.

—¿Se encuentra bien? —preguntó una voz masculina a sus espaldas.

Ángela asintió incluso antes de volverse hacia ella. En la cárcel había aprendido que, si una no quería que la tomaran por alguien débil y que, por tanto, el resto de las reclusas la respetaran, había que evitar cualquier argumento susceptible de sostener esa hipótesis. Desde entonces, como ocurría con sus despertares en alerta, la lección se había convertido en un reflejo muy interiorizado que ya apenas podía controlar.

—¿Usted? —exclamó sobresaltada al ver a Dante Riesco junto a ella, tan elegante y estiloso como siempre, aun en esas circunstancias—. ¿Qué está haciendo usted aquí?

—Acabo de enterarme.

—¿Hay...? —dijo Ángela reluctante—, ¿hay alguien de su familia?

El divulgador bosquejó una sonrisa irónica.

—No. Esta vez no —respondió recogiendo del suelo una mochila infantil ennegrecida que mostraba numerosas manchas de sangre en todas sus caras. La giró entre las manos hasta dar con la pequeña etiqueta en la que, con trazo irregular, alguien había escrito en algún momento su propio nombre.

—En ese caso, no debería estar aquí. Supongo que eso ya lo sabe..., ¿no es cierto? —Ángela le quitó la mochila sin previo aviso y la arrojó a una pequeña pila donde los operarios habían empezado a amontonar las pertenencias de las víctimas.

—Necesito comprenderlo.

—Estas cosas ocurren más veces de las que cree. Por desgracia, hay poco que comprender.

—No me refiero a eso.

—¿A qué se refiere entonces?

—A eso. —Dante orientó el cuerpo hacia la carretera, donde Nora, inflexible, presenciaba el desmoronamiento de una madre frente a ella al poco de conocer el destino de su única hija—. Me refiero a eso.

—Creía que ya se lo había explicado todo ayer —refunfuñó Ángela, impaciente—. E incluso que lo había usted entendido.

Un ruido mecánico salido del autobús concitó la atención de la pareja. En lo alto del vehículo calcinado, dos bomberos acababan de forzar uno de sus laterales con varias hachas de palanca para extraer otro cadáver rebozado en sangre. Dante apartó la mirada en cuanto el cuerpo fue completamente visible.

—No lo entiende. Tengo que hablar con ella.

—Es un mal momento para eso. —Ángela también evitó seguir mirando—. Como ve, hay mucho trabajo por hacer.

—Entonces, déjenme que ayude.

—El oficial es quien lleva el operativo —dijo señalando al hombre encargado de coordinar al equipo de emergencias—. Puede intentarlo, si quiere.

—Sigue sin entenderlo —concretó Dante con gravedad—. Es a ustedes dos a quienes quiero echar una mano.

—¿Qué?

—Por favor, sé que puedo servir de ayuda.

El ofrecimiento era insólito e incomprensible, pero, a juzgar por la velocidad a la que los padres se multiplicaban alrededor de Nora, no podía negarse que a la chica le vendría bien una mano. En especial cuando todo aquel ruido, muy superior en volumen al del sistema del aire acondicionado de casa, podía llegar a crisparle eventualmente los nervios y crear algún tipo de problema innecesario con aquella gente.

—¡Dígame que está vivo! —Dante vio cómo una mujer agarraba a Nora por el chaleco, zarandeándola con virulencia en su búsqueda febril de información—. ¡Dígame que no le ha pasado nada a mi Víctor!

Víctor era justo el nombre que figuraba en la mochila recogida por Dante. Al descifrar lo que eso significaba, Ángela sintió que se le formaba un nudo en el estómago. Nora rehuyó la mirada de la mujer y buscó la de su compañera de piso en un gesto instintivo y algo descolocado. Aquello también significaba algo, y no precisamente bueno para el negocio.

—¿Está usted seguro? —preguntó a Dante.

El hombre inclinó la cabeza como signo de aquiescencia.

—Lo estoy. Más que nunca.

—Adelante, pues. Ayúdenos.

Dante volvió a asentir y echó a andar hacia el revuelo formado en torno a Nora. Ya allí, se interpuso entre la madre y la exconvicta sin pensárselo dos veces y dijo en tono casi tan neutro como el que la propia chica había usado en el hospital:

—No ha habido suerte, señora.

La mujer se derrumbó sobre el asfalto como una estructura recién volada por un equipo de demoliciones. Sus manos huesudas y venosas, sacudidas por una descarga de rabia, sujetaron los bajos del pantalón de Nora con desamparo mientras rompía a llorar a lágrima viva en mitad del desfiladero castigado por el sol.

Ángela, a lo lejos, cabeceó una última vez para transmitirle su satisfacción y, temblando ella misma también, trató de encenderse un cigarro.

XV

Dante apenas sintió otra cosa más que una terrible sed durante el trayecto hasta la central del servicio de emergencias. La ayuda prestada a Sanguino y Sarafyan en el desfiladero, si bien al inicio había creído que, dada su falta de práctica, podía llegar a causarle bastante malestar, no le había afectado tanto como lo había hecho la visión del accidente en sí. Todos aquellos niños muertos le recordaban de manera inevitable la tragedia sufrida por su hermano, y el hormigueo de consternación que este paralelismo avivaba en él le hacía pensar en otras sensaciones muy dolorosas ya asociadas para siempre a Fosco, como la culpa, la cólera, el arrepentimiento o la vergüenza. Unas y otras se amalgamaban entre sí hasta formar una emoción de mayor envergadura que la suma de sus partes y, del mismo modo en que la bola de estiércol de un escarabajo pelotero se convertía en una condena eterna, terminaba eclipsando con su desmesura cualquier otra posibilidad de percibir algo diferente.

Lo único que había logrado que se olvidara de aquella carga había sido la irrupción de Nora Sarafyan. Su inclinación por ella, al menos sobre el papel, tenía una naturaleza exclusivamente clínica —como caso de estudio, Nora reunía numerosas características que hacían de su cuadro algo muy estimulante a ojos de un especialista en desenmarañar los entresijos de la psicología humana—, pero, siendo eso cierto, no lo era menos que, cuanto más interactuaba con ella, más atractiva y fascinante comenzaba a resultarle también como persona.

Si lo analizaba con la cabeza fría, no costaba demasiado concluir que aquella debilidad quizás se debiera a que su propia mente había decidido hacer del caso un reclamo destinado a proporcionarle una tregua y una distracción temporal. Mientras estuviera pendiente de ella y no de las misteriosas circunstancias en torno a la muerte de Fosco, de las desavenencias que día sí día también mantenía con Aarón o de lo que había ocurrido con Natalia, no tendría que batallar con las verdaderas causas de su pesar. Al margen de cualquier otra apreciación, eso facilitaba muchísimo las cosas. La duda seguía ahí pese a ello, y, aunque lo

anterior pudiera arrojar cierta luz sobre su comportamiento, limitar el problema a un simple mecanismo de autopreservación sonaba bastante reduccionista. Al fin y al cabo, la única conclusión irrefutable a la que había logrado llegar a lo largo de toda su trayectoria vital y profesional dictaminaba que, en lo relativo a la mente, nada era nunca tan sencillo como parecía.

Beber algo podría ayudarlo a aclarar las ideas, así que, mientras Ángela arreglaba el pago de los servicios prestados con el jefe del operativo en la estancia contigua, introdujo una moneda en la máquina expendedora de la salita donde Nora y él mismo se habían quedado esperando, seleccionó un refresco de cola y deglutió más de la mitad del contenido de un solo trago. La chica, que llevaba varios minutos entretenida frente a la pantalla de su teléfono móvil, no había dicho ni una sola palabra desde que ambos habían llegado allí.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Dante para romper el hielo.

Nora aporreó la pantalla con los pulgares de ambas manos y no respondió hasta pasado un tiempo.

—He tenido partidas mejores, pero estoy bien.

—¿De verdad? Es normal que lo que ha pasado hoy...

—¿Qué ha pasado hoy? —Nora frunció el entrecejo sin dejar de mirar el teléfono.

—El accidente... —explicó el psicólogo, aterrado por su desapego—, todos esos muertos..., las madres....

—¡Ah, sí! —Nora sonrió con despreocupación—. Gracias por haberme ayudado. Es eso lo que debo decir, ¿no?

Dante presintió que no iba conseguir nada por ese camino y cambió de estrategia.

—En parte. ¿Quieres algo? —dijo mientras hurgaba en el bolsillo en busca de más monedas.

—No.

—Es importante reponer líquidos.

—Bueno. —Nora chasqueó la lengua, contrariada por algún tipo de lance en el juego, y guardó el celular—. Como prefieras.

Dante sacó otra lata de la máquina, la abrió él mismo y se la entregó.

—Aquí tienes. Te sentará bien.

—En realidad, está comprobado que el azúcar y la cafeína provocan más sed de la que aplacan...

—Cuando alguien te hace un regalo, no debes ponerle pegas —repuso el psicólogo con retintín, aunque dudaba que pudiera llegar a captarlo—. Anótalo para la próxima.

Nora desplazó la mano derecha hacia el bolsillo trasero del pantalón, de donde asomaba su inseparable cuaderno.

—Espera —dijo deteniéndose en el último momento—. ¿Lo has dicho en serio o era una broma?

—¿A ti qué te parece?

—Sanguino siempre dice que los ojos nunca mienten. —Escrutó su rostro con minuciosidad—. Yo no estoy tan segura de que sea así.

—Las dudas forman parte de la vida. Siempre es mejor aceptarlas que obsesionarse con ellas. Saberlo todo acerca de todo el mundo, de manera clara y definitiva, resta toda la magia a las relaciones interpersonales. Y la magia, me temo que tu socia nunca te lo ha dicho, es algo aún más importante que reponer líquidos.

La mujer ladeó confundida la cabeza mientras trataba de procesar la información. Luego reprimió sus ganas de volver a hacerse con la libreta, estudió de nuevo a Dante con detenimiento y, tras debatir consigo misma si debía añadir algo o no, resolvió finalmente hablar.

—Lo has hecho bien ahí fuera —dijo Nora en un intento no muy depurado por agradar.

—Solo te he imitado —aseveró el psicólogo con un deje de reproche—. He dicho lo que tú me dijiste..., de la misma forma en que tú lo hiciste.

—No exactamente de la misma forma.

—¿Qué quieres decir?

—Se te notaba bastante nervioso —afirmó Nora como si, en lugar de estar hablando con una persona, estuviera recitando para sí misma alguna de las anotaciones que recogía en su cuaderno—. Por la falta de práctica, imagino.

—No quiero dedicarme a esto, ¿sabes?

—Entonces, ¿por qué me imitas?

La pregunta era tan audaz y estaba tan bien lanzada que Dante, sintiéndose un poco torpe por haberla propiciado, volvió a plantearse la posibilidad de haber incurrido en un exceso de optimismo respecto a su caso. Tal vez, como ya había sugerido su socia en la tetería, lo que fuera que le ocurriera a aquella chica la inhabilitaba para llegar a comportarse algún día de un modo más o menos normal. De ser así, y todo apuntaba en esa dirección, era también posible que su esperanza, los destellos de bondad que había apreciado en ella durante la víspera, se debieran tan solo a un espejismo autoinducido; y, en caso de que aquello fuera algo más que una hipótesis, implicaba por extensión una idea todavía más deprimente: la de que Nora Sarafyan no fuera tampoco la buena persona que su socia le había asegurado que en el fondo era, sino alguien realmente incapaz de experimentar emoción alguna, dedicada a aquel tipo de tareas porque le daba lo

mismo realizarlas —o, peor aún, porque le gustaba o le entretenía llevarlas a cabo— y de quien le convenía alejarse para no acabar sufriendo un desengaño.

—Muy sencillo: te imito para saber lo que se siente.

Nora elevó un poco la poblada línea de sus cejas. Su gesto respondía más a la curiosidad que a la sorpresa.

—¿Y qué has sentido?

—Creía que sentiría asco, pero, a decir verdad, no he sentido gran cosa. — Dante se asustó al darse cuenta de que lo que acababa de decir era cierto—. Únicamente un poco de miedo..., miedo al fracaso —puntualizó con cierto bochorno, no el suficiente para poner freno a su confesión—. Luego, solo vacío.

—¿Y ese vacío era frío? —preguntó Nora, cuyo interés acababa de redoblar después de escuchar lo anterior.

—Como un témpano.

—Entonces no era realmente vacío. —La chica dio un trago a su bebida—. Al menos no el que yo siento.

Ambos se tantearon en tensión durante un rato. Dante tuvo el presentimiento, de pronto, de que si, en algún instante, había llegado a establecer un vínculo con ella, este había comenzado a deshilacharse y corría el peligro de romperse si no lograba encontrar alguna forma de recomponerlo a tiempo.

—Me gustaría ayudarte —dijo con el propósito de contener el desastre.

—¿Ayudarme? —repitió Nora acerando el rictus en una mueca incrédula—. No he dicho que no me agrada mi situación...

—Aun así —perseveró Dante—. Necesitas ayuda.

Nora dio otro trago a la lata hasta apurar lo que quedaba de su contenido, la apretó con una contracción casi espasmódica de sus dedos y arrojó con desdén el metal deformado al cubo de la basura.

—Yo diría que eres tú quien la necesita. —Se le formó un apunte de sonrisa en los labios, aunque Dante no descartaba que todo estuviera en su cabeza—. Buscas tanto encontrarle un sentido a lo que te ha ocurrido estos días que crees poder hallarlo donde no deberías —argumentó con una precisión heladora—. Piensas que, encontrando algo normal en mí, algo que te ayude a recuperar la confianza en la gente, podrás de alguna forma ayudarte a ti mismo.

El terapeuta se quedó lívido. La lucidez con la que aquella chica de aspecto endeble y poco desenvuelto había sabido leer entre sus líneas, cuando por lo general ni siquiera sabía reconocer los dobles sentidos, seguir un protocolo para despedirse o dar las gracias, resultaba tan inopinada como perturbadora. Algunos de esos pequeños detalles invitaban a creer que podía sufrir algún tipo de Asperger, pero todo lo demás, en especial la sagacidad con la que profundizaba en las emociones ajenas contra todo pronóstico, se oponía a esa conjetura de

manera muy contundente. ¿Era posible que estuviera fingiendo? Y, en caso afirmativo, ¿no se acercaría su personalidad más a la de una psicópata que a la de alguien con un trastorno del espectro autista? Solo de pensar en ello, Dante sintió que se le erizaba la piel de los brazos.

—Quizás haya algo de eso —concedió tratando de borrar de su mente la escena que acababa de materializarse en ella: Nora frente a los cadáveres todavía frescos de sus padres, con el rostro cubierto de sangre, mientras sostenía entre las manos un palo de golf también salpicado de motas carmesíes—. Lo fundamental, en cualquier caso, es que podemos ayudarnos mutuamente. Solo un par de horas a la semana —propuso a continuación—. ¿Qué dices?

—No —declinó ella el ofrecimiento con rotundidad—. No necesito ayuda.

—¿Cambiarías de opinión si te dijera que tengo la carrera de Psicología y bastante experiencia en el sector?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Supone una garantía.

—Ningún psicólogo ha logrado jamás ayudarme. Ni siquiera entenderme. La verdad, no me gustan mucho los psicólogos. Y tampoco confío en ellos.

—Tu franqueza me halaga. ¿Y por dinero? —planteó Dante un tanto a la desesperada, evitando tirar la toalla todavía—, ¿lo harías por dinero?

Nora se lo pensó. Antes de que pudiera llegar a una conclusión, Ángela se plantó en la sala con dos fajos de billetes en las manos.

—Día de paga —anunció ufana—. Esto es para ti —le entregó el de mayor grosor a su socia—, y este... —le ofreció el otro, bastante más fino, al psicólogo, pero Nora se lo arrebató de improviso en el último momento—. ¿Para ti también?

—Necesito un nuevo juego de objetivos —dijo la chica guardandoselo en el bolsillo. La claridad repentinamente turbia de sus ojos se clavó en Dante como un fognazo de astillas—. Dos horas. No más.

XVI

La sala estaba repleta de visitantes a la espera de sus seres queridos. De entre todos ellos, a excepción de dos críos que acompañaban a una mujer no muy lejos de su mesa, Aarón era el más joven. Se suponía que, para llegar hasta allí, debía acompañarlo alguien mayor de edad o contar con una autorización firmada por un tercero con potestad para otorgarle ese derecho, pero ni los encargados de gestionar aquellos encuentros eran demasiado estrictos al respecto, ni, gracias a que su madre aún conservaba bastantes influencias, solían hacerle muchas preguntas. Más bien al contrario: siempre que Aarón había ido a entrevistarse con ella, los trabajadores del penal lo habían tratado con respeto, y siempre que algún otro reo o familiar había osado incordiarle, cosa que ocurría con asiduidad debido a la naturaleza del delito cometido por su madre, acudían enseguida en su apoyo para tratar de que su estancia fuera lo más agradable posible a pesar de los condicionantes. Rara vez lo lograban, pues tener que estar rodeado de individuos tan hostiles solía hacer de sus reuniones clandestinas con la reclusa algo bastante incómodo. El dolor que le producía verla atrapada allí, mientras que él tenía que seguir compartiendo techo con el responsable de su encierro, hacía que el rencor sacudiera su alma un poco más con cada visita. Para que algún día pudiera perdonar a su progenitor por obligarlo a pasar por aquello, tendría que ocurrir un auténtico milagro. Y ni el intolerable descaro de su actitud, ni la desfachatez con la que seguía con su vida como si nada hubiera pasado —hasta el extremo, incluso, de permitirse el lujo de tontear con mujeres más jóvenes que él en su presencia—, hacían pensar en que ese milagro pudiera llegar a acontecer en un futuro próximo.

—No esperaba verte tan pronto. —La sonrisa de su madre atenuó todo aquel resquemor conforme se hubo personado en la mesa. Uno de los guardias la liberó de sus esposas para que pudiera acariciarle con ternura la mejilla—. Te queda genial ese peinado. —Natalia enredó los dedos entre sus mechones de cabello claro y engominado—. ¿Estás bien? —le preguntó al reparar en que no

reaccionaba a sus muestras de afecto con la misma docilidad de siempre—. Te noto un poco tenso...

—Papá sigue sin saber que vengo a verte —le confió Aarón—. Odiaría que eso pudiera meterte en algún lío...

—¿Lío? —repitió la convicta, cuyos pequeños ojos color azabache, hundidos bajo sus pómulos morenos y respingones, bregaban porque la tristeza de haber sido separada de su hijo no prevaleciera sobre la alegría de poder hablar con él por unos minutos—. ¿En qué lío podría meterme tu padre peor que esto? Mi nueva compañera de celda sufre pesadillas y se despierta todas las madrugadas vociferando «¡vade retro!». Eso sí que es un lío... —suspiró divertida y resignada a la vez—. Tricia tenía sus cosas, pero con ella se dormía mucho mejor y no me hacía sentir como si necesitara un exorcismo —apostilló con nostalgia—, te caería bien si la conocieras...

La anécdota consiguió arrancar una risa al chico, aunque, en cuanto pudo disponer de un paréntesis para observar con calma el rostro de su madre, que, por mucho que ella tratara de disimular con la idea de no preocuparlo, mostraba signos evidentes de deterioro, su humor enseguida volvió a quedar nublado por el resentimiento.

—No lo soporto —dijo Aarón—. No puedo con él.

Su madre se mantuvo callada por unos segundos. Luego, soltó un suspiro de fastidio y le tomó la mano con cariño. Su tacto estaba mucho más frío y rugoso que nunca, como si también la piel se le hubiera resentido por el aislamiento.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Además de seguir tratándome con la misma arrogancia de siempre, grita a todas horas y se cabrea por cualquier cosa.

—Suena familiar.

—Esta vez es distinto. Se le nota más fuera de sí, más... imprevisible. Puede pasar de los chillidos a las lágrimas, y luego de nuevo a los gritos, en la misma sobremesa. También le ha dado por fumar porros y por..., bueno..., ya te lo puedes imaginar.

—Está en su derecho. —Natalia acarició los dedos finos y alargados de su hijo—. No voy a ponerme celosa, tranquilo.

—Es increíble que alguien así se dedique a dar consejos. Y lo peor, lo que me pone de los nervios, es que diga, como el otro día, que la chalada eres tú.

Natalia delineó una sonrisa piadosa, casi nostálgica, y la deshizo acto seguido para enarbolar una expresión entre taciturna y apesadumbrada.

—Tu padrino y él estaban muy unidos... Lo estuvieron, al menos. Su muerte ha debido de afectarle bastante.

—Eso no justifica que actúe así.

—Cierto, pero debes ser más astuto. Entrar al trapo solo te causará disgustos. Es contraproducente para tus intereses.

—Lo odio, de verdad —se obcecó Aarón—. No me extraña que aquel tipo acabara suicidándose: es inaguantable.

—Por eso mismo deberías dejar de tenerlo siempre en la boca. Cada vez que uno habla de lo que le disgusta, del pasado en lugar del futuro, lo está invocando de alguna forma. ¿Qué tal tú?

—Preferiría que me encerraran también a seguir viviendo con él.

—Me refiero a lo de tu padrino.

La cara del chico se compungió.

—Mi padrino era una gran persona —dijo flexionando melancólicamente los labios—. Es una pena lo que ha pasado. —Bajó la mirada con aflicción y un punto de timidez—. Habría sido mejor que...

—No digas eso —le recriminó Natalia apretándole la mano—. Te guste o no, Dante es tu padre.

El chico tuvo dificultades para contener un sollozo. Después, volvió a levantar la vista y a explorar con ella el rostro de su interlocutora.

—Pues ojalá hubieras escogido mejor —afectó una sonrisa ambigua—. ¿Te he dicho ya que no lo soporto?

Ambos rieron. Un hombre de casi dos metros y aspecto árabe que en esos instantes se sentaba en la mesa de al lado frente a una mujer con hiyab aprovechó un despiste de los vigilantes para escupir a los pies de Natalia. Esta hizo como si no hubiera sucedido nada y, enderezando la columna, se centró en su hijo.

—Se supone que no debería decir esto para evitar condicionarte, y menos después de lo de antes, pero, puesto que él ha tratado mil veces de llevarte a su terreno, imagino que es lo justo... Yo tampoco lo soporto. Es una mala persona.

—¿Solo nosotros nos damos cuenta o qué?

Natalia dejó pasar un breve margen de tiempo antes de responder. El hombre árabe, ceñudo y sin dejar de mirar hacia la mesa contigua, murmuraba algo que no se presumía muy amistoso. La interna tampoco se alteró esta vez. Por la impasibilidad con la que ignoraba todas sus muestras de desprecio, no cabía duda de que estaba habituada a encajar desaires similares todos los días.

—Oficialmente, ya hay un malo —le explicó a su hijo—. La gente ha olvidado demasiado rápido las lecciones de Hitchcock...

—¿Hitchcock?

—El director de cine. En sus películas había a menudo un falso culpable, un pobre hombre con el que la justicia se cebaba sin motivos para ello, en tanto que los verdaderos criminales, por lo general amables, simpáticos y hasta atractivos,

se movían a sus anchas por el mundo sin que nadie sospechara de ellos. —Aarón atendía con gran interés, como siempre que su madre le contaba alguna de sus historias—. El falso culpable podía explicar cientos de veces a las autoridades que él era inocente, pero rara vez le creían. Desde la óptica de Hitchcock, las autoridades eran siempre un poco lelas. —Delató con la cabeza a uno de los vigilantes, cuya estampa hurgándose distraído la nariz probaba de manera muy gráfica aquella hipótesis—. Para que luego haya quien diga, como tu padre, que sus películas carecen de valor porque no reflejan la realidad...

—A papá le gustan unas cosas muy raras.

—Dímelo a mí, que era la que tenía que ir con él a los festivales de cine —ironizó Natalia—. Ese libro suyo, sin embargo, acierta en una cosa: el cine puede ayudarnos más de lo que creemos a superar nuestros problemas. Los falsos culpables de los que acabo de hablar casi siempre acababan pagando por sus crímenes en el tercer acto. Justicia poética, supongo.

—¿Y el bueno? —inquirió Aarón esperanzado—, ¿qué ocurría con el bueno?

Su madre gesticuló burlonamente.

—El bueno, por supuesto, volvía a ser libre tras todo ello y aprendía en el proceso unas cuantas cosas sobre la vida.

—No parece un mal desenlace, siempre y cuando esto fuera una película de Hollywood y la dirigiera Hitchcock, claro. Con nuestra suerte, seguro que, si estuviéramos en una película, sería aldaciana.

—No seas injusto con el cine aldaciano. —Natalia comidió un guiño—. A veces también hacen cosas de valor.

—¡Pero siempre acaban mal!

—Eso no voy a poder negarlo... Nuestra película, aun así, tendrá un final feliz.

El chico inclinó el tronco hacia ella, desconcertado.

—¿De qué tipo de final feliz estamos hablando?

—Más temprano que tarde saldré de este agujero en el que tu padre me ha metido. Mi nuevo equipo legal está trabajando duramente en ello... Cuando eso suceda, haremos que pague por lo que nos ha hecho y pasarán dos cosas: nosotros disfrutaremos de un hermoso *happy ending* con banda sonora de violines, y él, por su parte, del fundido a negro que siempre ha merecido.

Aarón suscribió el plan con un asentimiento. Aunque no sabía a qué se refería su madre exactamente con «fundido a negro», o si sus palabras tenían un fuste más sólido que su intención de animarlo, la firmeza y seguridad de su voz le transmitían una gran confianza en el futuro.

—¿Me lo prometes? —quiso cerciorarse de que no le había formulado una simple bravata.

Natalia volvió a sujetarle la mano. Sus dedos apergaminados avanzaron hacia la muñeca y la rodearon con ansia.

—Puedes estar seguro —dijo mientras uno de los guardias acudía hasta ella para volver a esposarla, pues la cita, por increíble que resultara, ya había llegado a su fin—. Solo ten un poco de paciencia.

XVII

Como en una imagen extraída directamente de un sueño, Nora Sarafyan, repantigada sobre el diván de la antigua consulta, jugueteaba con su mascota entre los dedos, el alacrán negro llamado Bob, mientras Dante la observaba atónito desde su butaca y trataba de sobreponerse al impacto que le había producido regresar a aquel lugar después de tantos meses alejado del ejercicio de la profesión.

—Llevamos casi una hora aquí dentro y todavía no me has contado nada relevante —se quejó el psicólogo de su escasa predisposición a hablar, ignorando si esta se debía a que no deseaba hacerlo por prudencia, recato o timidez, o porque se había olvidado de que estaba allí—. Pactamos otra cosa.

—Pactamos que vendría a verte dos horas por semana. —Nora pasó el escorpión de una mano a la otra—. ¿No era eso lo que querías de mí?

—No exactamente. —Dante dejó su carpeta a un lado y cruzó las piernas en posición de escucha—. ¿Qué tal si te olvidas por un rato de tu amigo y me haces un poco de caso?

Nora arqueó la línea del ceño, extrañada por su requerimiento, y lo miró de reojo.

—Si dejas de prestarle atención, podría pasar algo malo. Bob es un animal salvaje.

—Puedes meterlo ahí —sugirió Dante señalando el acuario vacío donde años atrás había vivido su colonia de rásboras, guramis y peces ángel, aliados por aquel entonces muy valiosos de cara a reducir el estrés de sus pacientes—. Así no picará a nadie.

Nora, con el animal en mitad de la palma desnuda, estiró la mano hacia él.

—Mejor hazlo tú mismo.

Dante dio un respingo, pero, al detectar en el rostro de la chica una sonrisa similar a la que había trazado en la sala de espera del hospital metropolitano el día en que ambos se habían conocido, sintió que podía estar poniéndolo a prueba

de alguna manera retorcida y accedió a su petición. Nora colocó el bicho sobre su mano.

—Tranquilo. No te hará nada...

—Lo sé —fingió el terapeuta acercándose con el artrópodo hasta el acuario—, tiene la cola relajada.

—A no ser que te vea como una amenaza —matizó Nora—. Eso podría cambiarlo todo...

El psicólogo contuvo la respiración e introdujo el brazo en el tanque. Luego, con movimientos muy medidos, ayudó a que el invertebrado descendiera sobre las piedras del fondo.

—Un animal de compañía un poco inusual —dijo una vez que se hubo desembarazado de él—, ¿no sería mejor una gata? Yo tengo una y te aseguro que acariciarla no es tan estresante. Se llama Lana.

Nora se recostó de nuevo sobre el diván.

—Sanguino dice que no todo lo diferente es necesariamente bonito. A mí, en cambio, Bob me parece bastante bonito.

—La belleza siempre es algo relativo —decretó Dante de regreso a su butaca y a su carpeta—. Me quedo con que sepas apreciarla.

La chica arrugó el ceño, sacó su bloc de notas del bolsillo y anotó algo en una de sus páginas.

—Soy yo quien tiene que tomar apuntes aquí —intervino Dante autoritario—. ¿Por qué no tratas de relajarte?

—Estoy relajada. —Nora volvió a guardar el bloc—. Siempre lo estoy.

—No lo tengo tan claro...

—¿Que esté relajada ahora mismo o que lo esté siempre? Son cosas distintas.

—Ambas.

—«Las dudas forman parte de la vida» —citó Nora lo que el propio analista le había dicho el día anterior—. La magia, ¿recuerdas?

—Si me permites que te lo diga, cualquier posible magia se esfumó en el momento en que únicamente haces esto por dinero.

—No entiendo —dijo mostrando una sorpresa que parecía auténtica—. Todo el mundo hace la mayoría de las cosas por dinero...

—Pero no así. —Dante deslizó la yema del dedo índice a lo largo del brazo de la butaca, desvelando con ello que la capa de polvo acumulada sobre el cuero tenía un mayor grosor de lo previsto—. Aquí, por ejemplo, sucedía al revés: eran mis pacientes quienes me pagaban a mí.

—¿Eran?

—Una larga historia. —En algún lugar de las estanterías desbordantes de papeles y archivadores, el expediente de Sandro Landaluce acreditaba que no

mentía—. Claro que, si la memoria no me engaña, hemos venido para que tú me cuentes la tuya.

Nora recogió las manos sobre el abdomen y, con cierta desidia, echó un vistazo a su alrededor. Su mirada de resonancias ausentes osciló de pared en pared hasta revisar una por una la docena de diplomas, títulos y reconocimientos profesionales que de ella pendían. Por último, hizo también lo propio con algunas de las fotografías enmarcadas sobre el escritorio. Las instantáneas mostraban a Dante algunos años más joven, acompañado en distintos actos por una pléyade de personalidades naturales de la ciudad, incluida gran parte de la cúpula directiva del consistorio, figuras del mundo de la cultura como el escritor Jan Milih, la filósofa Kat Mara o el director de cine Kiefer Mendoza, y deportistas de élite como el piloto de Fórmula 1 Nil Sagardazu o la tenista Sera Garraf.

—Sería una pérdida de tiempo —dijo en cuanto hubo terminado de examinarlo todo—. Mi vida siempre ha sido bastante aburrida.

—¿Cómo de aburrida? —preguntó Dante con timbre severo, aun a riesgo de presionarla demasiado.

—Mucho más de lo que me gustaría —respondió ella con los ojos clavados en el techo—. Eso seguro.

El psicólogo buscó en su portafolio el cuestionario que había preparado el día anterior, tomando como referencia el test de psicopatía de la escala Hare, y marcó con un aspa la cuadrícula correspondiente al rasgo «intolerancia crónica al aburrimiento».

—¿No te gusta tu vida?

—Ni me gusta ni me disgusta. —Nora apartó la mirada del techo para proyectarla sobre él, confusa—. Solo pienso que, en general, la vida es algo que la gente tiende a sobrevalorar.

Dante se sintió incitado a marcar también la casilla correspondiente a «pobreza emocional», pero decidió que sería un tanto apresurado hacerlo por un comentario aislado y se contuvo en el último momento.

—¿Por eso mataste a tus padres? —lanzó la pregunta a bocajarro a fin de obtener una reacción lo más pura posible.

La paciente se limitó a reaccionar con un ligero encogimiento de hombros, como si aquella interrogante careciera de cualquier tipo de intencionalidad, o, al menos, como si esta no le importara o no la hubiera captado.

—La verdad es que no lo recuerdo muy bien —declaró haciendo gala de una indiferencia sobrecogedora—. Era muy joven por aquel entonces.

—Pero ocurrió.

—Sí, ocurrió. —Su cuerpo menudo se revolvió de pronto sobre el diván—. Nunca lo he negado.

—¿Lo hablaste con tus otros psicólogos?

—Claro. Todo el mundo se empeñó en ello: en hablar. Mi vida, como he dicho antes, siempre ha sido muy aburrida... —Nora ojeó su reloj—. Y ahora mismo también me estoy aburriendo bastante, para ser honesta.

—Suenan un poco a amenaza.

—No lo es.

—¿Debería entenderlo entonces como algo meramente enunciativo?

—Las cosas son lo que son, no lo que uno entienda. Todo sería mucho más fácil, de hecho, si os fijarais más en lo primero y menos en lo segundo.

—También sería más antisocial. —Dante desplazó la punta del bolígrafo hasta la cuadrícula correspondiente a ese rasgo en concreto: «conducta antisocial»—. Cada persona es diferente. Tratar de imponer nuestros criterios a los demás delata cierto desprecio por quienes piensan de otra manera.

Nora se agitó por segunda vez sobre el acolchado del diván. En vista de que seguía sin encontrar una postura confortable, pasó a incorporarse progresivamente.

—¿Y qué ocurre cuando alguien no entiende nada? —preguntó la chica.

—¿A qué te refieres?

—A ti. La manera en que hoy me hablas no se corresponde con la manera en que me hablabas el otro día en el cementerio. Pareces una persona diferente. Eso me despista bastante.

—¿Te despista o te pone nerviosa?

—Tendría que revisar mi cuaderno.

—Solo intento que te des cuenta de tus contradicciones. A veces, las personas no somos ni como creemos que somos ni como nos han dicho que debemos ser. —Sacó su paquete de chicles de nicotina y se metió uno en la boca—. Hace un momento, sin ir más lejos, decías que siempre estabas tranquila, pero ha bastado con un par de preguntas más delicadas de lo normal para que empezaras a plantearte otras posibilidades. —Sonrió con premeditada afabilidad—. Del mismo modo, acostumbras a comportarte como si no tuvieras sentimientos, pero es evidente no solo que los tienes, sino que sufres por desempeñar el papel contrario. Se llama disonancia cognitiva. Puede que, con el resto de lo que crees que eres, o lo que te han enseñado que debes ser, ocurra lo mismo.

—Entonces, ¿todo lo de antes era solo una trampa?

—Una técnica, más bien.

Nora endureció su expresión con recelo.

—No sé si me gustan esas técnicas...

—Es comprensible. A nadie le gusta que de pronto empiecen a abrírsele grietas en la coraza. Ni siquiera a nosotros, los psicólogos. En el fondo, se trata de algo muy sencillo: como seres humanos, tendemos a rechazar todo aquello que compromete nuestra verdadera naturaleza a ojos de terceros, aquello que, de una manera u otra, nos hace vulnerables... Es decir, quizás yo no sea el único que deba recuperar la confianza en los demás para ayudarse a sí mismo. ¿Entiendes por dónde voy?

—Creo que sí, pero, al mismo tiempo, dudo que esa técnica sea la más adecuada.

—¿Por qué motivo?

—Porque, según la mayoría de las normas que he recopilado a lo largo de todos estos años, ganarse la confianza de los demás jugando previamente con esa misma confianza no es algo ni demasiado inteligente ni demasiado sensato, aunque tal vez esté equivocada.

La lógica de sus palabras era meridiana. Dante, pese a todo, consideró que manifestar su asombro por la audacia con la que había salido de aquel aprieto podía poner en jaque su ventaja y se mantuvo inalterable. La tendencia a la manipulación, según el cuestionario, era también un rasgo de las personalidades psicopáticas. Hasta que supiera de manera concluyente quién estaba manipulando a quién, tal vez le conviniera olvidarse de marcar más casillas.

—Cuando uno se pone muchas reglas, es importante dejar algo de margen para las excepciones. Nada de esto son matemáticas. Cuanto antes lo comprendas, antes comenzarán a mejorar las cosas. Te lo garantizo.

Nora se lo quedó mirando igual que una actriz novata miraría a un director de escena que le hubiera transmitido una información de especial relevancia para interpretar su papel.

—¿Podrías apagar eso? —dijo luego en referencia al reloj de pared situado tras el escritorio—. Me estalla la cabeza con tanto ruido.

El tictac era, en realidad, muy bajo. Que un movimiento de agujas tan anecdótico le molestara tanto como para causarle dolor indicaba de manera muy clara que sufría algún tipo de hipersensibilidad a los estímulos sonoros. Ese síntoma estaba ligado de forma muy estrecha a los trastornos del espectro autista, pero también era un fenómeno bastante común en sujetos sometidos a situaciones de alta intensidad emocional. No suponía una tarea nada fácil, ni siquiera para un experto, saber en qué categoría encajaba Nora, pues, si bien lo primero parecía más probable que lo segundo, podía ocurrir asimismo que todo le afectara más de lo que dejaba entrever y que, en consecuencia, su mundo interior estuviera sometido a una presión mucho mayor de la apreciable desde fuera.

—Lo lamento —dijo Dante tras desactivar el reloj—, no pensaba que pudiera importunarte.

—Nadie lo piensa nunca. —La chica compuso una mueca enigmática—. Cuando se trata de mis reglas, raramente alguien deja margen para excepciones.

—¿Te sigues aburriendo? —cambió de tercio el psicólogo, quien no deseaba entrar en más confrontaciones con ella.

—Sí —repuso Nora con aspereza—, aunque tal vez podrías ayudarme a estarlo un poco menos en los cinco minutos que nos quedan.

—Solo dime cómo y lo intentaré.

—Contándome por qué todo esto está tan abandonado, quizás. —Pasó el dedo sobre el cabecero polvoriento del diván, tal y como él mismo había hecho antes con el brazo de la butaca—. No da la impresión de que hayas tenido muchos clientes últimamente.

—Te lo diré con una condición —propuso Dante viendo la oportunidad de sonsacarle algo a ella también.

—¿Cuál?

—Que contestarás con sinceridad a mi próxima pregunta.

—De acuerdo.

Dante reacomodó el espinazo sobre el respaldo del asiento. El calor, junto al sofoco que toda aquella conversación empezaba a provocarle, lo obligó a desabrochar el botón superior de la camisa para facilitar la transpiración.

—Dejé de pasar consulta porque no pude evitar que uno de mis pacientes se suicidara. Lo hizo aquí mismo, en el cuarto de baño. Todavía hay manchas en el suelo.

—¿Y eso en qué te atañe a ti? Sanguino siempre dice que cada uno es responsable de sus propias decisiones.

—Y está en lo cierto —asintió avergonzado el terapeuta—. Deberías empezar a pensar un poco más por ti misma, pero está en lo cierto. El problema es que no le dejé demasiadas opciones —prosiguió sobreponiéndose a su embarazo inicial, pues, aun con todas las fricciones anteriores, seguía encontrándose inexplicablemente a gusto con ella—. Uno cree, como psicólogo, que es fácil leer los pensamientos de la gente. Vemos unos síntomas, los enmarcamos en unas categorías y llegamos a unas conclusiones que, por lo general, no nos tomamos la molestia de personalizar según las características particulares de cada cuadro. —Se le nubló el humor tan solo por recordar—. La persona de la que te he hablado, Sandro Landaluce, parecía un simple caso de trastorno de ansiedad: alguien un tanto neurótico, con leves tendencias depresivas, una base ciclotímica y cierta necesidad de atención. Ese día, sin embargo, se levantó para ir al baño y me demostró con mis propias cuchillas de afeitar que todavía me

quedaba mucho por aprender. Desde entonces, prefiero centrarme en mis libros y artículos, aunque imagino que tu socia y tú habríais seguido adelante...

Dante inclinó la cabeza hacia el suelo con desazón y notó que el dolor de su espalda se había intensificado sensiblemente tras revelarles aquel secreto.

—Puede que yo tampoco sea como piensas —dijo Nora.

—¿Y cómo pienso que eres?

—Una psicópata sin corazón —respondió sin atreverse a elevar demasiado la voz—; una desalmada que sonrío frente a las desgracias ajenas...

Llevado por la contrición que se vislumbraba en sus palabras, Dante alzó poco a poco la cabeza y se sintió en la necesidad de consolarla.

—Si fueras una psicópata sin corazón como aseguras, no te importaría lo que yo pensara acerca de ti.

—Tal vez tenga otros motivos para que me importe lo que pienses de mí —apuntó Nora, arrinconando temporalmente sus reticencias—. Tal vez, después de todo, haya llegado la hora de que empecemos a confiar de verdad el uno en el otro.

La observación cogió al terapeuta tan a contrapelo que no se le ocurrió de qué manera debía interpretarla.

—Te queda menos de un minuto para formularme tu misteriosa pregunta —lo apremió Nora, un tanto hastiada por la deriva de la conversación, aunque no por ello arrepentida de haberla conducido hasta ese punto.

—Es un poco privada...

—No importa. Adelante.

—Me produce mucha curiosidad tu forma de ver el mundo... Mi pregunta es: ¿alguna vez has sentido algo por alguien?

—¿Te refieres a amor?

—Sí. Me refiero a amor.

—No —respondió de forma tan rápida como expeditiva—. Nunca.

—¿Ni siquiera en tu adolescencia?

Nora lo meditó más que en otras ocasiones, pero, al final, volvió a negar con la cabeza. Su entrevistador, sintiéndose imbécil por haber abierto aquella puerta, comprendió que había pecado de optimista. Esa chica era la misma a la que solo dos días antes había tenido que enseñarle cómo se despedían dos personas adultas; la misma, por más que le pesara o que hubiera suspendido todas sus actividades con objeto de psicoanalizarla, que le había comprado unas flores para reconciliarse con él sin reparar en que las convenciones hacían de aquel regalo algo muy extravagante; la misma Nora Sarafyan, en resumen, que solo un auténtico idiota se empecinaría en ver como una válvula de escape a todos sus problemas.

—¿Crees...? —No se dio por vencido ni siquiera así— ¿Crees que eso podría llegar a cambiar algún día?

El móvil de la chica comenzó a vibrar justo entonces, marcando con ello el final de la sesión.

—Quizás. Si te parece, podemos hablarlo la próxima semana.

—La próxima semana no estaré por aquí. —Dante apenas logró enmascarar su decepción—. Mi hijo se va de acampada con unos amigos y yo aprovecharé para retirarme a la casa de la playa a escribir. Tengo que entregar el borrador de mi próximo libro antes de finales de mes.

—¿Casa de la playa?

—No es gran cosa, pero está bien situada, hay bastante tranquilidad y el entorno ayuda a concentrarse. Si quieres... —dijo dudando de la conveniencia de lo que se encontraba a punto de proponerle—, si quieres, puedes acompañarme un par de días. La gente olvidaría lo de la presa. Tal vez te sienta bien.

—Odio la playa.

—Comprendo. —Dante enrojeció. Para esconder su apuro, comenzó a recoger todos sus papeles—. No pasa nada.

—Pero quizás eso sea otra de mis disonancias cognitivas... —Nora sacó su cuaderno, lo abrió por la página correspondiente al día anterior y se lo mostró señalando la frase escrita de su propio puño y letra—. «Cuando alguien te hace un regalo, no debes ponerle pegatas». Lo he anotado, como dijiste.

El psicólogo se puso en pie con formalidad y le brindó la mano para ayudarla a levantarse.

—En ese caso —dijo desplegando una sonrisa de satisfacción—, llévate ese bicho y ve haciendo la maleta. Pasaré a recogerte mañana por la tarde.

XVIII

Cuando todavía tenía abierta la consulta y necesitaba que algún paciente se destensara, Dante Riesco solía recomendarle que cerrara los ojos, evocara algún momento de su vida en el que hubiera sido particularmente feliz y se concentrara en recrear el episodio en su cabeza, de la manera más minuciosa posible, para así volver a reconectar con ese instante, con las sensaciones asociadas a él y con la urgencia de volver a experimentar algo similar.

La mayoría de las personas no se fijaban en eventos demasiado obvios o grandilocuentes, sino en pequeñas escenas, a menudo percibidas como algo poco inusual o incluso rutinario, que, con el paso del tiempo, habían acabado por revelarse como mucho más importantes que todo cuanto, *a priori*, parecía serlo. Desde el punto de vista práctico, esto comportaba que sus pacientes muy pocas veces escogían memorias como el día en el que habían aprobado una oposición, obtenido un ascenso o pasado por el altar, sino más bien lances de carácter fugaz y, en apariencia, no tan trascendentes, como podían ser los recuerdos de un viaje en tren vistos desde la ventanilla salpicada de lluvia de un vagón, la imagen de un leño ardiente bajo el cielo estrellado durante una acampada con amigos o el eco de unas palabras cariñosas pronunciadas al oído por alguien especial poco interesado en pasar a la posteridad por ello.

Aquel relámpago de placidez frente a la cala de arenisca marrón, mientras contemplaba desde la cubierta del yate cómo Nora se abría paso a brazadas entre la masa de agua color turquesa, tenía muchas posibilidades de convertirse en una de esas memorias. La idea lo hizo pensar en sus libros y en las tres claves para alcanzar la serenidad de espíritu que con frecuencia mencionaba en ellos: priorizar la vivencia del presente frente a la tiranía del pasado o la ansiedad por el futuro, focalizar la atención sobre lo positivo y agradecer siempre el mero hecho de poder respirar. La acertada gestión de este tridente conceptual podía tener efectos muy beneficiosos sobre una persona en la medida en que no se dejara sabotear por sus propias emociones, y, aunque Dante ya no confiaba tanto

en sí mismo como antaño, lo cierto era que, cada vez que veía a Nora mostrarse más humana, tanto la preocupación por el pasado —el pesar por la muerte de su hermano, los sinsabores fruto de sus malas decisiones, la culpabilidad desencadenada por Sandro Landaluce— como la inquietud por el futuro —el miedo a que su relación con Aarón nunca llegara a arreglarse, la incertidumbre relacionada con su propia carrera, la sombra siempre amenazante de Natalia— comenzaban a disolverse igual que la oscuridad de la noche al rayar el alba, iluminadas por la satisfacción de saberse al fin en el camino correcto. Muy pocas veces en su carrera Dante había cosechado unos resultados tan espectaculares en un plazo tan corto. Ahora solo quedaba afianzarlos, exprimiendo al máximo el potencial de las tres ces, para que ese camino se cerrara detrás de sí y todo empezara a serpentear por paisajes emocionales menos amargos.

Una salpicadura de agua salada le alcanzó el rostro procedente de estribor cuando más abstraído estaba en sus reflexiones. Nora Sarafyan, aferrada al costado del barco, lo miraba con expresión risueña bajo el sol declinante de la tarde. Sus cabellos mojados rielaban al contacto con la luz y ennoblecían la belleza ovalada de sus facciones. Lo poco que se veía de su cuerpo llamaba la atención por su palidez, pero esa falta de tono, lejos de restarle atractivo, confería a su torso de curvas finas y esmeradas un aspecto, a ratos irreal, a ratos demasiado definido, que rubricaba su condición de anomalía.

—¿Pero qué haces? —Dante se limpió el agua de la cara con el dorso de la mano—. ¿Estás loca? —Posó el ordenador que utilizaba para revisar sus textos sobre la teca sintética de cubierta y se quitó las gafas de sol. Un suave aire comenzó a soplar a lo largo de la cala mientras la sonrisa de Nora se le congelaba en mitad del rostro.

—Lo siento... Creía que...

Antes de que pudiera explicarse, Dante rompió a reír.

—Me encanta cuando te lo tomas todo tan en serio. —Se acercó hasta el borde de la embarcación en actitud desenfadada—. Es muy tierno.

—No entiendo. —La seriedad parecía haberse instalado en Nora pese a que Dante solo se divertía a su costa—. ¿Estás molesto?

El divulgador enarcó las cejas al tiempo que emitía un resoplido travieso.

—¿A ti que te parece? —preguntó con sorna.

—Me parece que bromeas —repuso ella tras un dilatado silencio—, pero también puede ser que estés molesto. Necesitaría mi cuaderno para corroborarlo. —Lanzó un suspiro de desconsuelo—. Mejor será que te deje solo...

—No —ordenó Dante categórico.

—¿No? —preguntó la chica, que se encontraba cada vez más desnortada.

—Quédate —aclaró el psicólogo, estirando luego el brazo izquierdo hacia ella para ayudarla a subir a la embarcación—. Aquí arriba se está muy bien.

—Sigo sin entender —balbuceó Nora recelosa—. ¿Estás molesto o no?

Dante mantuvo el brazo tendido en su dirección mientras tanteaba con el otro sobre la cubierta del yate en busca del bloc. Una vez que se hubo hecho con él, lo agitó con burla.

—Tendrás que venir aquí para saberlo.

Nora se quedó paralizada en el agua por un breve lapso de tiempo, como deliberando de qué modo interpretar todo aquello. Al rato, se aferró a la muñeca de Dante y, tras amagar con dejarse izar hasta lo alto de la lancha, tiró enérgicamente hacia atrás y arrastró al psicólogo al mar, donde se zambulló por la fuerza de manera un tanto aparatosa, emergiendo del fondo al cabo de unos segundos.

—¿Pero qué te pasa? ¿Estás loca?

La chica, que flotaba a su lado con la misma calma pétrea que de costumbre, escrutó su rostro por casi medio minuto. No había en sus ojos más que distancia, escuetas pinceladas de claridad que contrastaban con la negrura de sus pupilas y una ausencia muy lúgubre de viveza. Al ver cómo de pronto se abalanzaba sobre él, agarrándolo por el cuello con la intención de volver a hundirlo en el agua, Dante sintió un estremecimiento.

—¡No! ¡Para!

Dante forcejeó para evitar que lo ahogara, pero todos sus intentos por oponer resistencia fueron estériles. Solo cuando volvió a sumergirse, impulsado por las manos de Nora, esta dejó de hacer presión y le permitió salir a flote. En la cara de la chica, ahora sí, había estallado un gesto propio de alguien convencional. En concreto, una amplia doblez sonriente.

—¿En serio? —Dante se dio cuenta con alivio de que le había tomado el pelo—. Tenía entendido que ni te gustaba la playa ni te gustaban las bromas...

—Siempre hay un margen para las excepciones —Nora nadó hasta él, extendiendo aquella sonrisa imprevista todavía un poco más—: tú me lo enseñaste.

—Me alegro de que lo hayas entendido —titubeó el psicólogo, turbado por sus avances—, de veras.

—Dijiste también que, cuanto antes lo comprendiera, antes empezarían a mejorar las cosas. Confío en que no hayas cambiado de opinión...

Nora redujo la escasa distancia que entonces los separaba y Dante tragó saliva. La proximidad de la chica, cuyo aliento tibio y reposado prácticamente podía paladear y cuya piel nívea brillaba bajo la claridad solar como una luna llena enardecida por el anhelo, le hizo percibir una necesidad muy intensa de

dinamitar los últimos centímetros que aún mediaban entre ellos. Si, en lugar de actuar como debía, continuaba adelante, si se dejaba impeler por lo que fuera que aquella mujer despertaba en él, su profesionalidad saltaría por los aires junto con todo lo demás, pues lo único peor que sucumbir al encaprichamiento a la hora de tratar a una paciente era que la paciente objeto de aquel deseo fuera casi veinte años más joven.

—No lo he hecho —dijo Dante de todas formas—. No he cambiado de opinión...

Y, mientras las luces de la ciudad comenzaban a encenderse una tras otra en la lejanía como un mosaico de teselas multicolores, ambos se dejaron llevar por el ahora —lo único que existía, lo único que debía importarles— y aprobaron con un beso trémulo, acariciados por la corriente de la bahía, el ingreso de aquel acercamiento final en sus respectivos directorios de recuerdos inolvidables.

XIX

La habitación olía a incienso quemado, sudor y perfume de gama media. A través del cristal manchado de suciedad de la ventana, se filtraba la luz desahuciada del crepúsculo, cuyo manto rojizo descendía sobre el horizonte de la capital a un ritmo lento pero implacable. Evelyn Solo, en sincronía con ese mismo ritmo, masajeaba los músculos de la espalda de Ángela practicando sobre su piel reseca y flácida una serie de movimientos de compresión destinados a aliviar las contracturas de su sistema lumbar.

—¿Mejor? —preguntó mientras tamborileaba con los dedos sobre ambos costados para poner fin al servicio.

La exconvicta, medio adormilada a causa de la relajación, respondió con un ronroneo y un somero asentimiento.

—Perfecto —añadió su acompañante alargando el brazo hacia la mesilla—. Ahora no te muevas.

—¿Otra vez? —se quejó Ángela intuyendo lo que se disponía a hacer—. Acabas de meterte una...

Evelyn hizo caso omiso del comentario, formó otra raya sobre el hueco de su espalda y se encorvó para consumirla con una inhalación ansiosa. Acto seguido, deslizó el dedo sobre los restos hasta formar una capa de polvo blanco alrededor de la yema y la esparció sobre sus propios labios.

—Y tú lo harás también. Sabes deliciosa hoy... —Obligó a Ángela a girarse y le agarró las muñecas para volver a inmovilizarla. Luego inclinó la cara hacia ella en busca de su boca.

—No. —Ángela evitó entrar en contacto con sus mucosas impregnadas de droga—. Ahora no.

—¿Cómo que no? —protestó juguetona Evelyn—. Yo también necesito distraerme un poco... —Volvió a intentarlo, sin éxito—. Tanto examen empieza a pasarme factura.

—Por favor, no.

La chica la soltó, se echó a un lado y relamió sus propios labios con la lengua.

—¿Se puede saber qué te pasa? Creía que esto te gustaba...

—Y me gusta —alegó Ángela—. No tiene nada que ver contigo.

—¿Te has cansado? ¿Es eso?

—No, claro que no.

—¿Entonces con qué tiene que ver?, ¿con ese hombre del otro día?

—Evelyn, por Dios, ¿tú también? No me gustan los hombres.

La joven apoyó el cuerpo sobre la almohada y recogió su cabello en una coleta. Los bruñidos tatuajes de su torso se tensaron mientras lo hacía.

—Ya, claro.

—De todas formas, ¿a ti que más te da? Te recuerdo que sigues cobrándome por todo esto —objetó Ángela señalando un par de billetes sobre la mesilla.

—¿Prefieres que les cobre a otros? —replicó Evelyn enfadada—, porque yo no, la verdad.

—Sabes que no es eso lo que quiero decir.

—¿Y qué quieres decir?

Ángela exhaló un suspiro vencido. Al percatarse de que Evelyn la miraba fijamente, se apresuró a cubrirse con la sábana, como siempre que se sentía demasiado expuesta. Lo que en verdad quería decir era que tampoco tenía claro si la relación que mantenía con ella era real, una impostura incluida en el precio o pura conveniencia, pero, si se lo hacía saber y sus temores estaban infundados, se arriesgaba a que la cosa no acabara bien para ninguna de ellas, así que, consciente de que ya tenía problemas de sobra sin crearse otros nuevos, prefirió sortear el tema.

—No sé qué me pasa —reconoció—. Tengo miedo... —Dos lágrimas asomaron por sus ojos—. Tengo mucho miedo. Siento no poder..., bueno, ya sabes...

El contacto del líquido con los tejidos muertos de su globo derecho acentuaba la desolación de su mirada. Evelyn la rodeó con los brazos de modo muy comprensivo.

—Ven aquí —sonrió—. No te preocupes por eso ahora. Ya tendremos tiempo.

—El tiempo es algo que también me preocupa. Siempre lo ha hecho.

—Tienes mucho tiempo todavía. —Evelyn ensortijó el índice en el mechón cano de su flequillo, cuyas puntas estaban estragadas por la falta de cuidado, y le besó la sien—. Deberías dejar de obsesionarte con él y empezar a aprovecharlo mejor. Últimamente le das demasiadas vueltas a las cosas.

Perdida entre sus extremidades grandes, fuertes y morenas, Ángela se sintió en parte muy reconfortada y en parte muy avergonzada por haberse mostrado tan frágil y vulnerable. Ambas sensaciones convergieron en un impulso indómito

por preguntarle si estaría dispuesta a dejarlo todo para irse con ella al sudeste asiático y montar allí, junto a la playa, algún negocio que les permitiera vivir de manera más tranquila y acomodada, un chiringuito, un puesto de alquiler de material acuático, una pequeña casa de huéspedes, lo que fuera. La posibilidad de un rechazo, además de la convicción de que aquello no era ni realista ni pertinente, la persuadieron de no dejarse llevar por sus emociones.

—Es por Nora —dijo en su defecto, pues, desde que el psicólogo había ido a recogerla, una gran ansiedad se había adueñado de todo su cuerpo.

—¿Nora? ¿Qué tiene que ver Nora con todo esto?

—Tiene que ver que está muy rara últimamente. No sé muy bien qué le pasa por la cabeza. Y eso no es bueno.

—Te equivocas: tu amiga no está rara —comentó de forma incisiva la joven—. Es rara.

—Cierto —Ángela se enjugó las lágrimas y esbozó una sonrisa—. Lo que me inquieta, aunque resulte paradójico, es que poco a poco está dejando de serlo. —Realizó una pausa ensimismada—. Pasa tantas horas con ese hombre que ya no sé qué pensar.

—Cuando dices «ese hombre», ¿a quién te refieres exactamente?

—Ya sabes a quién.

Evelyn retiró los brazos y adoptó una postura más rígida de lo normal. Su cara traslucía una desconfianza incipiente.

—Tal y como te expresas, parece como si le tuvieras envidia por ello. Ahora soy yo la que empieza a preocuparse...

—Te hacía más segura. —Ángela no daba crédito a que aquella chica, que siempre había encarnado a sus ojos la personificación de todo lo que ella no era y, por consiguiente, estaba condenada cada día a disimular, se hubiera vuelto de pronto alguien así de susceptible. El descubrimiento se le antojaba tan alucinante que hasta la hacía dudar si no estaría fingiendo para, de ese modo, hacerla sentir mejor—. Dante Riesco es un hombre atractivo, sí, pero sigue siendo un hombre. No necesito radicalizarme para preferir a las mujeres —dejó escapar un resuello y le acarició la mejilla—, y yo, desde luego, te prefiero a ti. Puedes estar tranquila.

—Nunca me has contado qué pasó exactamente con tu padre —dijo Evelyn transcurrido un tiempo prudencial—. Ni tampoco con ese policía...

—Hay cosas de las que es mejor no hablar —afirmó Ángela mientras un escalofrío le recorría el espinazo—, aunque te aseguro que, si lo hiciéramos, todas tus dudas desaparecerían de golpe. Hombres como mi padre o como ese maldito poli —la mera mención de ambos le puso la carne de gallina— se bastan

por sí solos para restarle todo posible interés a un género, créeme. No hay infierno suficientemente profundo en ningún libro para ellos.

—De acuerdo —evitó la chica seguir indagando en aquel tema—. ¿Qué podemos hacer entonces para que desaparezcan tus dudas?

Ángela se vio sorprendida por su propia incapacidad para contestar. Solo transcurrido un largo momento de introspección logró encontrar algo que decir.

—No hay nada que podamos hacer —sentenció con derrotismo—. Eso le compete solo a Nora. Es imposible saber a ciencia cierta lo que le pasa por la cabeza.

—Nadie la conoce mejor que tú. Quizás te ayudaría no olvidarlo.

—Ese hombre se dedica profesionalmente a tratar a gente rara. Si consiguiera ingeniárselas para conectar con ella de alguna forma, lo que dices podría cambiar —se lamentó Ángela—. Todo, de hecho, podría cambiar en un abrir y cerrar de ojos si llegara a surgir algo entre ellos —terminó chasqueando los dedos.

Evelyn volvió a ceñirla entre los brazos. Esta vez, con un mayor grado de ternura.

—El amor es algo bonito —dijo como avergonzada por expresarse de aquel modo—. O, al menos, debería serlo. En lugar de agobiarte tanto, tendrías que alegrarte por ella.

—Es bonito —Ángela se refugió en su cuerpo, ávida de afecto—, pero, si lo que sea que está ocurriendo entre ellos al final se vuelve algo serio, si ese hombre logra tener algún efecto positivo sobre Nora y ella deja de ser como es, nuestro negocio podría desaparecer; y Sanguino y Sarafyan, Evelyn, es mi único colchón para bien o para mal, mi única manera de sobrevivir de una forma lícita. No puedo permitir que nadie hunda la empresa por mucho que eso me haga sufrir, no hasta reunir dinero suficiente para... —Se detuvo en seco, presintiendo que estaba a punto de cometer un desacierto.

—¿Para?

—Para garantizarme un futuro —vadeó de nuevo el tema—. Suena egoísta, lo sé, pero... —se le entorpeció el discurso—, sencillamente, no creo que sea justo.

—Se supone que, de todas maneras, su problema le impediría enamorarse aunque así lo quisiera, ¿no? —preguntó Evelyn.

Ángela escondió la cabeza en su regazo hasta casi desaparecer en él. Estaba tan poco acostumbrada a recibir muestras de cariño que, para una vez que alguien se las daba en un clima de relativa confianza, solo podía disfrutar de ello y olvidar todo lo demás.

—Eso sería lo más normal —concluyó al tiempo que la noche comenzaba a derramarse sobre los edificios del casco histórico—. Con una persona como

Nora, lamentablemente, la normalidad no suele ser más que un señuelo, así que mejor no dar nada por sentado...

INTERLUDIO II

Considerando que había apretado el gatillo a muy escasa distancia del objetivo, la falta de precisión del disparo era inaudita. El asfixiante calor, las prisas, la humedad, el zumbido de las moscas y el sudor que le recubría las palmas de las manos y dificultaba la correcta sujeción del arma estaban detrás de aquel clamoroso fallo, pero, incluso habiéndole temblado el pulso, Sam parecía haber acertado en el blanco, con lo que no tendría que volver a abrir fuego y arriesgarse así a atraer demasiado la atención.

El cuerpo del perro yacía a sus pies con una herida de bala atravesándole la parte alta del torso, justo en el nacimiento de uno de sus tumores. Toda la vitalidad que había manifestado en los momentos previos al estallido se le había coagulado en una expresión asfixiada del mismo modo en que la sangre salida de su pecho comenzaba a hacerlo en un charco de consistencia viscosa sobre el suelo del vertedero. Lo único que quedaba por hacer era guardar la pistola, desembarazarse del cadáver y regresar a la ciudad antes de que alguien pudiera acercarse por la zona.

Con un raudo movimiento de su mano derecha, Sam encajó el arma en el hueco entre su cinturón y la parte baja de la espalda, bajo la camiseta de algodón negro, donde apenas se percibía su presencia. A continuación, cogió el cadáver del animal por el pellejo y, después de perder unos cuantos segundos decidiendo qué hacer con él, lo arrojó al interior de un viejo bidón oxidado. La cohorte de insectos se lanzó de inmediato en pos de su fuente de alimento, pero Sam la ahuyentó golpeando el metal con el pie y evitó que volviera cubriendo el recipiente con un tablero atravesado por clavos. Mientras se limpiaba las manos contra el vaquero, se dio cuenta de algo que había pasado por alto hasta entonces: sus zapatillas deportivas, compradas a través de internet la semana anterior, estaban salpicadas de motas rojas en la punta y el empeine.

—¡Mierda! —farfulló—. Lo que faltaba...

Aquellas manchas suponían un contratiempo por varias razones: en primer lugar, porque podían delatar lo que había hecho si tenía la mala fortuna de que alguien reparara en ellas; en segundo lugar, porque eran bastante asquerosas, además de un foco de posibles infecciones; y en tercer lugar, y más importante, porque obligaba a tener que encontrar una forma de limpiarlas en un momento en el que no le apetecía demasiado tener que hacerlo. A pocos metros, halló un viejo trozo de tela enredado en unos alambres, con el que trató de eliminarlas. Las salpicaduras se negaban sin embargo a desaparecer, por lo que, o encontraba rápido una forma de librarse de ellas, o corría el riesgo de que la hemoglobina se instalara en el cuero hasta que regresara a casa y pudiera meter el calzado en la lavadora. Sam recordó entonces que, durante el trayecto hacia el lugar, había visto un pequeño lavadero de piedra. Si se daba prisa en llegar hasta allí y frotaba bien, era posible que no todo estuviera perdido todavía, de modo que eso hizo.

Minutos más tarde, presa de un ligero mareo por causa del cansancio y las elevadas temperaturas, alcanzó su destino. Al tomar asiento sobre el borde del lavadero para quitarse las zapatillas, descubrió con crispación que el recorrido a través del barro reseco y polvoriento había añadido una capa extra de suciedad a sus deportivas. Si adentrarse en la parte rural del país no le gustaba demasiado era precisamente por ese tipo de cosas: nunca podía tenerse la certidumbre de que la naturaleza estuviera ahí para ayudar. El hecho de que la pileta contuviera muy poca agua con motivo de la interminable sequía era un claro ejemplo, junto al bochorno y los insectos, de ese antagonismo. Sam sumergió la suela de las zapatillas en el pilón y arrojó con la mano varias oleadas de agua sobre el cuero hasta borrar gran parte de la suciedad acumulada sobre él. Una vez que consiguió reducirla, se quitó uno de los calcetines, lo empapó a conciencia y utilizó la tela humedecida para restregar la sangre.

—¡Twinkie! —escuchó una voz atiplada desde la carretera—. ¡Twinkie! ¿Dónde estás? ¡Ven!

Una niña de no más de diez años, a la que enseguida identificó como la hija del hombre que le había entregado la caja con el animal, caminaba abatida por el arcén llamando a voces a su mascota y se aproximó hasta el lavadero para preguntarle.

—¿Ha visto usted a un perro? Su nombre es Twinkie; color canela, pequeñito —detalló con angustia—. Ha desaparecido y está muy enfermo.

Sam se cercioró de que las manchas habían salido y retiró las zapatillas del lavadero. La niña observaba todas sus acciones con una mezcla de agotamiento y esperanza. Su rostro pecoso, de carrillos sonrosados y ojos grandes muy claros, era la viva imagen de la inocencia.

—No —mintió Sam en tono firme y seguro mientras procedía a calzarse—. No he visto nada, lo siento.

—Gracias de todas formas —dijo escorando la mirada con decepción—. Si lo viera, por favor, ayúdelo a volver a casa... Vivo un poco más arriba, junto a la parada del tranvía. —Se volvió hacia la carretera y señaló hacia lo alto de la loma—. ¿Lo hará?

—Sí, claro. —Sam sonrió desde el lavadero—. Twinkie, ¿verdad? —La chiquilla asintió—. Si me cruzo con él, serás la primera en saberlo.

La niña agitó la cabeza, un poco más contenta que antes, y prosiguió su camino carretera abajo. En el fondo del lavadero, el agua mostraba un color entre cobrizo y azafranado debido al barro y la sangre en ella disueltos. Sam ladeó el cuerpo, arrojó el calcetín sucio a unas zarzas cercanas y se dispuso a retornar a la ciudad. Cuando introdujo la mano en el bolsillo para coger su móvil, buscando reproducir algún otro episodio de *Vida integral*, comprobó con horror que el terminal no se encontraba allí.

Aquello entrañaba un nuevo inconveniente, pero al menos podía recordar con bastante seguridad haberlo dejado encima del microondas desvencijado tras hablar con Setién en el vertedero y, dado lo poco concurrido que estaba el lugar, dudaba que alguien pudiera habérselo robado. No servía de mucho lamentarse por el descuido, de ahí que se calzara corriendo, se limpiara el sudor de la frente con la muñeca y enfilara otra vez la vereda que conducía hacia el basurero.

El teléfono continuaba, en efecto, sobre el electrodoméstico, solo que un poco más caliente. Sam lo guardó en el bolsillo, no sin antes constatar que Setién había llamado varias veces, y giró sobre sus pasos para regresar por donde había venido. Estaba ya a punto de colocarse los cascos cuando un débil gimoteo llegó de repente a sus tímpanos. El ruido hizo que se detuviera para verificar que había escuchado bien. Un segundo gimoteo, en este caso más identificable, despuntó de nuevo a sus espaldas.

—No puede ser... —dijo mientras se acercaba con incredulidad al bidón, de donde surgió un tercer gemido, para retirar el tablero que había colocado sobre él—. ¿Twinkie?

El agonizante animal, apenas visible dentro del hueco, alzó la mirada hacia el exterior. Seguidamente, emitió algo similar a un ladrido y su rabo fino y peludo, como un apéndice de esperanza al margen de toda probabilidad, comenzó a chapotear con alegría sobre su propia sangre.



TERCERA PARTE

EL RÍO



XX

El silencio era total. Solo de vez en cuando, como si la propia enseñada se hubiera quedado dormida e irradiara un hálito perezoso a través de la ventana, el zumbido del viento acariciaba la quietud reinante en el dormitorio. Ni siquiera la respiración de Nora, apenas audible en mitad de la noche, fluía con excesiva sonoridad. Por lo demás, todo en la casa rezumaba tanta paz que hasta parecía irreal.

Dante se recostó sobre la almohada tras contemplar el cuerpo semidesnudo de la chica durante casi un cuarto de hora y sus labios formaron una línea complacida. Sí, tal vez había arriesgado mucho llegando tan lejos con una paciente tan joven, pero el resultado había merecido la pena y aquella persona gélida e inclemente a la que había conocido en el hospital comenzaba a diluirse en la bruma del pasado, a la vista del cambio que había experimentado gracias a su insistencia, con la misma celeridad serena con la que empezaban a desdibujarse dentro de él todos los sentimientos malsanos que hasta entonces lo habían acompañado. Incluso el dolor de espalda, las ganas de fumar o las sospechas acerca del accidente de su hermano —leído el contundente informe policial sobre el siniestro, no le quedaban demasiados argumentos para enrocarse en seguir pensando cosas raras— habían dejado de conllevar una molestia. Sus métodos volvían a funcionar; sus miedos, a replegarse por la progresiva humanización de Nora; y su confianza en la gente y en el mundo, a pesar de cuanto había sucedido, ganaban espacio frente al desencanto y la desilusión.

O el escenario experimentaba un giro muy drástico de última hora, algo que sería bastante extraño, o ya podía decir, sin temor a equivocarse, que, además de haber contribuido de manera decisiva a la mejoría de Nora, esta había contribuido con la misma rotundidad, en contrapartida, a rescatarlo a él de las sombras. Solo por ello, con independencia de lo ocurrido junto al yate y más tarde en aquel mismo dormitorio, le debía su respeto y su agradecimiento. En lo relativo a la mente, las cosas no eran nunca tan sencillas como parecían. Aquella

máxima seguía teniéndola muy presente, pero, por primera vez en muchos años, por primera vez desde que Sandro Landaluce se había cortado las venas en la consulta, la posibilidad de que en el fondo sí lo fueran, de que bastara con oponer cierta resistencia a un fenómeno para empujarlo en sentido contrario, de acuerdo con las leyes más básicas de la acción y reacción, lo hacían pensar en que la complejidad de sus circunstancias quizás no respondiera a un principio universal. Si esa no era la magia que pocos días antes había dado por perdida, si no justificaba todas las cuestionables decisiones que había tomado hasta ese instante, entonces nada podría serlo.

La sensación que lo invadía, además de por el agrado, se caracterizaba por la perplejidad; una perplejidad grata y reconfortante, como la que podría sentir alguien destrozado por la muerte de un ser querido tras presenciar de improviso su resurrección, o alguien que hubiera dado por perdida su mayor oportunidad de alcanzar la plenitud al volver hacia atrás en el tiempo y encontrarse de nuevo frente a ella.

Había algo de milagroso, de suceso fuera de toda lógica, en el modo en que Nora había logrado sobreponerse a la reciedumbre de sus maneras y a la desafección de sus palabras para dotarlas también de vida, y ese regusto a triunfo, ese requiebro impensado e impensable en el guion de los acontecimientos, le hacía concluir que todo, por fin, demostraba tener un sentido más allá del mero capricho.

Nora se despertó de pronto lanzando un grito aterrorizado, y todo aquel sosiego se astilló como el cristal de un espejo que hubiera recibido el impacto de un puño. Su frente estaba perlada por una capa de sudor frío; sus ojos se habían tensado dentro de las órbitas por el aturdimiento producto de la transición entre los sueños y la realidad; y su flujo respiratorio había devenido un manajo de jadeos.

—¿Nora? —preguntó sobresaltado también Dante—. ¿Te encuentras bien?

Ella tardó todavía unos segundos en reubicarse. Cuando al fin lo hizo, algo menos agitada, cerró los ojos, profirió un suspiro y trató de orquestar una sonrisa mientras se reclinaba de nuevo sobre la almohada.

—Lo siento —se disculpó temblorosa—. A veces me ocurre.

—¿Pesadillas?

Nora cabeceó con turbación y los mimbres de su sonrisa amenazaron con desenredarse.

—No las puedo controlar. Aparecen en el momento más insospechado.

A Dante le sorprendió escuchar aquella información, pues padecer terrores nocturnos no concordaba demasiado con su perfil.

—Es raro. Se te veía relajada.

—¿Estabas despierto?

El psicólogo se sonrojó mientras asentía. *A priori*, debía admitirlo, hacer ese tipo de cosas era más propio de una personalidad obsesiva o desequilibrada que de un terapeuta serio.

—Espero que no te moleste —se excusó—. No podía dormir.

—¿Por qué iba a molestarme? Es halagador. Y supongo que también normal, ¿no?

Dante escogió no responder. En su lugar, se recostó sobre la almohada y observó a la chica con un punto de arrobo.

—¿Quieres que hablemos de ello? —preguntó en tono estudiadamente liviano—, ¿de tus pesadillas?

—Diría que no tanto como tú —repuso ella sin llegar a sonar del todo irónica—, ¿qué quieres saber?

—Si no te apetece hablar, no hace falta que...

—Puedo hacerlo —lo interrumpió—. Aunque quizás no sea lo más adecuado.

—¿Por qué?

—Porque tú también podrías tener pesadillas. —Nora se acurrucó a su lado, impertérrita—. Soy una asesina, no lo olvides.

El silencio indefinido de la madrugada regresó a la habitación para imponer de nuevo su criterio. A través de la ventana, el resplandor de la claridad lunar cincelaba en la penumbra los rostros de ambos confidentes con un fino halo de plata.

—Ángela dice que no te inmutaste —apuntó Dante—, que por eso te encerraron.

—Y es cierto. No me inmuté —dijo Nora con total impasibilidad. Su franqueza estremecía por la absoluta ausencia de contrición en sus palabras. Dante se lo pensó dos veces antes de comentar nada.

—Tengo que preguntártelo...

—Lo hice por un motivo —se le adelantó la chica, quien parecía haberle leído el pensamiento—. La leyenda es falsa —dijo con desinterés, como si en realidad no estuviera hablando de ella misma, sino de otra persona—. No soy una psicópata sin corazón —agregó, ahora sí, algo más involucrada—, ya te lo he dicho.

El terapeuta volvió a vacilar. Había llegado tan lejos, así y todo, que una retirada carecía ya de razón de ser. Más aún teniendo en cuenta que Nora no explicitaba ningún signo de encontrarse muy incómoda con aquella charla. O no tanto como él.

—Me resulta bastante difícil dar con un motivo que justifique un crimen tan atroz —se atrevió a opinar—. Eran tus padres.

—Lo sé.

—¿No piensas a veces...? Es decir, ¿no te sientes...?

—¿Arrepentida? —completó Nora la frase—. No.

Dante notó que la boca del estómago se le estrechaba. La confianza que había depositado en Nora desde que la muchacha había comenzado a abrirse se encogió también arrastrada por ese mismo espasmo. ¿Era posible que hubiera cantado victoria demasiado pronto?

—Pero lo que hiciste no estuvo bien... —Sucumbió a ambas emociones, quizás pensando de manera inconsciente, y un tanto siniestra, en Aarón y en él mismo— No es de recibo que un hijo mate a sus padres...

Nora dibujó una mueca entre triste y socarrona. El gesto, que tampoco en esta ocasión se distinguía por su solidez, apenas era apreciable al otro lado de la cortina de oscuridad.

—Lo mismo dijeron todos los psicólogos que me obligaron a visitar a raíz de ello. —Nora rompió a llorar de súbito—. Nadie fue más allá —logró añadir entre sollozos—: demasiado comprometido, demasiado peligroso. —Dante nunca antes había atisbado en su inflexión una carga emocional tan atribulada—. Convertirme a mí en el peligro, en la responsable única, era la forma más fácil y más rápida de solucionar la papeleta sin deshonorar la memoria de los muertos...

—¿Tus padres...?

Nora agachó la cabeza, triste a la par que resentida.

—Sin motivo, sin ningún motivo —dijo mientras las lágrimas avanzaban por su piel desafiando toda expectativa—. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar?

La interpelación golpeó al especialista con la dureza de una bofetada. Si todo lo que la chica acababa de insinuar era cierto —y Nora Sarafyan solo mentía por trabajo—, acababa de quedar como un auténtico destripaterrones de la práctica psicológica delante de ella. Las cosas de la mente volvían a ser algo tan complejo como siempre. Su única opción de reconducir el diálogo y ahorrarse el rubor de no haber visto venir nada, igual que con Sandro Landaluce, pasaba por empezar a trascender sus preconcepciones a fin de analizarlo todo con una perspectiva menos sesgada. El descubrimiento de una de las fotografías de Natalia sobre la mesilla de noche le proporcionó justo la salida que necesitaba.

—Mi exmujer también hizo cosas cuestionables sin un motivo para ello —no tuvo reparos en confiarle, aun siendo la primera vez que hablaba del tema con nadie fuera de su entorno—, cosas verdaderamente cuestionables... La diferencia es que yo no la maté, solo busqué otro modo de..., bueno, de abordar el problema, aunque reconozco que la idea se me pasó por la cabeza alguna vez.

—En ese caso, no eres mucho mejor que yo —dijo Nora enjugándose las lágrimas.

—Quizás no —admitió Dante—, pero puede que sí un poco más civilizado.

—Acabas de decir que pensaste en matarla.

—Y lo mantengo.

—¿Entonces?

—No es lo mismo pensar algo que llevarlo a cabo. Una cosa es lo que ocurra en tu cabeza y otra muy distinta que sea tu cabeza la que dicte qué ocurre fuera de ella. Se llama contención. Es necesaria cierta contención para la vida en sociedad. Tal vez debas apuntarlo.

—¿Y qué hay de la coherencia? ¿No se supone que es bueno ser coherente?

El psicólogo tuvo que efectuar una pausa antes de contestarle. No quería mostrarse demasiado duro o poco comprensivo, así que trató de revestir su alocución de un barniz de serenidad.

—No siempre —objetó—. Si todos fuéramos tan coherentes como tú planteas, las relaciones sociales serían un auténtico infierno. Ya te he explicado que no se trata de matemáticas. Hay que saber ponderar cada situación en su justa medida —continuó con un deje de paternalismo antes de detenerse otra vez para recapitular—. La idea de verla morir no me disgustaba, e incluso fantaseaba con encargarme yo mismo de ello, así es, pero la imaginación, la fantasía, están precisamente para no tener que dar ese salto, para compensar los desequilibrios de la vida real... Tu coherencia, Nora, es justo eso: saber dónde trazar la frontera entre los pensamientos y las fantasías.

—¿Y qué distingue a esa coherencia del miedo? —demandó la chica una explicación, confusa—. ¿Rehuir lo que en realidad queremos hacer no es más cobardía que fantasía?

—Aunque parezca contradictorio, la mayor parte de las veces resulta más cobarde dejarse llevar por el deseo que lo contrario —clarificó Dante, cuyas dificultades para capear las cuestiones que Nora le planteaba no deslucían su satisfacción por que hubiera progresado tanto como para ponerlas sobre la mesa—. El valor, en ciertos contextos, puede ser más una condena que una virtud. Pocas veces lo visceral, impulsivo e inmediato conduce a nada bueno. Lo que tú llamas cobardía, en cambio, permite pensar mejor las cosas y recapacitar. Puede que eso sea lo único que me diferencia de ti. Si esa diferencia es algo bueno o malo, no está en mi mano dictaminarlo.

Nora cogió la fotografía de la mesilla y examinó el retrato con puntilliosidad.

—¿Es ella?

—Sí —respondió Dante—. En esa imagen se diría que no ha roto un plato, pero te aseguro que no es como parece.

—La gente pocas veces lo es. Al menos eso dice siempre Sanguino.

—¿Y tú? —Dante le quitó el marco de las manos para depositarlo de nuevo en su lugar—. ¿Qué dice Nora Sarafyan?

—No entiendo.

—¿Qué piensas tú sobre ello, al margen de lo que pueda pensar tu socia?

La chica calló por un rato. Luego, en un instintivo ademán de aprecio, acercó la mano a Dante e hizo resbalar los dedos con melosidad sobre su pecho.

—Pienso que he tenido suerte de conocerte —musitó—, y que estoy aprendiendo mucho junto a ti... Gracias.

Nora se arrimó para darle un beso en los labios, Dante no esperaba una reacción así. El contacto con su carne suave y mojada le hizo sentir una gran excitación. Hacía tanto tiempo que no intimaba de un modo tan genuino con una persona que no fuera Natalia —y de la última vez que había intimado con su exmujer habían pasado bastantes meses— que sentía como si algo en su interior estuviera a punto de estallar.

—No, Nora. —El ansia lo obligó a lanzarse sobre su cuerpo, temiendo que pudiera escapársele, para besarla también—. Gracias a ti. Muchas gracias...

Ambos comenzaban a entrelazar de nuevo sus extremidades, aguijoneados por el afán de volver a explorarse, cuando un ruido hueco, con origen en el piso de abajo, los obligó a suspender todo movimiento.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó alarmado Dante—. ¿Lo has oído?

—Puede que haya sido el aire. Ven aquí.

Nora, restándole importancia, atrajo la cabeza del divulgador con las manos para juntar otra vez los labios con los suyos, pero el ruido volvió a hacerse perceptible a los pocos segundos.

—Eso no es el aire —sostuvo Dante en voz baja—. Hay alguien en la entrada...

La chica se escabulló de la cama con una pasmosa ausencia de temor.

—Aguarda aquí —dijo poniéndose algo de ropa—, yo me encargo. —Cogió uno de los palos de golf almacenados junto al armario—. Vuelvo enseguida.

—Nora, no... —el terapeuta trató de disuadirla, más asustado por lo que pudiera llegar a hacer con aquel instrumento en las manos que por el virtual allanamiento de morada—. Es peligroso.

—No lo es —dijo mientras regresaba hasta él para acariciarle los cabellos como a un animal de compañía—. Sé lo que me hago.

La valentía con la que salió del cuarto y encaró la oscuridad del exterior hizo que Dante, por contraste, se sintiera muy pequeño. Nora era una mujer joven y de complexión no demasiado fuerte. Lo lógico, aunque a las manifestantes que anegaban las calles de la capital les resultara una actitud machista propia de mentalidades cavernarias, era que él, y no ella, bajara al piso inferior para ver

qué demonios estaba ocurriendo allí. Los antecedentes de Nora y su falta de soltura a la hora de diferenciar lo correcto de lo incorrecto, por mucho que hubiera cambiado, constituían otro argumento de entidad para avalar aquella creencia. ¿Por qué entonces le había permitido tomar la iniciativa? ¿Y por qué, si tanto lo intranquilizaba su conducta, no hacía algo por evitar que siguiera adelante?

—Nora, por favor —la llamó desde el umbral en voz muy baja, casi sorda—. No cometas una locura.

Ella colocó el dedo índice sobre los labios para indicarle que guardara silencio y comenzó a descender por las escaleras con el palo de golf sujeto entre las manos. Dante se odió a sí mismo mientras la veía desaparecer en dirección a la planta baja por el modo tan embarazoso en que sus propios comentarios acerca del valor acababan de ponerlo en evidencia en un plazo de tiempo tan corto.

—Nora. —Avanzó hasta la balaustrada poco a poco— Nora, ¿estás bien?

El enmudecimiento y la negrura se conjuraron para opacar con su vacío toda posible contestación.

—¿Nora? —insistió bajando un par de peldaños, los justos como para asomarse entre los pilares del pasamanos y tratar de escuchar algo—. ¿Me oyes?

Tampoco obtuvo respuesta. Aquello era, por un lado, lo normal, ya que no se había atrevido a elevar demasiado el volumen, pero, por otro, no podía dejar de pensar que algo terrible había sucedido.

—¿Nora?

La luz se encendió sin previo aviso un poco más abajo. Dante, con el corazón al borde del colapso y la voluntad asaeteada por los nervios, se quedó en mitad de la escalera decidiendo si debía subir o bajar.

—¿Te apetece algo? —escuchó entonces la voz mansa y despreocupada de Nora desde el comedor—. Creo que tenemos visita...

XXI

El cuadro no podía ser más violento para todos los implicados. Por suerte, la nocturnidad y alevosía con la que los jóvenes habían desembarcado en la vivienda jugaban en contra de sus posibilidades de defensa y le proporcionaban a Dante, tanto desde el punto moral como dialéctico, una considerable ventaja con respecto a ellos. El terapeuta concentró su atención, de forma severa y acusatoria, sobre el rostro cuajado de hartazgo, aunque no por ello libre de bochorno, de Aarón.

—Veamos si lo he entendido bien... No solo no has ido a esa acampada de la que me hablaste el otro día, y para la que te he dado un montón de florines, sino que, además, te has gastado todo ese dinero en alcohol —señaló las bolsas de plástico repletas de botellas sobre las baldosas de la cocina— y pretendías pegarte la gran juerga a mi costa, en mi propia casa, junto a... —observó con el rabillo del ojo y cierto desprecio a su acompañante, una muchacha de apariencia árabe que no sabía dónde meterse— lo que se suponga que sea esta chica...

—Se llama Nadia —replicó el joven pese a su escaso margen de maniobra—. Y no es solo una *chica*: es mi novia.

—Tu novia, ¿eh? —Dante se manoseó el mentón, indignado—. ¿Y cómo es que nunca me la has presentado si es tan novia como dices?

—Tú tampoco me has presentado a la tuya..., y ya es la segunda vez que nos cruzamos. —Aarón lanzó a Nora una mirada reprobatoria. Ella, apartada de la discusión en una esquina como si nada de aquello la incumbiera, prefiriera mantenerse a un lado o simplemente le diera lo mismo, se servía un vaso de zumo con displicencia—. ¿Por qué tendría que hacerlo yo?

—¡Porque yo no soy tu hijo! —perdió Dante los estribos, acercándose hacia el chico en una postura de claras hechuras intimidatorias—. Tú sí lo eres. ¡Y tu obligación es respetarme!

—No me dijiste que estarías aquí... —Aarón se volcó en disimular frente a Nadia que la virulenta reacción de su padre lo había amedrentado—. ¿Cómo iba

yo a saber que...? ¡Joder! —exclamó ofuscado—, tampoco es para ponerse así...

—¿Ah, no? —se enervó Dante todavía más—. ¿Y cómo debería ponerme, entonces? ¡Eres menor de edad! No puedes hacer lo que se te antoje mientras estés bajo mi tutela, y, si lo haces, debes tener al menos la... —se dio cuenta a tiempo de que el vocablo que iba a pronunciar, *coherencia*, no era el más adecuado tras la conversación que había mantenido con Nora en el dormitorio, y lo cambió *in extremis* por otro—, el valor de atenerse a lo que pueda pasar.

—A mi edad tú también tenías novia —protestó el chico, tratando de no dejarse avasallar—. Mamá me lo ha dicho.

—¿Mamá?! —La alusión a Natalia azuzó de nuevo la paciencia de Dante—. ¿Acaso has ido a visitar sin mi consentimiento?

El muchacho flaqueó. Ni siquiera el miedo a quedar como un idiota delante de su supuesta novia le valió de mucho para intentar recomponerse y acometer un contrataque.

—Aarón está en lo cierto —acudió la tal Nadia en su rescate—. No hemos hecho nada tan malo. Solo queríamos divertirnos un poco.

—Conque divertiros, ¿eh? —Dante la sojuzgó desdeñoso—. ¿Y habéis pensado en las consecuencias que podría tener vuestra diversión? —preguntó dominado por la rabia—. Porque tú también tendrás padres, ¿verdad?

—Vivo... —titubeó atemorizada la chica—, vivo con mi tía.

—¿Y sabe tu tía lo que estás haciendo? —la increpó el psicólogo igualmente—. ¿Sabe que podrías quedarte embarazada en cualquier momento y tirar tu vida por la borda para siempre?

—¡Papá!

—¡Silencio! ¡He hecho una pregunta!

—En mi país, quedarse embarazada no es tan terrible... —se arriesgó la chica a decir—; es lo natural.

—Pues, si tan abiertos de mente son en tu país, quizás deberías volver allí y permitir que sea otro, y no Aarón, quien te deje embarazada —rebatía Dante, incapaz de mantener su malhumor bajo control pese a que sabía que estaba empezando a propasarse—. ¡Y nada justifica todo ese alcohol! ¡Sois solo unos críos, carajo!

—Papá, por favor, me avergüenzas...

A pocos segundos de que la discusión alcanzara su punto de mayor conflictividad y convirtiera el encuentro en un duelo de consecuencias fatídicas, el chico perdió el habla. Sus ojos, en lugar de apuntar a su padre, se dirigían perplejos hacia el otro lado de la estancia, donde Nora había dejado caer su bata al suelo, quedándose completamente desnuda frente a los muchachos, para a

continuación caminar hasta la mampara de cristal que comunicaba con el exterior, abrirla en calma y correr a toda velocidad hacia la playa.

—Supongo que tú también habrás visto eso. —Aarón se debatía entre exteriorizar su incredulidad, enfadarse, reír, maravillarse o ignorar lo que acababa de suceder—. ¿De dónde la has sacado?

La ocurrencia de Nora tomó a Dante tan por sorpresa que, cuando en su cara comenzó a pergeñarse una sonrisa involuntaria, toda la gravedad de su expresión se resquebrajó arrollada por ese simple gesto. Nora llegó hasta la orilla del mar y se zambulló en el agua con un chapoteo, para emerger luego expulsando una serpentina de líquido por la boca.

—¡Vamos!, ¿a qué esperáis? ¡Está estupenda!

Padre e hijo se quedaron clavados junto a Nadia mientras buscaban algún modo de adaptarse a la nueva situación sin que les pasara factura a ojos del otro. Ante la certeza de que aquello tal vez le ofrecía una oportunidad de oro para rebajar la tirantez del momento, y quizás reconectar de algún modo con el chico, el divulgador decidió actuar en consecuencia.

—No... —dijo Aarón al ver cómo su padre comenzaba también a desnudarse—, ¿en serio?

—Ya vale de discutir. —Dante arrojó su camiseta a los pies del joven y salió a la playa detrás de Nora—. ¡Venga! —instó a los adolescentes a emularlo con un aspaviento cómplice—. ¡Seguidme!

A la mañana siguiente, mientras repasaba en la terraza lo vivido la noche previa, Dante Riesco no podía creer que aquello hubiera sucedido de verdad. La sensación que lo acompañaba después de haberse metido en el agua animado por Nora se asemejaba más a la de la resaca de algún sueño imposible que al sinsabor acre propio de los acontecimientos del mundo real.

Su invitada había logrado, entre aguadillas, risas y un talante afable y distendido que jamás habría esperado de ella en un contexto así, algo tan inimaginable veinticuatro horas antes como conseguir que Aarón aparcara las hostilidades y comenzara a comportarse de un modo menos tumultuoso. El chico y Nadia habían congeniado tan bien con Nora, una vez superadas sus reticencias iniciales, que los tres se habían quedado charlando hasta casi el amanecer. El conocimiento enciclopédico que la joven parecía atesorar sobre videojuegos, así como su edad, habían sido claves en esa sintonía, pero el cambio no se debía en exclusiva a ello: bien porque había recapacitado, o bien porque había dado lo mejor de sí para poner en práctica todas las lecciones recopiladas en su bloc, Nora se había comportado durante el encuentro como una persona extrovertida, carismática y espontánea para quien aquel tipo de situaciones no tenían ningún secreto.

La fluidez y llaneza de su nuevo rol, en contraste con los rasgos mucho más inhábiles y cortantes de su personalidad original, deslumbraban por su alto poder de convicción. Era tanto así que incluso daba algo de miedo. Dante se alegraba de ello y, aunque en el fondo le doliera no haber sido capaz él mismo —en principio, dotado de un temple mucho menos conflictivo que el de su paciente— de obrar el milagro con anterioridad, no podía dejar de pensar que, desde la llegada de Nora a su vida, todo en su existencia había dado un claro vuelco para mejor.

La brisa fresca de la mañana, el sol, el cielo profundamente azul y la precisión casi alquímica con la que las aguas traducían sus matices en un desfile de refulgencias al contacto con las primeras luces del alba redondeaban de un modo tan apacible como el sabor del café aquella impresión de encontrarse a las puertas de una nueva época.

Solo el nudo de su estómago, todavía a medio deshacer, reincidía con terquedad en las inercias negativas del pasado.

—Buenos días. —Nora caminó hasta la terraza sosteniendo en las manos una bandeja con un amplio surtido de alimentos para el desayuno y la dejó sobre la mesa—. He pensado que tendrías hambre. Espero no haberme equivocado.

Dante se recreó en la contemplación de su rostro sonriente, con el mar, el arenal y el firmamento al fondo, y pensó que, incluso recién levantada y sin duchar, después de no haber dormido más que unas cuantas horas, seguía tan guapa como siempre.

—Estás demasiado perfecta estos días —bromeó mientras guardaba el archivo de texto en el que estaba trabajando y cerraba el portátil—. No sé muy bien qué pensar...

—Creía que era esto lo que buscabas: redimirme.

Nora cogió una manzana y comenzó a pelarla con delicadeza. El analista se hizo con un yogur natural, retiró la tapa con cuidado, le añadió unas cuantas pasas y nueces y revolvió el contenido con la cucharilla hasta obtener una pasta suave y cremosa.

—Yo nunca he dicho eso. Fuiste tú quien lo dijo, si recuerdas. Además, la perfección puede ser una patología tan grave como la imperfección. O incluso peor.

—Entonces, ¿debería dejar de hacer esto?

—No, por favor —rio el terapeuta—. Lo que deberías es simplemente trabajar un poco más tu capacidad para identificar cuándo alguien te toma el pelo. —Se metió la cuchara colmada de yogur en la boca—. El sarcasmo sigue siendo tu punto débil.

—No es tan fácil sin mi cuaderno —confesó para dar luego un mordisco a la fruta. Dante nunca la había visto comer con tantas ganas.

—¿Y dónde lo has metido?

—Lo he tirado —dijo señalando el contenedor de la basura—. Tu tenías razón: he de empezar a manejarme sin él.

—Me alegra oírlo. De veras. —Dante le acarició el pómulo derecho con afecto y paladeó una nueva cucharada—. ¿Por alguna razón en especial?

—Contención —proclamó Nora—. Ya te lo dije ayer: estoy aprendiendo mucho junto a ti. Gracias.

—Ese tipo de frases pierden fuerza si las repites demasiado, pero te lo agradezco.

—¿Ocurre algo?

—No, claro que no.

—Pareces estar preocupado.

—Bueno, un poco, la verdad.

—¿Acaso he hecho algo malo?

Dante apartó el yogur, se llevó el café a los labios y dio un sorbo al líquido oscuro y humeante. Una bandada de gaviotas, casi al compás de las volutas blancas salidas de la taza, sobrevoló la línea del horizonte dejando detrás de ella una estela de graznidos.

—En absoluto, pero la próxima vez que decidas desnudarte en la cocina quizás deberías avisarme. La mayoría de las personas no suelen hacer cosas como esa delante de otras a las que acaban de conocer, y si lo que queremos es que dejes de ser diferente...

—Solo quería acabar con esos gritos. —Nora entornó los ojos en señal de desconcierto y dio un segundo mordisco a la fruta—. No me gusta el ruido. Me pareció una buena forma de rebajar la tensión...

—Y la rebajaste —admitió Dante combando las cejas—, eso nadie podría negarlo, pero Aarón es mi hijo, soy yo quien debe ocuparse de él.

—Vaya, ¿perdón? —dijo Nora tras una larga pausa, un poco como si estuviera probando suerte.

—Estás perdonada. —Dante le cogió la muñeca cariñosamente—. Descuida. Solo quería que lo supieras para que comprendas cómo me siento. Una buena comunicación es importante de cara a evitar malentendidos.

Nora asintió y lo miró a los ojos con una combinación de curiosidad, inocencia y aturdimiento. Las olas del mar espumeaban a sus espaldas a un ritmo lento pero constante sobre la arena ondulada.

—¿Por qué tu hijo te guarda ese rencor, de todos modos?

Dante retiró la mano y masculló una risa nerviosa. Sabía que más tarde o más temprano Nora acabaría formulándole esa pregunta, pero que lo hiciera justo en ese instante, cuando todo parecía haberse encarrilado, le generaba un gran azoramiento.

—Su madre le ha lavado el cerebro —expuso tan pronto como logró organizar mínimamente sus ideas—. Siempre se ha llevado mucho mejor con ella que conmigo —lamentó con cierto fastidio—. Aarón la quiere tanto y confía tanto en lo que le dice que ha conseguido que termine creyéndose su versión de lo que ocurrió entre nosotros.

—¿Por eso no me lo cuentas a mí? ¿Por qué piensas que podría ponerme también de su parte?

—Tú nunca te pondrías de su parte... Lo que ella hizo, a diferencia de lo que Ángela o tú hayáis podido hacer, no tiene ninguna justificación.

—Más motivo para que me lo cuentes, ¿no crees?

—Está bien —accedió Dante—. En su versión, básicamente, yo soy un perverso manipulador que la ha apuñalado por la espalda para que la encerraran y así librarme de ella con facilidad.

—¿Apuñalado por la espalda?, ¿a qué te refieres?

—Hace varios años, cuando todavía era posible escribir acerca de ciertos temas sin que nadie se ofendiera y ella aún no se había convertido en una periodista famosa, Natalia redactó un ensayo, bajo pseudónimo, acerca de los flujos migratorios en Europa. En el libro, que pasó muy desapercibido en su lanzamiento, había algunos fragmentos que no hablaban demasiado bien del islam, pasajes que podrían considerarse delito de odio vistos desde la perspectiva actual, como el juez encargado del caso hizo constar en su sentencia... Ella vivía obsesionada con retirar todos los ejemplares de circulación para ahorrarse problemas, aunque nunca logró hacerlo. Su miedo a que alguien terminara descubriendo el secreto y sacándolo a la luz fue creciendo, así que, cuando el sumario llegó a los tribunales, me acusó de haber instigado a los denunciantes a querrellarse por animadversión personal.

—No comprendo, ¿por qué ibas tú a tenerle animadversión?

—Según lo que asegura, y Aarón lo repite cada dos por tres como si fuera un loro, porque yo no podía soportar que nos fuéramos a separar y ella tuviera todas las papeletas para quedarse con su custodia —reveló Dante solapando una sonrisa—. Conseguir que la denunciaran por lo del libro, desde su punto de vista, fue mi modo de evitar ese extremo y vengarme a la vez por ello. Imagino que por ese motivo toleró que mi propio hermano la defendiera en el juicio. —Al terapeuta se le retrajo la sonrisa de repente y torció el rostro con contrariedad—.

Fosco y yo, a raíz de que él aceptara representarla, tuvimos algún que otro encontronazo. Esa es más o menos toda la historia. ¿Qué te parece?

—Compleja —valoró la chica—. Compleja y triste, supongo...

Claro que aquella no era toda la historia. Dante, en su comedimiento, había preferido no aludir a la parte más delicada de todo aquel asunto, una parte que también concernía a su hermano y que ya había puesto en peligro su relación con él antes de todos aquellos sucesos. Era algo en lo que no le gustaba pensar y mucho menos tenía por costumbre introducir en sus conversaciones, pero, le agradara o no, Fosco compartía un material genético muy parecido al suyo y había tenido lugar. Que luego su hermano se hubiera arrepentido, sacrificando los sentimientos que albergaba por Natalia en aras del respeto por los lazos familiares aun a costa de que esta lo hubiera odiado por ello, era algo sin duda meritorio, pero no bastaba para facilitar la cicatrización de esas heridas. En particular cuando, sabiendo lo que Dante opinaba al respecto y con Natalia aceptando a regañadientes por causa de la animosidad que sentía por Fosco desde el fin de su aventura, se había obstinado en convertirse en su representante legal.

—¿Y Aarón se ha creído algo así? —preguntó Nora con ingenuidad al tiempo que utilizaba una servilleta de papel para limpiarse las manos.

Dante inclinó la cabeza y se acogió a una pausa meditabunda.

—Natalia miente muy bien —dijo algo más tarde—. Podría trabajar con vosotras sin ningún problema.

—Nosotras..., nosotras solo «catalizamos culpas» —finalizó la frase con ahogo—. Nunca le hemos hecho daño a nadie...

—Eso no es del todo cierto —precisó Dante en un arranque innecesario de crueldad—: a mí sí.

—¿Sigues guardándome rencor por aquello?

—Era mi hermano. No puedo olvidar tan rápido como querría, y menos si..., si sigues trabajando en ese negocio.

Nora enmudeció. La expresividad de su cara enseguida embarrancó en una emoción borrosa que la condujo a un estado de rigor expectante.

—Yo no sé mucho sobre la mente —dijo con un corrimiento de ceño cuando ese estado llegó a su fin—, pero tampoco necesito consultar mis notas para intuir que el rencor no es algo bueno. —Le dedicó una mirada mitad dulce, mitad entristecida—. Es lo que convierte a la gente en lo que tanto..., en lo que tanto pareces detestar...

—¡No! —exclamó mientras la tomaba una vez más de la mano temiendo haberla herido—. ¡No te detesto! Es solo que preferiría que trabajaras en otra cosa, nada más. Al contrario, yo... —Dante se armó de valor para proseguir. La

duda de si debía hacerlo o no lo llevó a plantearse la posibilidad de recular, pero, ya que había llegado hasta ese punto, ya que, por una vez en su vida, había conseguido hacer las cosas relativamente bien en lugar de meter la pata hasta el fondo como era habitual, no quería correr el riesgo de estropearlo todo solo por no ser capaz de enfrentarse a sus sentimientos de un modo maduro—. Yo te quiero... —reconoció finalmente.

Al escuchar aquellas tres palabras, Nora descompuso su rictus en un quiebro huidizo y retiró la mano de inmediato. Dante no sabía si aquello implicaba sorpresa, rechazo o disconformidad, pero, a juzgar por la prontitud con la que su ánimo se había oscurecido, era algo bastante obvio que no se trataba de un buen augurio.

—¿Qué ocurre? ¿Tú no...? —le costó al terapeuta formular la cuestión—, ¿tú no sientes lo mismo?

La chica, angustiada, desentumeció la columna vertebral y ajustó su cuerpo sobre la silla hasta situarlo en línea con el respaldo. Su lenguaje corporal no dejaba lugar a dudas: lo último que le apetecía era tener que responder a una cuestión como aquella. Ni siquiera, por lo que se deducía de su inquietud, daba la sensación de que deseara seguir allí sentada por mucho tiempo más.

—No vuelvas a preguntarme eso —dijo en un humor seco, rudo y autoritario que no se correspondía con el que había mantenido en las últimas horas.

—Pero...

—¡Nunca más! —Nora se puso en pie con violencia, haciendo saltar los platos y cubiertos sobre la mesa—. ¿Me has entendido?

Los gritos previnieron a Dante, quien, asustado y preocupado a partes iguales, no pudo más que asentir. A continuación, ambos se escudriñaron en silencio, a un lado y a otro de un muro de hostilidad, como dos pistoleros que estuvieran tratando de intimidarse mediante un exceso de aspereza y hieratismo. El sonido de las olas al avanzar sobre la arena fue lo único que pudo escucharse en la terraza durante todo ese intervalo, a excepción de sus propias respiraciones. El teléfono móvil de Nora vibró entonces sobre la mesa tras recibir una alerta. La chica lo recogió *ipso facto*, consultó la pantalla por unos segundos y, en cuanto hubo tecleado un mensaje de respuesta a quien fuera que acababa de ponerse en contacto con ella, lo guardó en el bolsillo.

—Disculpa —dijo oteando el *skyline* de la ciudad como si este la hubiera reclamado desde la desembocadura—. Tengo que volver.

XXII

Ni el silencio que rodeaba a Nora ni la impenetrabilidad distante de su expresión presagiaban nada bueno. Desde que habían subido al coche e iniciado el trayecto hacia la zona de viñedos no había abierto la boca o realizado movimientos significativos. Ambas cosas entraban en realidad dentro de la rutina, ya que la chica siempre había sido una persona parca en palabras con una comunicación no verbal muy limitada, pero esta vez su retraimiento se había acentuado de tal forma que ni ella misma daba la impresión de sentirse muy a gusto bajo su yugo, lo cual, sumado a que ni siquiera hubiera recurrido al móvil para echar una partida, como solía hacer en esos casos, y a que, por primera vez en meses, no llevara consigo ningún bloc de notas, sugería que algo fuera de lo normal había tenido lugar. El pánico a que formularle algún tipo de pregunta al respecto pudiera empeorar la situación o soliviantarla de alguna forma condujo a que Ángela no sacara el tema a relucir. Hasta que se asegurase de que Nora cumplía con el trabajo que tenían entre manos, era mejor, por más que la sensación de que todo había empezado a irse a pique le enfoscara el pensamiento, no alterarla más de la cuenta. Ya luego, si la naturaleza de la misión templaba sus ánimos, podría intentar averiguar algo de manera más relajada.

—Listo —anunció Ángela tras aparcar el coche a un lado del camino—. Hemos llegado.

Nora irguió la cabeza y echó un vistazo a su alrededor. Se hallaban a unos cinco kilómetros al este de la ciudad, en lo alto de una loma dedicada en exclusiva al cultivo vitivinícola. Aunque la mayoría de las cepas que habían visto durante el trayecto estaban destrozadas por el calor y la sequía, varios kilómetros de vides en sorprendente buen estado se extendían frente al coche, detrás de una alambrada de al menos cuatro metros de altura, hasta fundirse con la línea de mar. El terreno no solo ofrecía muestras muy claras de encontrarse mejor cuidado que el resto de plantaciones, sino que su superficie estaba

trabajada de forma más meticulosa, contaba con un sistema de irrigación mucho más moderno y la calidad del equipamiento apreciable al otro lado de las enormes vallas era muy superior al de las propiedades aledañas.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Nora—. No se ve a nadie por ningún sitio.

—Eso es porque no tendrás que hablar con nadie. —Ángela esbozó una sonrisa mientras se preparaba discretamente una dosis de cocaína—. El trabajo de hoy es especial. Lo de que siempre nos encargan lo mismo ya no será algo que podrás decir, te lo garantizo.

—Si no tengo que hablar con nadie, ¿qué tengo que hacer entonces?

—De momento, no tener tanta prisa. —Inhaló la droga con ansia pese a la vergüenza que le producía hacerlo frente a su socia, quien siempre observaba el proceso con el mismo gesto entre el asco, la pena y la apatía con que contemplaba a las parejas de enamorados desde su ventana o a los chimpancés que se despiojaban los unos a los otros en sus documentales—. ¡Bufff! —el placentero azote de la droga le hizo contraer los músculos del cuello—, es buena...

—Acabo de hacerte una pregunta. —Nora se volvió hacia ella, no supo si molesta, cansada, desafiante, o las tres cosas a la vez—. Agradecería que me la respondieras y dejaras de hacer eso. Es grimoso.

Ángela encajó la regañina con estoicismo, se limpió la nariz con la mano y reclinó el cuerpo contra el asiento hasta encontrar una postura más o menos cómoda. No era la primera vez que su socia le hablaba de aquella forma tan ruda, pero sí la primera que su discurso, lejos de suponer una derivación lógica de su forma de ser, denotaba de manera inequívoca la intención de pincharla. Aquello no se trataba solo de una novedad, era también, y por desgracia, otro síntoma de que algo iba mal. La sospecha de que Dante Riesco estuviera de alguna forma detrás de esa fluctuación le deparó un estremecimiento.

—De acuerdo —dijo volcándose en disimular su inquietud—. Nick Solanas, el tipo que nos ha contratado, odia al dueño de todo esto, otro empresario llamado Ringo Eszterhas, casi tanto como tú el aire acondicionado —bromeó a fin de relajar un poco el ambiente, sin demasiado éxito—. No me ha dicho el motivo exacto, pero tiene toda la pinta de que hay alguna que otra falda de por medio. Para lo que a nosotras nos atañe, da lo mismo. El tal Eszterhas, que es quien importa aquí, es uno de los pocos productores de vino *kosher* de la región. *Kosher*, por si te lo estás preguntando, significa «apto, adecuado» en hebreo. Para que una cosecha reciba esa etiqueta un rabino tiene que haberle otorgado antes su sello de aprobación. Y para que esto ocurra, antes debe garantizarse el cumplimiento de ciertas normas. Nadie que no sea judío, por ejemplo, puede manipular sus ingredientes en ninguna etapa del proceso o la añada pasa a

considerarse mancillada. Ni que decir tiene que eso implica perder la certificación, y aquí es justo donde entramos nosotras: Solanas quiere que nos colemos ahí dentro, *mancillemos* ese vino, hagamos unas cuantas fotos de ello para que quede constancia y pongamos en serios apuros económicos a la bodega de su enemigo. ¿Fácil, no?

—¿Y de qué manera quiere que lo mancillemos exactamente? —En el rostro de Nora relumbraron el recelo y la incredulidad.

Ángela abrió la guantera para sacar unas cizallas y una pequeña cámara de fotos.

—Eso va a ser mejor que te lo cuente dentro, aunque ya te avanzo que Solanas no es un tipo demasiado sutil...

El tono de llamada de un móvil resonó dentro del coche. Su melodía era idéntica a la del terminal de la propia Ángela, por lo que se llevó la mano al bolsillo para atenderlo. Al advertir que no era su teléfono el que emitía la alerta, sino el de Nora, el asombro fue máximo. En todo el tiempo que llevaba junto a ella, aquel cacharro jamás había recibido ninguna llamada a excepción de las que todos los meses realizaba Lisa Perrault, la agente de la condicional que ambas tenían en común y con quien ya habían hablado el día anterior. Su socia cogió el dispositivo, consultó la pantalla con una indiferencia no tan sólida como la que acostumbraba a mostrar y pulsó el icono de rechazar llamada.

—Mancillar unas viñas es algo que podrías hacer tú sola —gruñó disgustada—, no me necesitas para eso.

La actitud de Nora empezaba a dejar de ser un escollo puntual, sujeto a distintas interpretaciones sobre su origen, para evolucionar hacia algo más amenazador. Su compañera nunca había sido una persona al uso, ella lo sabía bien, pero, dentro de su carácter anómalo, había mostrado la mayor parte del tiempo una gran estabilidad emocional. Esa abrupta transformación de sus pautas de comportamiento subvertía de un modo muy alarmante la tónica, levantaba todo tipo de dudas acerca de su compromiso con la empresa e intensificaba con su incertidumbre la angustia que consumía a Ángela desde la irrupción de Dante Riesco en sus vidas.

La mañana del accidente del autobús escolar, antes de ayudar con los familiares de las víctimas, el terapeuta le había dicho que necesitaba comprender a Nora. ¿Acaso existía alguna posibilidad de que lo hubiera hecho?, ¿de que hubiera llegado a conocerla? Y, de ser eso cierto, ¿podría tal conocimiento haberle servido para causar un vuelco semejante en ella? Fuera cual fuera la respuesta, Ángela no podía acobardarse frente a la insurrección. Si quería arreglar las cosas con Nora, debía mantenerse firme y no permitir que sus palabras la irritaran. Cualquier otra alternativa que no fuera la serenidad

contribuiría únicamente a concederle más poder sobre la situación, y algo así, además de una molestia y un contratiempo, podría reportarle también un enorme coste personal.

—Te necesito en la misma medida en que tú me necesitas a mí —repuso en voz aquietada, aun no estando muy segura de lo que decía—. Así es como funcionan los equipos... A no ser, claro, que prefieras cancelarlo todo y perder el mejor trato que hemos cerrado este año. Hay de sobra para comprar todos los documentales, videojuegos y material de fotografía que te vengan en gana. Hasta para insonorizar tu cuarto, si quieres.

—Sigue siendo un encargo ridículo.

—No más que el resto. Todo lo que hemos hecho a lo largo de estos meses es ridículo de una forma u otra. El mundo en sí es bastante ridículo, Nora, siempre lo ha sido. ¿Has pensado en que quizás la que haya cambiado seas tú?

La chica miró por la ventana hacia la plantación. En el interior del vehículo, la temperatura aumentaba por momentos.

—Cambiar no es algo tan fácil. No lo es al menos para mí...

En vista de que su estrategia parecía estar dando resultado, Ángela sopesó sus palabras antes de contestar. Solo un proceder mesurado podía garantizarle un saldo final también positivo, de modo que sondeó a su mano derecha con precaución.

—¿Ha ocurrido algo que deba saber?

Nora permaneció callada, como meditando si debía sincerarse con ella, sin que su tímida tentativa de comunicación se tradujera en algo de mayor entidad.

—Sabes todo lo que tienes que saber. Tú aceptaste el trato en primer lugar —dijo mientras tiraba de la manilla de la puerta—. Acabemos con esto de una vez.

En los minutos siguientes, Ángela abrió un hueco en la alambrada y ambas recorrieron el terreno, escoltadas por un silencio abisal, hasta alcanzar la colina coronada por parras frente al rótulo con el logotipo de las bodegas. Ángela encendió entonces la cámara y le indicó a Nora que se situara junto a una de las cepas.

—Aquí está bien. Cuando quieras.

Su compañera se tomó un tiempo para desabrochar el cinturón de sus vaqueros. Al igual que nunca antes la había visto recibir una llamada, tampoco la había visto jamás mostrarse tan reticente a realizar un trabajo. Aquella reserva era en cierta medida comprensible, pues lo que estaban a punto de perpetrar tenía, en efecto, mucho de ridículo, pero el mero hecho de que experimentara sensaciones tan ajenas a su temperamento como el pudor o los remilgos resultaba también algo muy poco confortante.

—¿Me has oído? —la apremió Ángela, que acechaba a través del visor con su único ojo operacional—. Estoy lista.

Algo se movió entre las viñas. Nora retiró la mano del cinturón y se concentró en la fuente del ruido.

—¿Qué diablos? —protestó Ángela enojada.

Un podenco de color blanco y manchas negras, con el morro encogido en un visaje agresivo y la grupa elevada en posición de ataque, les mostraba los dientes desde detrás de una de las vides.

—La pistola —Ángela orientó la cabeza hacia su mochila, que había dejado a los pies de Nora poco antes y ya no le era posible recoger sin arriesgarse a sobreexcitar al perro—, en la bolsa.

El animal plantó las patas delanteras en tierra, encrespó el lomo hasta el límite de su elasticidad y lanzó un ladrido hosco que reverberó por todo el lugar. De acuerdo con Solanas, nadie se acercaba a la plantación durante el *sabbath*, pero, si aquel estúpido saco de pulgas seguía haciendo ruido, era posible que algún espontáneo, aunque fuera otro trabajador de los cultivos próximos, se diera cuenta de su presencia allí y terminara arruinándoles el plan. La posibilidad de que ambas pudieran acabar en comisaría por ello era sencillamente aterradora: o se deshacían del chucho lo antes posible o aquella incursión, en principio tan poco problemática, podía acabar metiéndolas en un buen lío.

—¿A que esperas? —dijo Ángela en cuanto vio que Nora se había hecho con el arma—. ¡Dispara!

—No puedo.

—¿Qué?

—Ya me has oído. No puedo.

El perro soltó otro ladrido. Ángela, alterada, trató de espantar al animal tirándole un racimo de uvas a la cabeza, aunque solo consiguió sublevarlo más. Si su socia no reaccionaba pronto, el podenco acabaría tomando la iniciativa por ella y perderían toda la ventaja.

—¡Por Dios santo! ¡Este no es el mejor momento para tener un ataque de conciencia! ¡Dispara de una vez!

Nora y el chucho intercambiaron una mirada reverencial. Los ojos de la joven no reflejaban ningún miedo, pero tampoco demasiada voluntad de obedecer.

—No —lo demostró insistiendo en su negativa—, no voy a hacerlo.

—¿A qué viene esa pose animalista ahora? —detonó Ángela con pesadez—. Es por Riesco, ¿verdad? —gritó—. Al final has dejado que se meta en tu cabeza...

—Cálmate. Estás volviendo a perder el control.

—¿Seguro que soy yo la que lo estoy perdiendo?

El perro agitó el cuerpo y volvió a ladrar. Los sonidos que proyectaba recrudescieron su volumen y su tosquedad.

—Es un animal —rezongó Nora—. Cada vez que chillas, lo pones más nervioso.

—¡A la mierda sus nervios! —Ángela advirtió demasiado tarde que, como Nora acababa de reprocharle, estaba perdiendo la compostura—. ¡Haz que se calle o lo haré yo misma! —Dio un paso hacia delante con la intención de hacerse con el arma, pero tuvo que retroceder cuando vio que el perro amagaba con echársele encima—. ¡Nunca debí permitir que fueras a esa playa con él!

—Dante no tiene nada que ver con esto. —Nora arrojó la pistola al suelo—. ¡Nada!

—¿Qué carajo estás haciendo? ¡Coge el arma!

—No necesito ningún arma. —Se acuclilló para agarrar en su lugar una piedra del tamaño de un puño—. ¿Quieres que lo mate? ¿Que sea quien tú quieres que sea?, ¿quien todos me habéis dicho que debo ser? —rugió—. ¡Pues adelante! —Se abalanzó sobre el animal para golpearle el cráneo por sorpresa—. ¡Esta es la persona que buscas! —Repitió la operación una y otra vez hasta reducir su cabeza a un sopicaldo viscoso—. ¡Esta es la persona que soy! ¡Tu brazo ejecutor! —Decenas de pedazos blanquirrojos salpicaban su piel—. ¿Contenta?

Ángela notó que la respiración se le entrecortaba. La cámara de fotos, asida entre sus manos como una extensión adormecida de su estupor, a punto estuvo de caérsele al suelo. Aquella parálisis no se debía tanto a lo que acababa de ver como a la conciencia fortuita de ser ella misma la responsable de tal arrebato de brutalidad. El perro molido a golpes dejaba poco espacio para matices sobre lo que allí había pasado: ni el trabajo que Sanguino y Sarafyan realizaba era como cualquier otro, ni ella la buena persona que aseguraba Evelyn. Fosco, Víctor, los fallecidos en la presa de Vega de Alcarfe, el podenco inocente y sus sesos desparramados por el suelo..., todos daban fe con su sangre de que Dante Riesco había acertado de lleno en la plaza del Triángulo al acusarla de soltar al escorpión junto al río. Y ahora que los efectos de la picadura habían hecho reventar la cruda realidad ante sus ojos como un globo de inmundicia, solo una ilusa podía seguir justificando aquello por una cuestión de supervivencia.

—Nora, yo... —trató de disculparse—. Esto no es...

El teléfono de la chica volvió a sonar. Ella rechazó la llamada una vez más, se bajó los pantalones antes de que Ángela pudiera articular una frase coherente, hizo lo mismo con su ropa interior y se agachó sobre el terreno con la mejor y más ortopédica de sus sonrisas instalada en el rostro.

—Haz esas malditas fotos —ordenó bruscamente mientras arrancaba unas hojas de la vid más cercana—. ¿Estoy bien así?

XXIII

Con el sol apretando en lo alto como apretaba, aquel no era el mejor momento de la jornada para ir en bicicleta a ningún sitio, sobre todo cuando las altas temperaturas habían comenzado a reblandecer el asfalto de las calles y el hedor del lodo acumulado a ambos lados del cauce del río, por donde cada día discurría menos agua, era ya tan denso que dificultaba el mero acto de tomar aire.

El ayuntamiento había recomendado a la población, mediante un bando extraordinario, salir de casa lo menos posible durante aquellas horas, pero las circunstancias eran las que eran e, independientemente de que el tiempo se hubiera vuelto loco en las últimas semanas —la decoración prenavideña así lo recordaba, no sin ironía, por todos los recodos de la ciudad—, Aarón no podía dejar que esa locura se apropiara también de él y le impidiera hacer lo que como hijo, siquiera por decoro, estaba obligado a hacer.

Era muy curioso cómo, a veces, uno deseaba algo con tanta fuerza que, cuando ese algo llegaba a producirse, acababa por hacerle cuestionar si era en verdad lo que quería. La llamada a su madre lo había ayudado por suerte a aclarar sus ideas, y, si bien al principio había creído que trataría de disuadirlo, el descubrimiento de que, en lugar de ello, lo hubiera animado a seguir adelante, incluso conminado a actuar de ese modo, había supuesto un gran alivio para sus desvelos.

Aquello no implicaba que Aarón hubiera olvidado todo lo que lo había llevado a desearle a su padre algo así: Dante Riesco seguía siendo un carca farsante, traicionero y desequilibrado, con múltiples tics racistas y una moral de dudosos cimientos, responsable del encierro de la persona a la que más quería, pero, según esta misma persona había tenido la honestidad de anotarle, seguía siendo también el responsable, junto a ella misma, de haberlo traído al mundo. El detalle distaba bastante de ser baladí y, además de insinuarle que le debía cierto respeto, ponía al chico en una situación muy quebradiza desde el punto de vista de los sentimientos.

Una cosa era, al margen de todo ello, que le debiera respeto, y otra muy distinta que dicho respeto pudiera resultar extrapolable al resto de su conducta o lo redimiera de alguna forma a sus ojos. El rencor, el desprecio, el odio y la sed de venganza continuaban tan vivos en su interior como antes de que lo hubiera sorprendido colándose junto a Nadia en la casa de la playa. Si había decidido hacer por él lo que estaba a punto de hacer por él, la razón tenía más que ver con la piedad y con las órdenes recibidas vía telefónica desde San Casimiro que con un súbito raptó de amor. Su madre le había prometido un final feliz con banda sonora de violines, una demostración práctica de que el mal no podía ganar, y Aarón estaba dispuesto a sacrificarlo todo, hasta su propio orgullo, porque ese desenlace llegara algún día a acaecer aunque no tuviera ni idea de cómo podía ayudar aquel viraje a ello.

Durante el trayecto hasta el lugar que su móvil marcaba como el domicilio de Nora, había comenzado a replantearse unas cuantas cosas sobre el tema, cosas que jamás se le habrían pasado por la cabeza en los días previos, como la posibilidad de haber tratado a su padre con demasiada acritud, de haberse equivocado al escribir frases especialmente hirientes —y, a menudo, no del todo ciertas— en su diario sabiendo de antemano que las leería, o de no haber estado muy acertado al provocarlo de manera gratuita para así reforzar su animadversión. También era justo reconocer que tendría que haber mostrado mayor tacto con él tras lo sucedido con su padrino, y quizás, incluso, haber reaccionado de manera menos visceral ante la noticia de que tenía un nuevo ligue —alguien, por otro lado, en absoluto merecedor de su antipatía—, de modo que, tal vez, le estaba reprochando haber sido un padre terrible cuando él tampoco había sido precisamente un hijo modélico.

La idea era tan agobiante que le daba hasta vértigo. Para evitar que rumiarla demasiado pudiera causarle un disgusto —y por disgusto no solo entendía un posible accidente, sino también un cambio de parecer motivado por la contrición—, aparcó el vehículo en el paseo marítimo y recorrió los últimos metros a pie. La dirección en la placa del portal del edificio se correspondía con la de la tarjeta guardada en su cartera. Aarón accedió al zaguán, subió por las escaleras mientras se recolocaba los cabellos, que se le habían quedado un poco apelmazados por el efecto de aplastamiento del casco, y pulsó el timbrador del piso donde supuestamente vivía la persona que había ido a buscar.

Una mujer pálida de complexión nervuda abrió la puerta al rato. Vestía una deshilachada camisa de asas y unos vaqueros prietos, y su rostro hinchado y ojeroso era el de alguien que no estaba pasando por su mejor momento. Su larga melena negra de textura desastrada, con un mechón de color ceniza a la altura del flequillo, redundaba en aquella sensación de abandono, y la especie de nube

blanca que aquejaba a su ojo izquierdo le ponía la puntilla con un añadido bastante grimoso de turbiedad.

—¿Sí? —preguntó algo adormilada. De la vivienda emanaba un aroma muy vago a incienso mezclado con sudor.

—Quería hablar con Nora.

La mujer alzó las cejas en una mueca de sorpresa.

—¿Nora? —repitió examinándolo de pies a cabeza—, ¿Nora Sarafyan?

—Sí —corroboró el chico—. Somos amigos. Necesito hablar con ella de algo importante.

—¿Amigos?

—No desde hace mucho, pero sí, amigos. ¿Está en casa? —insistió Aarón, que comenzaba a impacientarse.

La mujer echó mano de un paquete de tabaco que guardaba en el bolsillo y se encendió un cigarro.

—Me temo que no —informó con descreimiento al tiempo que le asestaba una calada—. Últimamente ya no para tanto por aquí como antes. —Su manera de hablar reflejaba una desilusión notoria—. Quizás la encuentres en el Blue Lizard, en el paseo marítimo. ¿Sabes dónde es?

Aarón estaba más que familiarizado con la ubicación de aquel local. No en vano, lo regentaba la tía de Nadia y ambos solían frecuentarlo los viernes por la tarde aprovechando que siempre los invitaba.

—Sí, lo sé. Iré hasta allí, entonces. Muchas gracias.

—Espera —dijo la mujer antes de que Aarón iniciara el camino de regreso hacia el portal—. ¿De verdad eres su amigo?

El chico no comprendía por qué aquello le parecía tan raro. Nora, a fin de cuentas, era una persona abierta, espontánea y dicharachera. El punto de locura que había demostrado en la playa, sumado a su inteligencia y a su gusto por los videojuegos, hacían de ella alguien ideal para conversar. Raro era, más bien, que hubiera acabado con su padre.

—Claro —sonrió—. ¿Quiere que le diga algo?

La mujer se quedó pensativa con el cigarro en la mano.

—No hace falta —dijo indolente—. Ya hablaré con ella cuando vuelva...

—De acuerdo. Cuídese —se despidió Aarón.

Desde la entrada del edificio hasta el Blue Lizard, en la otra punta de la ribera, habría unos quince minutos. El muchacho se aproximó hasta el lugar donde había aparcado la bicicleta, se hizo una selfi junto a la imagen de uno de los ardientes termómetros del paseo con la desembocadura al fondo para publicarla en sus redes sociales, montó en el vehículo y salió de nuevo al asfalto, rumbo al bar.

Los interrogantes que ahora bullían en su cabeza se centraban más en la mujer que le había abierto la puerta que en su padre, pero no por ello dejaban de despertar su suspicacia con idéntica comezón. ¿Qué hacía Nora compartiendo vivienda con alguien de una apariencia tan siniestra? Y, si ambas formaban un tándem laboral, conforme constaba en la placa de la entrada, ¿por qué se percibía de manera tan diáfana que no se llevaban demasiado bien? De hecho, ¿por qué le había costado tanto creer que Nora y él pudieran conocerse siendo bastante más insólito, como ya había dado en concluir, que una chica de la edad y características de Nora se hubiera interesado por él? Tal vez, si lograba encontrarla, podría sonsacarle algo al respecto. Claro que, ¿no debería también ponerla sobre aviso acerca de dónde se estaba metiendo?

El pensamiento contradecía de manera frontal la esencia de su misión, en especial habiéndose definido como su amigo. Lamentablemente, no le quedaban muchas más opciones, después de todo lo que había sucedido, que hacer una excepción. Su padre quizás fuera un charlatán, un engañabobos, un impresentable y un drogadicto, pero, del mismo modo que hasta un reloj averiado era capaz de dar correctamente la hora dos veces al día, también él escribía de vez en cuando frases interesantes en sus libros, y a Aarón, de entre estas, siempre le había agradado: «Cuando uno se pone muchas reglas, es importante dejar margen para las excepciones». A lo mejor había llegado el momento de considerarla.

El viejo vagón del bar se asomaba al estuario desde el filo del paseo. Su fuselaje metalizado, sobre el cual seguía pavoneándose la figura del reptil que le daba nombre, brillaba al contacto con la luz solar reflejada en su superficie. Aarón dejó la bicicleta amarrada a uno de los bolardos de la calle, se atusó el pelo una vez más y atravesó la puerta principal.

Mushira Mukhtar, con un pañuelo de Johnny Cash haciendo una peineta a modo de hiyab, no se percató de su presencia debido a que se encontraba enfrascada en la cocina preparando la comida de sus clientes, a su vez enfrascados en la retransmisión televisada del juicio a Ingrid Diz, cuya sentencia debía conocerse esa misma mañana y había desatado una gran expectación entre los habitantes de la ciudad. La única persona a la que todo aquello parecía traerle sin cuidado era la que ocupaba la mesa más alejada de la barra, junto al ventanal del fondo. Aarón caminó en silencio hasta el extremo del establecimiento y observó con curiosidad cómo la chica había construido una especie de circuito de causa-efecto a partir de un montón de palillos ensartados en las olivas y frutos secos que Mushira solía servir como aperitivo. Su ensimismamiento en la tarea era tal que solo se dio cuenta de que la estaba observando cuando un carraspeo deliberado por su parte la hizo volverse.

—¿Aarón? —Nora, con una sonrisa inconsistente en la cara, tardó más tiempo en reconocerlo del que a él le habría gustado—. ¿Qué estás haciendo aquí?

El recién llegado adivinó por el brillo romo de su mirada y la taciturnidad de sus gestos que algo había cambiado en ella desde la última vez que habían hablado. Con todo, no venía de recorrer media ciudad para que eso lo desmoralizara en el último momento, así que evitó dejarse llevar por el desánimo y fue directo al grano.

—Es sobre mi padre —dijo mientras varios abucheos de protesta estallaban a sus espaldas tras hacerse pública la decisión del juez—. Ha ocurrido algo terrible.

XXIV

Visto en retrospectiva, resultaba obvio concluir que solo había pasado lo que, en virtud de la causalidad matemática más estricta, tenía que pasar. Todos los factores estaban ahí desde hacía mucho tiempo para que cualquiera los sumara: sedentarismo, estrés, elevados niveles de colesterol y triglicéridos, dieta inadecuada, años y años fumando cigarrillos de manera compulsiva, hipertensión, sobreesfuerzo, emociones fuertes... Si el producto de aquella concomitancia no había cuajado antes en un resultado igual de fulminante, o si la gravedad del cuadro —irónicamente padecido durante una de sus carreras por el paseo marítimo, cuando había empezado a practicar ejercicio justo para prevenir problemas cardiovasculares— no había bastado para acabar con su vida, se debía solo a una cuestión de suerte.

Dante se sentía aliviado por ello, ya que el dolor había sido insoportable y su miedo a la muerte era también mucho mayor de lo que se desprendía de sus escritos, pero albergaba serias dudas acerca de si sobrevivir había sido lo mejor para su futuro. Haber logrado eludir el fatal desenlace suponía, además de una serie de cambios que casi con total seguridad eliminarían de su horizonte la mayor parte de los placeres propios de una existencia plena, como la buena comida, el buen vino o, por supuesto, los cigarrillos —incluidos los de marihuana—, tener que vivir atenazado por la angustia de si podía volver a sucederle lo mismo. ¿Merecía la pena tanto sacrificio? Tal y como las cosas habían discurrido hasta ese instante, se le hacía un poco cuesta arriba encontrar argumentos que justificaran una respuesta afirmativa. Su fachada de psicólogo curtido en mil batallas, con un dominio exhaustivo de los entresijos de la psique humana, era una auténtica farsa; su vida familiar, con un hijo que lo odiaba más de lo que él se odiaba a sí mismo y una exmujer encarcelada que tampoco le tenía demasiado cariño, una constante fuente de disgustos; y sus perspectivas de que todo aquello pudiera mejorar, habiendo perdido en el mismo año a sus padres, a su hermano, a Sandro Landaluce y a Nora Sarafyan, quien ni respondía

a sus llamadas ni parecía ya interesada en continuar a su lado, una quimera escurridiza sin demasiada razón de ser.

El vacío al que la chica había aludido en las dependencias del cuerpo de bomberos el día que Dante le había echado un cable con el accidente de autobús tenía que ser muy similar al que en esos momentos lastraba su debilitado corazón. Detestaba tener que reconocerlo, pero quizás aquello era justo lo que merecía por no haber sabido tratarla de la manera adecuada. Tanto en la consulta al prejuzgarla por su pasado sin conocer todos los detalles sobre el caso de sus padres, como posteriormente en la playa, cuando le había reprochado sus injerencias en la relación que mantenía con su hijo, había actuado de un modo demasiado duro con ella.

Además de eso, que ya de por sí justificaba que pudiera encontrarse molesta, le había mentado acerca de su historia con Natalia y había recurrido a técnicas harto cuestionables para ganarse su confianza. La cobardía que había demostrado durante la irrupción de los chicos en la casa, el paternalismo con el que solía tratarla y también algunas de sus chanzas respecto a sus limitaciones para manejar el sarcasmo no habían ayudado mucho a mantenerla a su lado, aunque, bien visto, ¿qué mayor sarcasmo que su propia decisión de volatilizarse? Todo era, al menos desde esa óptica deformada por el humor negro, una gigantesca broma de mal gusto.

Muchos datos seguían sin armonizar, muchas preguntas permanecían en el aire y muchas dudas se habían vuelto tan densas, tan tupidas, que ya no dejaban entrever ni un atisbo de la antigua magia. Cuanto más pensaba en ello, más le parecía que en Nora habitaban dos personalidades contradictorias en lugar de una sola, y, cuanto más trataba de conjugar en su cabeza aquellas dos vertientes opuestas de acuerdo con un patrón racional, más convencido estaba de que había fracasado en su intento de resolver el enigma.

Frente a esa intranquilidad, daba lo mismo que el cuarto donde se hallaba recluido desbordara ramos de flores enviados por sus lectores, amigos y compañeros de trabajo, que el equipo médico lo estuviera tratando con un mimo exquisito o que incluso *El Eco de Aldacia* hubiera tenido el detalle de adjuntar a la noticia que informaba acerca de su estado un par de líneas deseándole una pronta recuperación. Nada de aquello mitigaba su aflicción o lo impulsaba a entender mejor lo que había pasado. Y, mientras no lo hiciera, mientras no encontrara la forma de esclarecer si lo vivido junto a Nora había sido un mero espejismo, tampoco podría saber si la naturaleza había estado acertada al concederle otra oportunidad o si el milagro de que su corazón continuara latiendo solo había sido otra incoherente anomalía.

Un joven enfermero accedió a la estancia, interrumpiendo sus pensamientos, y diluyó el contenido de una ampolla de nitroglicerina en un pequeño recipiente que luego introdujo en la bomba de infusión.

—¿Todo en orden, señor Riesco? ¿Náuseas? ¿Vómitos? ¿Dolor de cabeza?

—Estoy bien, gracias —contestó Dante con un hilo de voz levemente afónico—. ¿Y Silvia? —no pudo evitar interesarse por la auxiliar que hasta entonces se había encargado de monitorizar su estado.

—Me temo que no la veremos por aquí hasta que eso se solucione. —El enfermero señaló a la pantalla del televisor, donde un especial informativo cubría las manifestaciones de protesta desencadenadas en la ciudad con la sentencia del caso Diz—. Ni a ella ni a al resto. Está usted en buenas manos, de cualquier modo. Algunos hombres todavía valemos para algo —bromeó el enfermero sonriéndole.

Dante quiso devolverle la sonrisa por pura cortesía, pero un dolor a la altura de la clavícula, al poco de contraer los músculos para ello, lo forzó a borrarla de inmediato.

—No se preocupe —dijo el auxiliar, que advirtió lo que había ocurrido—, esas molestias son normales en casos como el suyo. Se irán disipando poco a poco. Todo termina disipándose siempre... —sentenció con una amargura casi poética mirando de nuevo hacia el televisor—. ¿Dejo las noticias o cambio de canal?

—A ver si hay alguna película. Hace mucho que no veo nada de cine.

El enfermero obedeció y sintonizó el segundo canal de Radio Televisión Aldaciana, que, a diferencia del primero, solía incluir en su parrilla numerosas películas y documentales clásicos. En cuanto distinguió en pantalla los rostros de Farley Granger y Robert Walker conversando frente a frente en el interior de un vagón de ferrocarril, identificó el film como *Extraños en un tren*, uno de los largometrajes más famosos de Alfred Hitchcock, cuya filmografía, en contra del sentir general, nunca le había seducido demasiado.

—Listo. Si necesita algo más, utilice el pulsador. Lo veo en un rato.

El auxiliar procedió a retirarse. Dante se arrellanó sobre la almohada, vigilando de no moverse demasiado, y trató de atender solo al televisor para no seguir dándole vueltas a la cabeza. Comenzaba ya a quedarse dormido cuando la puerta del cuarto volvió a abrirse y vio que era su hijo quien ingresaba al habitáculo.

—¿Aarón? ¿Dónde has estado?

El chico rehusó contestar. Simplemente se echó a un lado, ceñudo, e hizo una seña con la cabeza a alguien que aguardaba en el exterior. El pulso de Dante se agitó comprometido tan pronto como vio que Nora lo acompañaba. La chica se

acercó hasta la cama con pasos pesarosos. Su semblante traslucía un desconsuelo palpable.

—Sigo pensando que el rencor no es algo bueno —dijo en un timbre próximo al llanto—. Te vi como una amenaza cuando en realidad eras todo lo contrario. Lo siento —agregó inclinando la mirada con vergüenza—, lo siento mucho.

Su presencia en aquel lugar era una grata sorpresa y un desafío a la congruencia de todas las elucubraciones que había construido acerca de su conducta. De pronto, lo que hasta entonces había sido melancolía y desengaño se transformó en esperanza. Los milagros, por lo que parecía, seguían existiendo.

—Ven aquí —dijo Dante aliviado agarrándole la mano—, no te preocupes por eso ahora.

La joven se dejó tocar por sus dedos y trazó una curva tierna con los labios. Alrededor de sus ojos comenzó a formarse una capa acuosa que realzaba los matices azulados de ambos iris. Su silencio, en otras personas quizás algo no demasiado halagüeño, transmitía una grácil calidez. ¿De verdad aquello había sido cosa de Aarón? Porque, si el chico estaba detrás, tal vez todavía quedaba alguna posibilidad de que no todo estuviera perdido entre ellos.

—¿Qué es eso? —Dante reparó en que Nora sostenía una pequeña caja de color granate con su otra mano.

El muchacho suspiró al escuchar la pregunta.

—Mejor me voy y vuelvo en un rato —refunfuñó mordaz antes de que Nora pudiera decir nada—. Ten cuidado con él —le aconsejó desde la puerta sin que quedara claro si hablaba en serio o en broma—. No es tan buena persona como piensas...

Ya a solas, Nora tomó asiento sobre el colchón y le entregó la caja a Dante.

—Es para ti —susurró al tiempo que revolvía cariñosamente entre sus cabellos—. La tradición manda otra cosa, naturalmente —observó cómo el divulgador la abría poco a poco, con sus dedos aún temblorosos, para encontrarse dentro con un fino anillo dorado—, pero ya sabes que no se me da demasiado bien respetarla. ¿Qué me dices? —le preguntó dedicándole otra de sus sonrisas.

Dante guardó silencio por unos segundos mientras los dos protagonistas de la película, en el televisor, llegaban a un acuerdo. Luego, obviando que el equipo médico le había recomendado reposo absoluto, se incorporó feliz sobre la cama y le dio un beso en los labios.

XXV

La ceremonia había sido tan hermosa, y el marco donde se había celebrado tan espléndido, que a Ángela Sanguino seguía costándole creer que Nora Sarafyan hubiera formado parte de ella pese a haberlo visto con sus propios ojos.

Era normal. Apenas un mes antes, su socia se pasaba las horas recluida en su cuarto junto a Bob mientras construía sus circuitos de efectos en cadena, devoraba aburridos documentales sobre simios y llevaba a cabo sesiones de fotografía furtiva a través de la ventana. Ahora, en cambio, había sustituido los efectos en cadena por las vicisitudes de la vida real, los homínidos por seres humanos —con quienes, por cierto, departía en ese preciso instante junto a la playa como cualquier otra persona— y, en lugar de ser ella la encargada de presionar el disparador de la cámara, se había convertido, con la ayuda inestimable de su vestido de boda tipo imperio y la glamurosa corona de pétalos blancos que decoraba sus cabellos, en el centro de atención de todos los objetivos presentes en el enlace.

Dante Riesco no había escatimado en gastos: la cala estaba decorada con gran mimo mediante antorchas, arcos de flores, motivos marinos de diferente naturaleza y hasta algunos barcos pesqueros alquilados y engalanados para la ocasión. Los responsables del servicio de *catering* se desvivían por ofrecer sofisticados canapés y bebidas a los invitados, y estos últimos contaban con todo tipo de facilidades al alcance de la mano para hacer su estancia lo más cómoda posible, desde abanicos, *pashminas* y sombreros de playa hasta sandalias, brochas para sacudirse la arena o protección solar. Nada, ni siquiera la distribución de esa misma arena, que los operarios habían removido *ex profeso* por la mañana para hacerla lucir más fotogénica, había sido dejado al azar.

Quizás aquella era la forma que el psicólogo tenía de desviar la atención sobre la eventualidad de que, en el fondo, solo se trataba de una boda civil no demasiado meditada —tal vez, incluso, precipitada—, pero, más allá de los motivos que lo hubieran llevado a prepararla con semejante grado de detalle, su

truco había funcionado a la perfección y la presencia en la sala de numerosas personalidades del mundo de la cultura, el deporte, la política y el espectáculo — Sera Garraf entre ellas—, daba buena cuenta de ese triunfo.

Ángela no terminaba, aun así, de encontrar su lugar. Además de que todo aquel refinamiento la hacía sentirse un poco abrumada y de que todavía no había tenido la oportunidad de hablar con Nora acerca de lo ocurrido en los viñedos — al contrario, ambas habían omitido el tema durante semanas de manera tácita, confiando en que el tiempo se encargaría de solucionarlo todo y orear los remordimientos, cosa que no había sucedido—, los dolores articulares asociados a la fibromialgia se le habían multiplicado a causa del estrés, y la culpabilidad derivada del trato que consciente o inconscientemente le había dispensado a su amiga y el miedo a encontrarse a las puertas de un cambio incierto habían pasado de ser una mera sombra sobre su cabeza a un abismo insondable del cual nadie podría huir sin disolverse previamente en él.

La compañía de Evelyn era lo único que le proporcionaba cierta serenidad frente a todas esas turbulencias, claro que también sobre ella, desgraciadamente, planeaban un buen número de dudas. No solo seguía pagando por tenerla cerca cuando, en teoría, ya habían trascendido aquella etapa, sino que continuaba sin ser capaz de determinar si sus sentimientos eran verdaderos, si los celos que de vez en cuando la asaltaban tenían una base real o si le convenía confiar en ella de verdad, como a ratos se sentía tentada a hacer, y desvelarle su intención de establecerse en el sudeste asiático en un futuro.

La excesiva alegría con la que su amante se había perdido entre los convidados para socializar con ellos desde su llegada a la playa, como si no quisiera dejar pasar aquella oportunidad de codearse con gente de renombre, era angustiante y desalentadora, así que Ángela, saturada de todo cuanto acontecía en torno a ella, llevaba ya unos cuantos minutos sentada en el embarcadero, cigarro en mano, mientras el perfil arquitectónico de la ciudad se desvanecía en el horizonte distorsionado por el calor.

—¿Le importaría darme una calada? —Dante Riesco se sentó a su lado sin previo aviso—. Se supone que no fumo —reconoció algo abochornado—, y menos aún desde lo que ha ocurrido, pero creo que la ocasión lo merece.

—Usted mismo... —contestó Ángela cediéndole el pitillo.

—No parece que esté disfrutando mucho. —El terapeuta saboreó el humo con delectación. Su barba de dos días y apariencia desmañada aportaba a su sonrisa un punto canalla a juego con su traje de color *beige* y complementos de motivos náuticos. Entre sus manos, sujetaba una copa de champán rosado decorada con relieves coralinos—. ¿Es por algo en especial?

—No en particular —respondió ella un tanto a la defensiva—. Falta de costumbre, más bien. Este tipo de celebraciones siempre me ponen un poco nerviosa.

—Quizás es que todavía no ha bebido lo suficiente. —Riesco le devolvió el cigarro y depositó la copa sobre la madera, justo entre el espacio existente entre ambos—. Pruebe esto, seguro que la anima.

La oferta era tentadora. Ángela, sin embargo, había tomado demasiado Tramadol como para arriesgarse a multiplicar sus efectos con vino espumoso, por lo que se conformó con darle un pequeño sorbo. El sabor entre acerbo y refrescante chispeó en su lengua durante unos segundos. Aquel tipo de gustos estaban tan vinculados en su mente al consumo de cocaína que la hizo arrepentirse de no haber traído unos cuantos gramos de casa.

—No creo que haya venido hasta aquí solo para eso —dijo pasándole el recipiente como si con ello pudiera exorcizar aquel deseo.

—¿Para qué otra cosa iba a venir? —bromeó el psicólogo—. Soy un hombre casado...

—No es a eso a lo que me refiero.

—Lo sé. He venido porque odiaría pensar que me ve como un enemigo. Mi relación con Nora es independiente de todo lo demás. Que hayamos decidido dar este paso no tiene por qué cambiar nada si ella no lo desea así.

Ángela succionó el filtro de su cigarro y agitó los pies descalzos sobre el agua del mar, creando una serie de círculos concéntricos con los dedos. Su temperatura, teniendo en cuenta lo que castigaba el sol en el exterior, era anormalmente fresca.

—Yo diría que ya lo ha hecho —murmuró con tristeza y cierto reproche en la voz—. Y bastante.

Riesco se abstuvo de contradecirla, luego alzó la vista él también hacia la ciudad y dio un trago a la copa de champán.

—¿Puedo tutearla?

—Sí, claro.

—Nora me ha hablado de lo que pasó entre tus padres —dijo entonces, prudente—. También de cómo condicionó lo que le hiciste a ese policía cuando..., cuando, bueno, mejor no entrar en detalles. Si necesitaras hablar de ello con alguien, debes saber que puedo ayudarte. A Nora, como ves, no le ha ido demasiado mal.

La expresidaria palideció y se molestó a un tiempo. Esto último de un modo más interno que externo, pues mostrarse vulnerable ante los demás seguía estando prohibido para ella. ¿Qué demonios hacía Nora contándole sus secretos a ese hombre? ¿Por qué motivo alguien como su socia, que nunca hablaba de

nada con nadie, había decidido traicionar su confianza de aquella forma? Sí, su propio padre había acabado a golpes con su madre, ella lo había encubierto movida por el miedo y su silencio cómplice le había supuesto un ojo y años y años de abusos, malos tratos y peor conciencia hasta su huida de casa. Luego, aquel poli tan parecido a su progenitor había tratado de aprovecharse de su inexperiencia en las calles a cambio de no denunciarla, y ella se había dejado llevar por la rabia acumulada para hacer lo que no había sido capaz de hacer con su padre, pero..., ¿qué le importaba todo eso a Dante Riesco?, ¿o en qué carajo podría ayudarla alguien como él cuando jamás había pasado por ni siquiera una penuria semejante?

—Una amiga me dijo una vez que hablar del pasado es una forma de invocarlo —reprimió su malestar para declarar de la forma más comedida posible—, prefiero mirar hacia delante, aunque no sepa muy bien qué es lo que me aguarda.

Los cánticos de uno de los tríos de ensalmo aldaciano contratados para entretener a los asistentes al evento comenzaron a hacerse audibles a sus espaldas. El psicólogo sonrió y le robó una segunda calada.

—Por Nora no te preocupes, la cuidaré.

Ángela se giró, hundiendo los ojos en él.

—No es solo Nora quien me preocupa —subrayó—. Sigo pensando que es difícil que algún día pueda comportarse de acuerdo con lo que se considera normal.

—Lo que se considera normal es algo muy debatible —repuso Riesco con su soniquete didáctico habitual—. Yo, personalmente, prefiero centrarme en que cada uno pueda llegar a comportarse de acuerdo con la mejor versión de sí mismo. Siempre se lo decía a mis pacientes —añadió tras marcar una breve pausa—. Y Nora, creo que tú también te has dado cuenta de ello, es ahora mucho mejor persona que antes.

—Tal vez —admitió Ángela encogiéndose de hombros—. En todo caso, puede que esa versión no sea la definitiva. Nora jamás se ha distinguido por su predictibilidad.

—Todos somos impredecibles en mayor o menor grado, gracias al cielo. Es lo que le da emoción y sentido a la vida: saber que las cosas y las personas siempre pueden sorprendernos. Eso, te lo aseguro, no nos excluye ni a ti ni a mí. Cuando aquel día nos despedimos en la plaza del Triángulo, si recuerdas, te dije que preferiría no volver a cruzarme contigo. Hoy, por el contrario, me alegro de volver a haberlo hecho. Tú también mereces una oportunidad. Quizás incluso más que ella. Estoy segura de que acabarás encontrándola y el *negocio* será al fin beneficioso para ambas.

—¿No acabas de decir que nada tendría por qué cambiar entre nosotras?

—Y así es. Nada tiene por qué cambiar. Al menos, no en lo que a vuestra amistad se refiere.

—¿Qué quiere decir eso?

El terapeuta parecía no tener una respuesta. La oportuna aparición de Nora y Evelyn a sus espaldas —ambas, contra todo pronóstico, habían terminado haciendo buenas migas— evitó que su mal trago se prolongara más de la cuenta.

—Quiere decir que quizás ha llegado la hora de que tú y yo también hagamos nuestros planes —terció Evelyn en la conversación con un desenfado no exento de brusquedad, como marcando el territorio—. Tu socia acaba de contarme lo de Asia...

—¡Nora!

—En algún momento tenías que decírselo, ¿no crees? —se defendió la novia.

—Entonces, ¿lo dejas?, ¿abandonas el proyecto?

—No tienes por qué hacerlo si no quieres —intervino Dante diplomático—. No por mí.

—Pensaba que lo del «sí quiero» solo había que decirlo una vez. —Nora le dio un beso en los labios y se volvió hacia su aliada—. Sobre el proyecto, lo he pensado con detenimiento y sí, prefiero dimitir. Quizás tú también deberías iniciar tu propio camino; realizar otras inversiones, otras apuestas... ¿Recuerdas lo que te dije sobre la bolsa? Si lo piensas bien, es una oportunidad. Siempre dices que no se te presentan demasiadas.

La noticia no era la mejor de las posibles, pero, a la luz de los últimos acontecimientos, tampoco era ilógica o inesperada.

—Imagino que tienes razón. —Ángela le sonrió con simpatía y, al darse cuenta de que el desahogo por el fin de la incertidumbre comenzaba a eclipsar su desilusión, comprendió que debía dejar de lamentar la ruptura del acuerdo y alegrarse un poco por ella—. ¿Os he felicitado ya? Ha sido un enlace precioso.

Ángela alzó la copa que Dante había traído consigo, sin llegar a beber y los cuatro involucrados en la conversación rieron al unísono. Luego se irguió, alargó los brazos con afecto y estrechó a Nora entre ellos.

—Siempre seguirás siendo mi heroína —le dijo emocionada—. Espero que te vaya bien. Lo mereces más que nadie...

En la comisura de sus ojos se formaron un par de lágrimas que trató de disimular lo mejor que pudo. Aquello le hizo pensar que Evelyn quizás tuviera razón sobre el amor después de todo, y que, al margen de lo que el cierre de la empresa pudiera conllevar para su futuro, lo mejor era dejar de verlo como algo negativo y disfrutar de la velada como todos los demás por mucho que ella se jugara más que todos los demás. Nora Sarafyan, para bien o para mal, ni era su

hija ni estaba obligada a compartir su destino. Cualquier intento por hacerla cambiar de opinión no solo sería un acto de egoísmo, sino también una injusticia.

El ensalmo se aproximaba ya a su apogeo cuando el hijo de Riesco, jadeante igual que la primera vez que lo había visto en el rellano de casa, trotó hasta el embarcadero con un telegrama entre las manos.

—Siento interrumpir —anunció exhibiendo una sonrisa ambigua, por momentos colindante con lo taimado, que desafiaba su disculpa inicial—, pero creo que deberías leer esto. Acaban de enviarlo desde... —carraspeó—, desde San Casimiro.

El destinatario del mensaje cogió el sobre ante la expectación de todos los presentes, desdobló inquieto el papel que contenía y, a medida que leía el texto, su rostro comenzó a teñirse de estupefacción.

Ángela, expulsando una larga y retorcida voluta de humo por la nariz, dejó que la mano de Evelyn la tomara por la cintura y arrojó disimuladamente la colilla al agua.

XXVI

El kiosco de la terminal estaba más vacío que de costumbre. En su interior, repartidas a lo largo de los diferentes portaperiódicos, las principales cabeceras del país desgranaban los pormenores de los disturbios propiciados por el caso Diz y la posterior decisión, por parte de organizaciones y sindicatos, de convocar otra nueva huelga, de carácter indefinido, hasta que los jueces rectificaran su fallo y pusieran en libertad a la encausada.

La confusión llevaba aparejada un notorio enrarecimiento del ambiente en el resto del aeropuerto, pues, además de que el material de protesta empapelaba los suelos y paredes del recinto y de que numerosos grupos de activistas se concentraban a sus puertas para corear a gritos toda clase de eslóganes reivindicativos, apenas se veían mujeres trabajando por sus dependencias. Cajeras, limpiadoras, camareras y azafatas, entre muchas otras de las empleadas que a menudo se encargaban de mantener operativo el lugar, se habían volatilizado de sus puestos en disconformidad con lo que consideraban un oprobio para su género y, o bien habían sido sustituidas por hombres poco experimentados en ese tipo de tareas, lo cual entorpecía el correcto funcionamiento de las tiendas y despachos, o bien se habían unido a las manifestaciones del exterior para hacer oír sus demandas.

El aeropuerto seguía funcionando aun con todo ello, pero, salvo que se produjera algún tipo de cambio pronto, el sentido común apuntaba a que aquella situación acabaría volviéndose insostenible en pocas horas. Dante Riesco, que había entrado en el comercio para comprar *El Eco de Aldacia* —y, como casi siempre, no había podido evitar quedarse paralizado frente al expositor giratorio donde solían estar a la venta sus principales obras, sintiéndolas más distantes e impostadas que nunca—, solo esperaba que, si eso sucedía, al menos lo hiciera cuando despegara su avión. Había invertido una buena cantidad de dinero en costear los billetes y, aunque necesitara marcharse de allí cuanto antes por al menos unos días, no estaba dispuesto a que un imprevisto, justificado o no, le

estropeará el viaje cuando no quedaban más que cuarenta minutos para la salida del vuelo del mismo modo que aquel maldito telegrama le había estropeado la boda el día previo.

—La primera vez que nos vimos tenías mejor cara —le dijo Nora a su regreso a la mesa de la cafetería, donde se había quedado esperándolo.

—Lo siento. —Dante trató de esbozar una sonrisa serena—. No imaginaba que... —Echó un vistazo abatido a su alrededor—. Tanto revuelo me ha alterado un poco.

La chica sí logró componer un gesto de agrado. Mientras deslizaba la mano sobre la mesa para entrar en contacto con la suya, lo observó con dulzura.

—Todo saldrá bien, ya verás —susurró—. No deberías preocuparte tanto.

Dante cabeceó en señal de asentimiento, más por obligación que porque estuviera convencido de ello. La idea de desplazarse en avión hasta África Central no le hacía en realidad demasiada gracia, especialmente a las puertas del nuevo año, con Aarón solo en casa a cargo de Lana y habiendo sufrido un infarto poco antes. Si en lugar del Caribe o las playas del Índico había escogido una zona tan problemática como destino era porque sabía que Nora tenía una extraña fascinación por los primates y que solo en las laderas de las montañas Virunga, uno de los pocos lugares del mundo donde podían contemplarse gorilas en libertad, estaría en disposición de cumplir su sueño de verlos de cerca.

—¿Todavía sigues dándole vueltas a lo de Natalia? —interrumpió la chica sus cavilaciones.

El analista prefirió no negarlo. Su nueva política, tras los malos resultados que le había acarreado la antigua, consistía en hacer de algunas de sus máximas, como, por ejemplo: «Una buena comunicación es importante para evitar malentendidos», algo más que meras frases bienintencionadas para vender libros.

—Sé que no debería, pero me cuesta no pensar en ello. Que la hayan soltado justo ahora, con la que está cayendo... Es difícil no tomárselo como algo más que una coincidencia. O como una señal de mal augurio.

—Parece que tú tampoco sabes muy bien dónde trazar la frontera.

—¿La frontera?

—Entre lo que ocurre en tu cabeza y lo que ocurre fuera de ella.

El terapeuta rebufó, admirado por la facilidad y la rapidez con la que Nora había ahondado en su transformación, y, por un momento, solo un breve instante, añoró a la muchacha confusa y disfuncional de los inicios.

—No sé qué me maravilla más —verbalizó solo una parte de sus pensamientos—, si lo mucho que has mejorado con lo del sarcasmo o esa

memoria tan prodigiosa que te impide olvidar lo que te comento y dejar de utilizarlo en mi contra.

—Solo digo que su liberación no tiene por qué traer nada malo —afirmó ella, indiferente a que sus palabras se hubieran aproximado más al halago que al reproche—. Lo malo sería que hubiera salido y tú siguieras estando solo. Piénsalo —le guiñó un ojo, traviesa—: ahora me tienes a mí para protegerte.

Dante detectó un retintín velado en su voz. El temor a que este no hubiera sido real, sino una lectura neurótica proyectada por su propia mente con motivo de la agitación y la inseguridad, lo llevó a tratar de relativizar.

—No le tengo miedo. En eso te equivocas.

—Entonces, ¿a qué viene tanto estrés?

La propia pregunta contenía en la ligereza de su formulación una respuesta. Nora Sarafyan, hasta no hacía mucho un caso gravoso de inadaptación social e incompetencia psicoafectiva, se había convertido de pronto en una de las pocas personas capaces de interpretar sus dobleces. Desde que había dejado de anotar todo para empezar a poner en práctica los conocimientos recopilados en sus apuntes, la actitud que exhibía se asemejaba a la de alguien que hubiera estado colocando obsesivamente millones de pequeñas teselas en una pared enorme, en perjuicio de su cordura y aptitudes sociales, y de repente se hubiera alejado para ver esa pared desde la distancia por vez primera y comprender el verdadero significado de cada pieza dentro del conjunto. La imagen resultante formaba ahora frente a sus ojos un mural gigantesco donde se entreveraban todas las soluciones a las interrogantes que antaño bloqueaban su mente, y como esta imagen, pese a que antes apenas hubiera podido intuirlo por la falta de perspectiva, se revelaba tan concluyente, ya no tenía ningún sentido seguir actuando del mismo modo que cuando desconocía el resultado final.

Aquello constataba una lucidez, una inteligencia y una capacidad de aprendizaje muy por encima de la media. Su valor era incuestionable, y su novedad facilitaba en gran medida la tarea de relacionarse con ella, pero la presteza del cambio y, sobre todo, la convicción con la que lo había culminado no dejaban de parecerle, cuando menos, llamativas, hasta el punto de que Dante, en ocasiones, llegaba a plantearse si la chica había en verdad evolucionado a mejor o solo encontrado una forma más depurada de adaptarse y sobrevivir.

—Tal vez sea cierto —admitió sombrío, conocedor de que sus argumentos, de un modo u otro, tenían bastante sentido—, me preocupo demasiado. Intentaré que no vuelva a suceder... ¿Qué hay de ti? —buscó cambiar de tema—, ¿cómo llevas lo que ha pasado con Ángela?

—Sabrá apañárselas —respondió ella sin alterarse—. Siempre lo ha hecho.

—¿Estás segura? Se la notaba muy triste en la playa, confusa por todo esto...

—Ángela es una mujer más fuerte de lo que parece. Me atrevería a decir que mucho más de lo que ella misma cree. ¿Por qué me lo preguntas?

—No siempre resulta fácil gestionar el arrepentimiento —arguyó Dante un tanto a vuelapluma—. Cuando hace acto de presencia, y más aún de manera tardía, puede llegar a causar estragos en algunas relaciones. Quiero que estés segura de la decisión que has tomado al retirarte del negocio. Solo eso.

—No me gustan esas dudas constantes. —Nora comprimó la boca en un mohín disgustado. Su característico lunar casi ni se distinguía entre los pliegues de piel—. Si quieres que esto funcione, vas a tener que empezar a confiar un poco más en mí —le explicó sin renunciar a la ternura—. ¿Qué otra cosa estaría haciendo contigo, aquí y ahora, si no estuviera completamente segura de mi decisión? ¿Lo has pensado?

Frente al candor de aquella réplica, el psicólogo no pudo más que regalarle una sonrisa complacida. La determinación de Nora contrastaba, sin embargo, con la dureza que había acompañado a su enfado en la playa. Si bien Dante prefería no hablar del tema por miedo a que pudiera enturbiar el ambiente entre ellos, a veces le sobrevenía cierta inseguridad, derivada de esa misma falta de una explicación sólida, acerca de si lo que allí había ocurrido se debía a un malentendido desafortunado o a algo más profundo. Su comparecencia en el aeropuerto probaba, en cualquier caso, que había pasado página, así que, o empezaba a olvidar esas absurdas suspicacias, o todo corría el riesgo de terminar de la misma forma en que había terminado con Natalia. En otras palabras: dado que quizás el problema nunca había sido la disonancia cognitiva que le había diagnosticado a Nora sino la suya propia, le convenía empezar a cambiar un poco él mismo para que ese teórico problema dejara de serlo. El verdadero desafío estaba de nuevo en conseguir que las frases de sus libros fueran algo más que una concatenación afortunada de palabras bonitas y, a fin de recuperar esa coherencia, de zanjar para siempre el conflicto entre su imagen externa y su verdadera personalidad, debía privarse de seguir recelando del mundo y otorgarse un voto de confianza.

—Se ruega a los pasajeros del vuelo AD5469 embarquen por la puerta número A32 —anunció por megafonía una voz masculina y también un tanto insegura—. Por favor, pasajeros del vuelo AD5469, embarquen por la puerta número A32 —repitió algo más centrada en su mensaje—. Gracias.

Nora pestañeó con delicadeza, se puso en pie lentamente y, mirándolo a los ojos de manera cordial, le dio un beso furtivo en los labios. Luego se echó el bolso al hombro al tiempo que tomaba a Dante de la mano.

—Anda, vamos. La jungla nos espera.

El divulgador, fascinado por los ribetes cada vez más cariñosos de aquel nuevo talante, se dejó guiar por ella y ambos comenzaron a caminar entre el gentío, con el rumor de las protestas de fondo, hacia la puerta de embarque.

XXVII

El sueño había comenzado con una silueta femenina menuda y borrosa haciendo acto de aparición en el otro extremo de la ribera. Luego, esta figura, cuyo rostro no podía distinguir, había echado a andar entre la bruma de la mañana hacia una especie de bosque azotado por la cellisca, y Dante, quien por alguna razón se encontraba desnudo de cintura para arriba, había sentido la necesidad de adentrarse al trote sobre la superficie congelada del lago para darle alcance antes de que se la tragaran los árboles.

En mitad del trayecto, el terapeuta había resbalado, perdido la estabilidad y caído de bruces al suelo. Su cuerpo se había escurrido sobre el manto helado hasta detenerse con un sonido sordo, entre el crujido y el sajezo, a la altura de la parte central de la masa de agua solidificada. Un dolor en su pecho le indicó entonces que había sufrido algún tipo de daño en esa zona. Al inclinar la cabeza para ver de qué se trataba, pudo distinguir parte de un viejo patín de invierno incrustado en el hielo con la cuchilla para arriba. Su filo le había cortado el esternón en canal por causa de la inercia y había penetrado como un escalpelo en su carne hasta atravesarle el corazón. El órgano, pese a todo, continuaba palpitando con fuerza. Solo si Dante trataba de levantarse, y, por tanto, de separar el metal del músculo, su ritmo se ralentizaba en proporción inversa al grado de dolor, pero, si no hacía nada, si se limitaba a mantener la postura y dejar que la escarcha comenzara a formarse también sobre su cuerpo, la sensación era de absoluta normalidad, como si la cuchilla, de alguna manera incomprensible, se las hubiera ingeniado para devenir en una suerte de *bypass*.

Bastaba de todos modos con un pequeño movimiento, ya fuera una elevación, un giro o un deslizamiento inapreciable, y todo volvía a adquirir visos de inminente tragedia. El reposo lo mantenía con vida. Lo máximo que podía hacer sin exponerse a una muerte segura era alzar la mirada en dirección a la orilla opuesta. Allí, la chica permanecía también hierática frente a la espesura, mientras el viento saturado de partículas de nieve en suspensión difuminaba los

contornos de su perfil a la espera de que tomara una decisión definitiva: o bien desfallecer sobre el hielo y acabar sepultado por la ventisca, o bien armarse de valor y tratar de reptar con su último aliento hasta la silueta para averiguar de quién diablos se trataba.

—Ayúdame —le imploró con la esperanza de que pudiera existir una tercera vía—, sácame de aquí...

La figura, lejos de responder a su petición, subió la mano en silencio, le indicó con el dedo que la siguiera y se volvió de nuevo hacia el bosque. Sobre las copas nevadas de los árboles, donde el horizonte confluía con su propio reflejo, podía atisbarse un neblinoso amanecer. Dante sintió que la visión de la luz le devolvía las ganas de luchar. Atraído por ella, cometió el error de aupar el tronco más de lo debido. La fina herida de su torso floreció justo en ese momento como una fisura que un temblor hubiera abierto en la ladera de un volcán y comenzó a arrojar sangre en todas direcciones al tiempo que un dolor desaforado le desgarraba el corazón.

—¡No! —gritó—. ¡Así no!

Pero ya era inútil. La sangre no solo seguía precipitándose sobre el hielo entre punzadas estremecedoras, sino que ahora también comenzaba a ascenderle por la garganta y le cortaba la respiración. El ahogo fue tan realista, tan enconado, que se despertó con un respingo y hasta un ligero regusto metálico en la boca.

—Se comunica a los señores pasajeros que pronto tomaremos tierra en Kigali, donde son las doce y cuarto del mediodía. El cielo se encuentra parcialmente despejado y la temperatura ronda los veinticinco grados —informó el comandante desde la cabina del piloto—. Por favor, sean tan amables de mantenerse en sus asientos, con los cinturones abrochados, hasta que se complete el aterrizaje.

A través de la ventanilla podía verse un cielo de textura y luminosidad muy similares al de su sueño. Los destellos del sol se reflejaban con languidez en los ojos vidriosos de Nora, absorta frente a la pantalla de su sistema de entretenimiento con los auriculares puestos. Si ya era muy sorprendente el hecho de que la chica hubiera decidido ponerse a ver una película —*Million dollar baby*, de Clint Eastwood— cuando, según había asegurado semanas atrás, el cine no le gustaba demasiado, más lo era aún que hubiera un rastro de lágrimas en sus mejillas. Aquello suponía la confirmación definitiva de que algo había cambiado en su interior, de modo que el psicólogo, todavía con la cabeza apoyada sobre su hombro y el pensamiento afortunadamente distanciado del mal cuerpo que le había dejado la pesadilla, sonrió con discreción antes de decidirse a decir nada.

—¿Lo ves? —musitó limpiándole las lágrimas con el pulgar—, solo tenías que dar con la película correcta.

Noraladeó la cabeza hacia él, algo avergonzada porque la hubiera sorprendido en pleno llanto, e hizo un esfuerzo por achicar una sonrisa ella también.

—Estás despierto... —dijo entre mirada y mirada a la pantalla, como temiendo perderse algo—. Espero que hayas podido descansar...

El avión dio un pequeño tumbo y comenzó a descender hacia tierra firme. Dante aguardó a que los créditos finales aparecieran en pantalla para proseguir.

—No cambies de tema. ¿Te ha gustado?

Ella se quitó los auriculares, enjugó con el dorso de la mano la humedad que aún quedaba sobre su cara y se tomó unos segundos de reflexión. Algo más recompuesta, se aventuró a responder.

—No sabría decirlo —sostuvo—. Es una historia bonita, pero también muy triste.

—La tristeza siempre es bonita a su manera. Lo que hace especiales a las buenas películas es justo eso: su capacidad para hacernos disfrutar de emociones que en la vida real no nos parecerían, ni de lejos, tan atractivas.

—Vaya...

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Sí ocurre algo. ¿Qué es?

—Me da un poco de vergüenza decirlo...

—No tienes por qué tenerla conmigo.

—Me gustaba... —la voz de Nora, mecida por una pátina de melancolía, tardó en encontrar su camino—, me gustaba creer que, al menos, había conseguido hacerte algo feliz...

Dante se incorporó sobre el asiento. Volver a ver a Nora atenazada por la fragilidad tenía parte de alivio, pero ni quería que aquel equívoco apagara su espíritu ni mucho menos que acabara contagiándole un desencanto innecesario. Los ya remotos días en los que había experimentado algo así por Natalia estaban tan arrinconados por el desapego que apenas podía recordarlos, tan arrasados por los avatares de su biografía reciente que ya ni podía evocarlos como algo que hubiera vivido en primera persona. Esa impresión recóndita, mezcla de anhelo, mimo e instinto de protección, era lo más similar al amor que había logrado hospedar en su alma, y, cuando su exmujer se había empeñado en arrancársela de cuajo para sustituirla por altas dosis de rencor y desafecto, su ánimo se había visto tan sobrecargado de ponzoña que resultaba casi utópico aspirar a librarse algún día de ella. Nora, en su calidad de único argumento para seguir creyendo en un futuro no tan oscuro, merecía, como mínimo, que correspondiera a su entrega con algo de luz.

—¡Y lo has conseguido! —se apresuró a reconfortarla—. ¡Has conseguido hacerme muy feliz, te lo aseguro! Nunca nadie... —se detuvo por un instante para encontrar las palabras adecuadas—, nunca nadie había logrado hacerme sentir tan vivo. Imagino que ya sabes lo que eso significa...

Las pupilas de Nora tremolaron al contacto con la claridad de la ventana.

—¿Qué? —preguntó—, ¿qué significa?

—Significa que te quiero —confesó Dante al fin, percibiendo una contracción en la boca del estómago que no supo si achacar al inicio del descenso o algo más que eso—. Significa, Nora Sarafyan, que, aunque no sé cómo diablos lo has hecho, en estos momentos eres la persona a la que más quiero en el mundo.

Un silencio indescifrable se prolongó entre ambos por más tiempo del previsto. El avión concluyó la maniobra de giro, orientó su parte delantera hacia la pista y activó el tren de aterrizaje con una sacudida brusca.

—Lo sé —dijo la chica secamente—. No esperaba otra cosa.

A Dante lo invadió un repunte de congoja al advertir que aquellas palabras habían sonado más bien asépticas en su boca. El timbre con el que Nora las había pronunciado, al contrario del que venía utilizando, no denotaba ningún tipo de implicación. Toda su carga afectiva había desaparecido de pronto, como retraída por una cuestión de pura mecánica, tras escuchar la confesión que acababa de hacerle.

—Se supone que tendrías que decir que tú también sientes lo mismo por mí —objetó, que en el semblante de la chica comenzaba a prefigurarse una sonrisa inerte—, que tú también me quieres.

—Eso también lo sé —dijo Nora.

—¿Y no crees que...? —el psicólogo notó que un mal presentimiento le constreñía las cuerdas vocales—, ¿no crees que deberías hacer algo al respecto? —logró concluir el enunciado por puro orgullo.

—¿Como decirte que te quiero?

—Por ejemplo, sí.

El aeroplano emprendió los últimos metros de su descenso con una pronunciada inclinación. Su fuselaje vibró y algunos de los pasajeros, asustados, dejaron escapar un gritito.

—Para eso tendrías antes que preguntarlo. —La sonrisa en los labios de Nora se expandió unos cuantos milímetros. Dante no sabía si hablaba en serio o se trataba de alguno de sus juegos. En el caso de que fuera lo último, pensó que se lo tenía bien merecido por haberla instigado a perfeccionar su sarcasmo.

—Lo haría si no me lo hubieses prohibido —declaró con cautela.

—El valor sigue siendo lo que te diferencia de mí, por lo que veo —ironizó la chica, doblando sus cejas en un gesto escéptico—. Nunca te lo he dicho, pero a

veces eres un poco cobarde...

—Eso no es cierto —se vio Dante apremiado a negar la evidencia—. No soy ningún cobarde.

—Entonces, demuéstalo. Demuestra dónde termina la contención y dónde empieza la cobardía.

Nora recogió la cabeza entre los hombros y lo obsequió con una mirada poblada de descreimiento. Dante se revolvió con incomodidad. Un calambre a la altura de los omoplatos lo hizo darse cuenta de que sus dolores de espalda nunca se habían ido del todo. Por la ventana, la aceleración comenzaba a difuminar las vistas de los terrenos cercanos al aeropuerto en una continuidad amorfa y distorsionada.

—Está bien, tú ganas... —accedió, realizando luego una pausa propia de un futbolista a las puertas de un lanzamiento de penalti—. ¿Me quieres?

Tan pronto como escuchó la pregunta, Nora dejó que su sonrisa saliera por completo a la superficie.

—¿A ti qué te parece? —respondió con otra pregunta, para ser exactos, la que él siempre solía utilizar cuando aún jugaba con ventaja.

—Me parece que, si es una broma, no tiene ninguna gracia.

El tren de aterrizaje entró en contacto con la pista mediante una abrupta oscilación. Algunos de los pasajeros persistieron en sus gritos. Nora esperó pacientemente a que el ruido cesara y el avión dejara de moverse para retomar el diálogo.

—Le advertí que no debía fiarse de mí —recordó cambiando ominosamente de persona conforme un pitido autorizaba al pasaje a quitarse el cinturón de seguridad—; que no me conocía de nada y que tal vez tenía otros motivos para que me importara lo que pensara de mí. Tendría que haberme mirado más a los ojos —lo observó condescendiente—: los ojos nunca mienten.

—¿Qué?

—Usted mismo lo dijo: «Todos somos impredecibles en mayor o menor grado». —Nora se puso en pie para recoger su equipaje de mano, de cuyo bolsillo principal se escurrió el cuaderno que aseguraba haber tirado—. «Saberlo todo acerca de todo el mundo resta toda la magia a las relaciones personales», ¿no era así? Pues esta es su sorpresa, señor Riesco, su magia... —Volvió a guardar el cuaderno con cierto regodeo—. Ahora, si me disculpa, tengo un trasbordo que coger.

—¡Espera! —Dante trató en vano de detenerla, el rostro demudado por el pasmo—. ¿A dónde vas? ¡Los gorilas! Hemos pagado para verlos...

Nora cogió el móvil, abrió la cámara y tomó una instantánea de su desesperación.

—Bienvenidos a Kigali —dijo el comandante por megafonía—. Desde Aldacia Airlines les agradecemos que hayan escogido volar con nosotros y les deseamos una feliz estancia en África.

Parte del pasaje rompió a aplaudir en respuesta a sus palabras. El ruido provocado por las palmadas de los viajeros fue tan elevado que Nora hubo de aguardar a que cesaran para dirigirse a Dante por última vez.

—No se lo tome tan en serio. Las sorpresas son lo que le dan sentido a todo —le espetó con sorna desde la distancia, guiñando un ojo mientras echaba a andar por el pasillo hacia la puerta de salida—. Además, «es necesaria cierta contención para la vida en sociedad», ¿recuerda? Piense en esto como en una simple técnica, o, mejor aún, como en una película de esas que tanto le gustan, una película que se ha cansado de ser siempre la misma aparentando ser diferente... —Nora abrazó la actitud impía de la que había hecho gala en la sala de urgencias—. No es nada personal. Solo tiene que trabajar un poco más su capacidad para identificar cuándo alguien le toma el pelo y dejar de preocuparse tanto por mi sarcasmo —concluyó con un desentendimiento gélido—. Nos vemos.

Cuando Dante recobró la iniciativa y quiso ponerse también en pie, el resto de los viajeros se le adelantaron. La excesiva velocidad de su corazón, que se contraía y dilataba dentro del pecho a un compás más acelerado de lo recomendable para alguien que acababa de sufrir una crisis cardiaca, lo previno de no intentar luchar contra el gentío para alcanzarla. Sintiendo como la persona más estúpida del planeta, Dante se recostó sobre el acolchado del asiento para recuperar el resuello y comprendió que quizás tendría que haberse tomado más en serio los mensajes enviados poco antes por su subconsciente. La misma sensación de asfixia que había estrangulado sus sueños liberó un vértigo letal en mitad de su conciencia. Nora arrió la sonrisa hasta borrarla por completo de su cara, ya frente a la puerta de salida, y, tras lanzarle una mirada hueca y despedirse de los asistentes de vuelo, se encaminó parsimoniosamente hacia la luz del exterior.

XXVIII

A veces, no era necesaria una explosión para que todo saltara por los aires.

Igual que el caso de Ingrid Diz había deshilachado la paz que solía reinar en la ciudad Estado de Aldacia con apenas la lectura de unas cuantas líneas por televisión, Dante Riesco había visto cómo todo su mundo reventaba en mil pedazos con apenas un par de frases pronunciadas al término de un vuelo transcontinental.

En un primer momento, su reacción había sido de absoluta perplejidad; esa perplejidad se había transformado en rabia algo más tarde y, para cuando al fin comenzaba a asimilar lo ocurrido, ambas emociones habían sido superadas por la vergüenza, la culpa y el abatimiento: vergüenza por haber llegado a creer que todo lo acontecido entre Nora y él podía ser real, culpa por no haberse percatado de la farsa en ningún instante y abatimiento porque, aun después de aquello, seguía rehuyendo aceptar que no hubiera existido algo verdadero en lo que habían vivido juntos.

Como resultado de lo anterior, su sentido del ridículo no podía estar más inflamado. El fin de semana que había tenido que pasar completamente a solas en la inhóspita Kigali, mientras aguardaba refugiado en la habitación de su hotel la llegada de un nuevo vuelo, le había permitido pensar mucho acerca de los sucesos del avión, pero la mayoría de las cosas relacionadas con lo que entonces había tenido lugar seguían sin encajarle del todo. ¿Eran reales, por ejemplo, los malos tratos que Nora decía haber sufrido a manos de sus padres? ¿O lo que Ángela Sanguino decía que les había hecho a estos? ¿Y sus frases de apoyo en el cementerio? ¿O la amistad que había establecido con su hijo? ¿El sexo? ¿Alguno de sus besos, quizás? Esa ausencia de certezas, tal y como todo se había venido abajo en un suspiro, había sido paradójicamente lo mejor para él. Cada duda, cada titubeo y cada vacío de información le habían servido de combustible para mantener vivas las ganas de no dejarse llevar por el pesimismo y poner fin a la situación de una manera más rápida y expeditiva.

Nada lo había preparado, con todo, para lo que se había encontrado al regresar, pues no era solo que las calles de la ciudad, pese a seguir decoradas con luces navideñas, se hubieran convertido en algo muy próximo a una zona de guerra durante su partida, sino que tanto Aarón como Lana habían desaparecido sin dejar ni rastro —quería creer que por voluntad propia— y nadie tenía ni idea de dónde se encontraban. Si aquello estaba relacionado con la escena del aterrizaje, solo existía un modo de descubrirlo, así que lo primero que Dante hizo en cuanto se hubo dado una ducha, cambiado de ropa y comido algo para recuperar fuerzas fue salir a la calle, velando porque ninguna algarada lo absorbiera, y dirigirse a la sede de Sanguino y Sarafyan a toda prisa.

A medio camino, el cielo comenzó a encapotarse por primera vez en meses y las nubes negras que de repente se habían puesto de acuerdo para empedrarlo no tardaron más que unos minutos en resquebrajarse y liberar una lluvia tan furiosa contra la ciudad, entre fuertes tronidos, que incluso humeaba al precipitarse sobre el asfalto caliente. Los aldacianos recibieron la noticia con sorpresa y regocijo, pero ni siquiera la felicidad por la conclusión de la sequía fue suficiente para que suspendieran las hostilidades en las calles. Dante se escabulló por entre los coches volcados, los contenedores en llamas y las barricadas y recorrió el paseo marítimo a un ritmo sostenido hasta alcanzar su destino.

La fachada del edificio, como la mayoría de las de aquella zona, estaba cubierta de pintadas reivindicativas. En ella ya no figuraba la placa con los nombres de las dos mujeres, y solo una marca rectangular de color algo más claro que el resto de la pared atestiguaba que algún día había estado allí. ¿Suponía eso que ellas también se habían ido? Dante Prefería pensar que no, claro que, para asegurarse de que así era, antes debía franquear el portón de entrada, cerrado a cal y canto por los disturbios, y llegar hasta el piso.

Nadie atendió al intercomunicador por mucho que pulsó el timbre correspondiente al apartamento en medio centenar de ocasiones. Ese silencio no podía considerarse una buena señal, aunque tampoco era suficiente para concluir nada. Ansioso, el psicólogo presionó los otros interruptores confiando en que algún vecino le permitiera pasar. Los pocos residentes que respondieron a su llamada prefirieron no abrirle, con lo que sus esfuerzos fueron infructuosos. Una voz femenina de tersura avejentada se puso al aparato cuando ya estaba a punto de claudicar.

—¿Sí? —preguntó, y Dante supo que, o aprovechaba la oportunidad, o tendría que regresar a casa sin haber averiguado nada.

—¿Podría dejarme entrar, por favor? —imploró—. Necesito hablar con sus vecinas.

En contra de sus expectativas, la persona al otro lado del intercomunicador le concedió acceso al edificio. A su paso por el rellano de la segunda planta, una puerta se entreabrió y dos menudos ojos de color verde asomaron detrás de ella. Perteneían a una anciana de complexión delgada y aspecto distraído, quien, con un pequeño caniche en el regazo, empujó poco a poco la madera.

—Dante Riesco, supongo.

El terapeuta se detuvo frente a ella, escamado porque hubiera pronunciado su nombre.

—¿Me conoce?

—Llevo varios días esperándolo. —La anciana perfiló una sonrisa y acarició el cogote de la mascota para evitar que sus gruñidos se transformaran en ladridos—. ¿Qué tal por África?

—Bien...

—Debe de ser muy bonito. A mí siempre me ha gustado viajar, pero mi marido, que en paz descansa, decía que en ningún sitio se vive como en Aldacia y nunca quería salir de aquí. —Meneó la cabeza con un gesto a caballo entre la añoranza y la ofuscación—. Era de ideas fijas, mi Rodrigo..., como todos los hombres, supongo. —Se escucharon unas sirenas en el exterior—. Es una pena que todo esto no me haya cogido más joven. En fin... No quiero molestarlo más. —Metió una de sus diminutas manos surcadas por venas prominentes de color azul en el bolsillo derecho de su chaqueta de lana y le dio un objeto metálico—. Aquí tiene.

Dante inspeccionó el objeto y reparó en que se trataba de una llave.

—¿Es...? —vaciló desorientado—, ¿es para mí?

—A no ser que me haya usted mentido sobre su nombre, me temo que sí —confirmó la anciana—. Tricia me ha dicho que se la entregara cuando lo viera pasar por aquí.

—¿Tricia?

—¿Se llama así, no? —dudó por un momento de sí misma—. Una de las chicas del piso de arriba... Seguro que usted las conoce mejor que yo —sonrió con picardía—, tiene pinta de ser una persona con suerte.

—Tricia, claro —disimuló Dante torpemente su asombro—. Muchas gracias, señora. Ha sido usted muy amable.

El perro se las arregló para lanzar un ladrido.

—¡Chester! ¡Te he dicho mil veces que tengas un poco de educación!

Por último, la mujer volvió sobre sus pasos, sin decir nada más, hasta refugiarse de nuevo en la vivienda.

Dante permaneció pensativo, se metió en la boca uno de sus chicles de nicotina y emprendió el ascenso hacia la planta superior. Su corazón latía a una

cadencia bastante rápida, pero la ansiedad por conocer qué se escondía dentro del apartamento pudo más que la sensatez o el miedo. En cuestión de medio minuto llegó hasta el acceso principal, introdujo la llave y se internó al fin en el piso. Salvo por unas tétricas luces de navidad que parpadeaban a baja potencia por las paredes del pasillo, todo se encontraba oscuro, y salvo por unas cuantas cajas de cartón apiladas por los rincones, no había tampoco ningún mueble o indicio de presencia humana reciente.

—¿Nora? ¿Ángela? ¿Estáis ahí? —dijo Dante aun así.

Como era previsible, no cosechó ninguna respuesta. El resplandor intermitente de las luces lo hizo reparar en que su ubicación no parecía ser casual. Las bombillas estaban colocadas de tal forma a lo largo del corredor que su centelleo parecía desempeñar la función de guía hacia algún lugar en particular, como si las hubieran dejado allí encendidas para que no se saliera del camino.

El cableado concluía al pie de una puerta entornada. Si no recordaba mal, el cuarto de Nora. Dante avanzó hacia ella mientras la lluvia martilleaba sobre las ventanas blindadas por las persianas polvorientas y asió el picaporte para abrirla con cuidado. Un débil sonido a sus pies, cuando hizo tope, atrajo su atención. A este lo siguió otro igual y a este otro más, seguido a su vez por al menos otras tres docenas hasta que pudo ver con claridad cómo una serie de fichas de dominó y elementos mecánicos se iban desplomando a un ritmo cada vez más rápido por toda la habitación.

El circuito era tan complejo y retorcido como lo habían sido todos los acontecimientos que lo habían conducido hasta allí, pero, al mismo tiempo, al igual que ocurría con la propia Nora, poseía un gran mérito y una incuestionable belleza. Su desarrollo concluyó tan pronto como la última de las fichas accionó un pequeño resorte que, por extensión, accionó el botón de encendido de una de las pocas piezas de mobiliario destacables en el cuarto: un televisor de pantalla plana, situado sobre su correspondiente consola de videojuegos, en mitad del espacio vacío. En la superficie de cristal líquido podía leerse el siguiente mensaje: «¿Comenzar nueva partida? S/N».

Dante cogió el mando de control, desplazó el *joystick* analógico hasta marcar la primera de las opciones y apretó el interruptor de confirmación. La leyenda en pantalla fue sustituida de inmediato por otra: «Por favor, introduzca su regalo en la bandeja de entrada». Quien fuera que hubiera dejado todo aquello allí, se refería con «su regalo» al paquete de motivos navideños que brillaba en el interior del terrario, al fondo de la habitación.

El psicólogo se desplazó hasta el recipiente sorteando las fichas desperdigadas por el suelo, revisó que el tanque se encontrara vacío, cogió el bulto y lo agitó entre las manos con curiosidad. Mientras lo hacía, vio que la pared justo frente a

él estaba forrada por un buen número de retratos fotográficos captados con teleobjetivo. En muchos de ellos, aparecía el propio Dante en distintos momentos de su rutina diaria durante las semanas previas a la irrupción de Nora. El más reciente, lo mostraba dentro del avión a Kigali justo en los segundos posteriores al desplante. Era, lógicamente, la imagen que la chica había tomado con el móvil desde el pasillo de la aeronave. Sobre la superficie del papel texturizado, sus labios habían plasmado la huella de un beso. Las turbias implicaciones de aquel hallazgo le arrancaron un escalofrío.

Dentro de la caja, que no se entretuvo demasiado en abrir, había un simple disco Blu-ray.

Dante lo cogió con precaución, regresó hasta el televisor y lo insertó en la bandeja de entrada. Un archivo de vídeo comenzó a reproducirse a los pocos segundos. En él podía verse a alguien sentado sobre un tronco caído, a modo de presentador de documentales de naturaleza, en algún bosque que no llegaba a identificar.

—Hola, Dante. ¿Qué tal lo llevas? —El misterioso personaje miró a cámara y, tras quitarse el sombrero con el que ocultaba su rostro, una larga melena negra le cayó sobre los hombros. El psicólogo, atónito, reconoció a Natalia en el televisor —. Yo, mejor que nunca, como puedes ver, y tu hijo también, no te preocupes. —Apuntó con el dedo fuera del campo de visión de la cámara—. Aarón, ¿quieres decirle algo a tu padre?

El chico apareció en pantalla al rato y se situó en primer plano.

—Cómo no... Escucha, papá —dijo desplegando el dedo índice frente al objetivo—: ¡que te jodan! ¡Que te jodan mucho!

Luego, se esfumó por donde había venido y devolvió a su madre todo el protagonismo de la escena.

—No se lo tengas en cuenta, ya sabes cómo es —se excusó Natalia por él delineando una sonrisa artera—. Te estarás preguntando a qué viene todo esto. La respuesta es muy sencilla... Intentaré ser lo más telegráfica posible. ¿Qué tal diez palabras? —dijo levantando la mano izquierda como preparándose para contarlas—: Ángela, cárcel, celda. —Estiró hasta tres dedos consecutivos—. Buena amistad, contrato, Nora. —Elevó otros tres—. Venganza y... ¿Hitchcock? —finalizó el recuento con una mirada corroída por el desprecio y un destello de perversidad—. Me sobra alguna, pero supongo que no hace falta decir nada más... En cuanto a nuestras queridas Sanguino y Sarafyan, debes saber que ni te conviene seguir tratando de encontrarlas ni se llaman en realidad así. Ambas son unas grandes profesionales. Como ya te habrás dado cuenta a estas alturas de la *película* —remarcó el vocablo, sarcástica—, están acostumbradas a hacer que la

gente crea lo que ellas quieren que crean y a desaparecer en un chasquido de dedos —hizo resonar los suyos—, así.

Dante tuvo que apoyar las manos en la pared para no desequilibrarse. Su corazón había vuelto a redoblar sus palpitations y el vértigo que ya lo había asaltado en el avión a hacer de nuevo de las suyas. Escupió el chicle al suelo. ¿De verdad estaba todo eso ocurriendo? ¿O solo era otra de sus pesadillas?

—Aarón y yo vamos ahora a recuperar el tiempo perdido y no queremos interrupciones —prosiguió Natalia desde el televisor, decidida a despejar toda posible duda—, aunque imagino que, después de esto, sería bastante temerario por tu parte meterte en medio. —Efectuó una pausa en la que aprovechó para endurecer su rictus—. Tú me jodes, yo te jodo —adujo concentrándose sobre el objetivo—. Dicho de otro modo, cariño: justicia poética. A partir de ahora, tus acusaciones de delito de odio cobran una nueva dimensión... —Volvió a sonreír—. Espero que la disfrutes.

Dante sufrió una arcada y acusó unas ganas irrefrenables de vomitar. No creía que pudiera contenerse por más tiempo cuando la voz de Natalia solicitó de nuevo su atención desde el equipo y evitó con ello que vertiera el contenido del estómago allí mismo. Según parecía, el vídeo aún no había terminado.

—Se me olvidaba —dijo su exmujer con el rostro empañado por el resentimiento—. No apagues todavía. Queda un *huevo de pascua* que seguro que te encantará. He sacrificado mucho para rodarlo..., más de lo que me habría gustado, bien lo sabe el de ahí arriba —apuntó con el dedo hacia lo alto—, pero a veces, me temo, los sacrificios, y hasta los pecados, son necesarios para equilibrar las cosas como es debido. Lo entenderás pronto. —Sopló un beso sobre la palma de la mano a modo de despedida—. *Ciao-ciao*.

El pavor a lo que pudiera surgir de la pantalla tras aquella advertencia hizo que Dante sopesara la posibilidad de apagarlo. Sus reflejos fueron en cambio demasiado lentos y, antes de que pudiera decidirse, la escena ya había comenzado. El plano de arranque recogía la imagen de una carretera umbría y solitaria a la altura de la avenida Marqués de Benafat, muy cerca del emplazamiento donde su hermano había perdido la vida. Con un punto de partida como ese, resultaba muy difícil retirarse aun siendo lo más recomendable. La respiración se le descompasó. La garganta se le contrajo en un espasmo reseco. Una pátina de sudor comenzó a formarse sobre la frente.

—Acelera —oyó la voz de Ángela detrás de la cámara—. Muy bien. —El objetivo enfocó a Nora mientras la chica manejaba el auto con obediencia—. Ahora cambia de marcha y pisa a fondo —le ordenó—. Por allí viene.

A través del parabrisas, Dante distinguió el coche de Fosco. El vehículo se aproximaba en perpendicular al mismo cruce hacia el que las dos mujeres habían

puesto rumbo sin ser consciente de lo que allí lo aguardaba.

—A por él —dijo entonces Ángela—. Sin piedad.

Nora, con su clásica sangre fría, hundió el pie sobre el pedal y se lanzó hacia la intersección.

—Lo siento —le dio tiempo a declarar a cámara en los segundos previos al impacto—. No ha habido suerte...

Un fortísimo dolor en el pecho, de mayor empaque incluso que el que lo había cogido por sorpresa días antes, desestabilizó a Dante de manera definitiva. Su cuerpo agarrotado por la conmoción se desplomó sobre el suelo mientras el clip llegaba a su fin y una niebla granulosa se hacía con el control de la pantalla. A partir de ahí, el dolor comenzó a extenderse por su brazo izquierdo, mandíbula, cuello y espalda como una mancha de engrudo sobre un charco enlodado. Su resuello se había vuelto tan dificultoso y su transpiración tan densa que no sentía más que nauseas y ganas de tirar.

—No... —apenas logró dar con la energía necesaria para balbucir—. Así no...

Pero sus palabras, igual que al inicio, se extinguieron en la soledad del apartamento sin nadie que las escuchara. Dante comprendió de ese modo que el vacío del que Nora le había hablado en el parque de bomberos no tenía nada que ver con el vacío que él había experimentado a solas en el hospital metropolitano. El vacío, el verdadero vacío descrito por la chica era el que en ese preciso instante se cernía de manera irremisible sobre él. Y, efectivamente, estaba tan frío que ardía.

La niebla del televisor se disipó una última vez al tiempo que las luces del pasillo comenzaban a apagarse una tras otra. Natalia reapareció en pantalla acompañada por Aarón y reprodujo con la ayuda de su móvil, socarrona, una pieza para cuerda. La melodía resonó por toda la estancia a medida que el aliento de Dante se apagaba poco a poco bajo el rumor de la lluvia. Solo entonces, como si de algún modo estuviera al tanto de lo que allí pasaba, Natalia miró resarcida a su hijo y puso fin a la grabación.

EPÍLOGO

El coche se detuvo en lo alto de la colina, a escasos metros de la parada del tranvía. Las vistas de la desembocadura seguían siendo espectaculares desde allí arriba, solo que esta vez, al abrigo del manto de nubes cenicientas y con varias columnas de humo alzándose hacia lo alto por causa de las revueltas, el aspecto de la ciudad no se correspondía con la imagen de moderno paraíso junto al mar que siempre había proyectado de cara al turismo.

Todas las calles, incluso las más próximas a la zona de bodegas, como en la que se encontraban, habían sufrido en mayor o menor medida las secuelas de los últimos acontecimientos. Los escaparates de los comercios estaban astillados o reventados, las paredes de los edificios, pintarrajeadas por todo tipo de grafitis de protesta, y cientos de pasquines revoloteaban sin control por entre la lluvia cuando no obturaban los imbornales del sistema de desagüe con sus gurruchos de celulosa a medio disolver.

Si había algún momento perfecto para abandonar la ciudad, era sin duda ese.

Tricia Setién —por fin podía dejar de pretender que se llamaba Ángela Sanguino y de referirse a su asociada por su último alias para así interiorizarlo mejor— bloqueó el coche con el freno de mano, se asomó al asiento trasero, donde Samantha Sierra, el otro vértice de las SS, con Bob remoloneando despreocupadamente a lo largo de su antebrazo, echaba una partida a uno de los videojuegos instalados en su móvil, y se sorprendió al pensar en que volvía a congratularse de verla tan distante, anómala y glacial como de costumbre.

—Ya hemos llegado —dijo supervisada por Evelyn desde el asiento del copiloto—. ¿Estás segura de que quieres que lo haga?

Sam levantó el dedo índice como ordenándole que aguardara y, cuando algo más tarde una microexpresión crispada en su cara dio a entender que había perdido el juego, alzó también los ojos y se dignó a responder, aunque solo con un cabeceo. En otro contexto, Tricia quizás se habría sentido a disgusto con el retraimiento de su protegida, pero después de todo lo que habían vivido juntas, y

aun con lo mal que lo había pasado por su decisión de no revelarle ni siquiera a ella sus intenciones para lograr así que el embuste funcionara mejor, solo podía sentir un alivio inmenso ante la confirmación de que no hubiera experimentado ningún cambio real respecto a su antigua personalidad y continuara, por tanto, teniéndola de su lado.

—De acuerdo. —Tricia se quitó el cinturón de seguridad con una sonrisa resignada. Le resultaba tan difícil sentir rencor por ella como dejar de inquietarse por la facilidad con la que había simulado haberse convertido en una persona distinta a partir de tan solo unas cuantas notas, fotografías y observaciones directas—. Vengo ahora mismo.

Evelyn resopló con contrariedad. Desde que el trabajo había concluido y Sam había terminado de encarnar a la versión más dulce de Nora Sarafyan para volver a ser quien de verdad era, con lo que todo ello comportaba, la relación entre ambas había involucionado al mismo punto del inicio.

—Solo será un momento —trató Tricia de tranquilizarla—. Lo juro.

La estudiante miró hacia atrás, repugnada ante la visión del artrópodo sobre el brazo de Sam, y no tuvo más alternativa que asentir.

—A esa cosa nunca le permitirán pasar el control de seguridad —dijo admonitoria—. Con buen criterio, por cierto.

—Más vale que vayas acostumbrándote. Allí a donde vamos hay también bastantes animales salvajes...

—Cuando dices esas cosas, haces que no suene tan bien. ¿Lo sabes, verdad?

—Eso es porque ahora eres tú quien le da demasiadas vueltas a todo—. Tricia la besó en los labios antes de cerrar la puerta—. Supongo que volvemos a estar empatadas...

La lluvia seguía cayendo con copiosidad en el exterior batida por esporádicas ráfagas de viento. Tricia rodeó el vehículo, se situó frente al maletero, lo abrió tan rápido como sus movimientos se lo permitieron y sacó la caja envuelta en papel de regalo. Pese a que el embalaje le otorgaba una apariencia muy atractiva, su contenido pesaba bastante y desprendía cierto tufo a ranciedad.

Con el bulto en la mano, echó a andar hacia la casa. El jardín se encontraba sucio y embarrado, y su fachada de piedra caliza, muy deteriorada por el paso del tiempo y la erosión. Tricia trató de ponerse a cubierto bajo el pequeño alero del portal y presionó el timbre. Poco después, una niña de piel pecosa, carrillos sonrosados y ojos grandes muy claros, cuya faz era la viva imagen de la inocencia, abrió la puerta con timidez.

—¿Está tu papá en casa? —le preguntó, puesto que ella no decía nada.

—Mi papá está en el baño —respondió la cría con cautela al cabo de unos segundos—. ¿Quiere que lo avise?

—No, no hace falta. Solo vengo a traer esto. —Tricia depositó el paquete en el suelo—. Debes de haberte portado muy bien, porque es un regalo muy grande...

—¿Un regalo? —preguntó la niña, que no supo si extrañarse o entusiasmarse—. ¿De quién?

—Pues no lo sé —mintió la expresidiaria—. No ha puesto su nombre. Sea quien sea, lo que está claro es que quiere darte una sorpresa —explicó enigmática—. ¿Qué tal si lo abres y miras de qué se trata?

La muchacha se acuclilló confusa frente al paquete y lo arrastró con las manos hacia ella. Al percibir que algo se movía dentro, sus facciones comenzaron a iluminarse.

—¡Gracias! —dijo muy emocionada—. ¡Muchas gracias!

Tricia agitó la mano para restarle importancia a lo que había hecho y se giró de nuevo hacia el automóvil.

—Nada de gracias —se despidió con otro gesto de falsa modestia—, yo solo soy una empleada...

Durante el trayecto de vuelta al coche, la pretendida repartidora advirtió que Sam, al otro lado de la luna salpicada de gotas de lluvia, había dejado de enredar con su teléfono para vigilar con atención —y se diría que incluso un punto de complacencia— todo cuanto sucedía frente a la casa.

—¡Twinkie! —la voz de la niña estalló a sus espaldas con alborozo—, ¡estás vivo!

Tricia no pudo impedir que se le escapara una sonrisa ante el júbilo de la pequeña. Cuando su mirada dio en posarse, tal vez guiada por la mala conciencia, en el morro destrozado del vehículo, esta se le liofilizó en pleno rostro. El hombre al que habían arrollado, Fosco Riesco, quizás fuera responsable de que numerosos criminales de mucha peor calaña que ella misma —incluido su propio padre, a quien el jurista había defendido con éxito tras su largamente postergada detención— estuvieran en la calle, pero eso no la hacía sentirse mejor consigo misma o con lo que había hecho. Para no pensar demasiado en aquel asunto, se encendió un cigarro.

—Listo —dijo una vez dentro del coche—. Cuando tú digas.

Su tutelada prefirió seguir contemplando cómo la cría se abrazaba al perro a ofrecerle una respuesta inmediata.

El empeño puesto en salvar la vida del cachorro, que las había llevado a gastar una buena suma de florines en tratamientos veterinarios para que ni el disparo ni la enfermedad por la cual su dueño había decidido sacrificarlo acabarían con él, había conseguido que todas sus heridas hubieran ya cicatrizado entre el pelaje y que no hubiera ni rastro de tumores en su cuerpo. Tricia creyó ver a través del espejo retrovisor cómo los labios de Sam amagaban también con concertar una

sonrisa. Un discreto efecto acuoso, como si estuviera tratando de sofrenar el llanto, podía vislumbrarse asimismo en sus ojos.

—¿Sam? —hubo de repetir su nombre para que le dijera algo.

—Solo un segundo —habló ella al fin, sacando su cuaderno del bolsillo para anotar algo en él.

Tricia dio una calada a su cigarro, se volvió hacia Evelyn y compartió con ella una expresión cómplice y en cierto modo satisfecha.

—Tómate tu tiempo —le dijo a Sam mientras la estudiante apoyaba la cabeza cariñosamente contra su hombro y Bob se detenía sobre la parte superior de la libreta con las tenazas extendidas—. En el fondo, todas sabemos que eres una sentimental...

ESTO HA SIDO TODO POR AHORA...

Pero antes de irnos, me gustaría darte las gracias por haber adquirido el libro y por haber tenido la paciencia de llegar tan lejos sin desfallecer. Espero de verdad que el camino haya merecido la pena y que hayas disfrutado tanto de la lectura de esta historia como yo de haberla escrito.

En cualquier caso, recuerda que puedes calificar la novela y/o dejar tu opinión sobre ella tanto en la sección de comentarios de la plataforma de venta utilizada para adquirirla como en *Goodreads*. Te llevará muy poco tiempo y a mí me ayudarás más de lo que crees a seguir escribiendo otras historias.

Sería también muy de agradecer (además de un detalle notablemente beneficioso para tu karma) que me ayudaras a difundir la existencia del libro entre tus amigos y conocidos y entre tus contactos en redes sociales.

Si deseas mantenerte al tanto sobre mis próximos proyectos puedes visitar la web <http://ggvelasco.com>, donde encontrarás toda la información que necesites sobre mis libros y sobre mí (además de contenidos y beneficios exclusivos) o seguirme a través de *Facebook* ([Facebook.com/velascogg](https://www.facebook.com/velascogg)), *Twitter* ([@VelascoGG](https://twitter.com/VelascoGG)) e *Instagram* ([@velaskogg](https://www.instagram.com/velaskogg)).

¡Gracias de nuevo por todo y hasta la próxima!

G. G. Velasco

OTRAS OBRAS PUBLICADAS

LO QUE DEFINE A UNA LLAMA

«Lo que define a una llama no es dónde o cómo prende, ni siquiera la fuerza con la que lo hace, sino su voluntad de consumirlo todo. En otras palabras, su fuego».



Al tiempo que la isla de Noralbia se prepara para votar en el referéndum del que depende su futuro político, Miranda Cadalso, inspectora de policía marcada por la violencia doméstica y por la desaparición en extrañas circunstancias de su

hija, afronta el caso más difícil de su carrera tras el hallazgo de un cadáver parcialmente calcinado en el casco histórico de Puerto Corvino, la capital del país.

El informe forense determina que a la víctima le han extirpado el corazón, pero también que su cuerpo no presenta ninguna herida por donde pudieran habérselo extraído. A medida que la inestabilidad política y las emisiones de ceniza de un volcán cercano propagan el caos por la ciudad, Miranda descubre con horror que el caso podría estar relacionado con el expediente de su hija.

Desbordante de intriga, sorpresas y emoción, la historia entretiene los códigos propios de la narrativa de suspense, el romance e incluso el drama fantástico para componer una sutil alegoría feminista acerca de la naturaleza destructiva del amor.

DÖGUNLJÓSEY

«No son las personas las que inventan constantemente historias para explicar el mundo; es el mundo el que se hace explicar mediante historias, mediante palabras, para reducir su propia incertidumbre».



Lázaro Umbriel, un anciano ciego y enfermo, llega hasta el Ártico con la intención de alcanzar la isla de Dögunljósey y cumplir allí una misteriosa promesa, pero todo se complica cuando la ventisca lo deja aislado en mitad de la nada junto a su perro Sif.

A medida que una dimensión fantástica alternativa se despliega en torno a él, reclamándolo como una suerte de elegido con la misión de salvar el mundo,

Lázaro recuerda los eventos que lo llevaron a perderlo todo, incluida la vista, tras su romance con la filóloga experta en vocabulario intraducible Jelena Tahirovic.

Drama y fantasía se dan así la mano, a través de cincuenta capítulos inspirados en otras tantas palabras sin traducción directa al español, para desgranar en dos tiempos, dos dimensiones y dos voces narrativas distintas una apasionante historia acerca del poder redentor del lenguaje y la imaginación.